

# Atenea

## Revista Mensual de Ciencias, Letras y Artes

PUBLICADA  
POR LA UNIVERSIDAD DE CONCEPCION (CHILE)

### SUMARIO

Paul Van Tieghem.	<i>La cuestión de los métodos en historia Literaria.</i>
Gabriela Mistral.	<i>Poemas.</i>
José María Souviron.	<i>Itinerario.</i>
Robert Krautmacher.	<i>Goethe, el hombre y la obra.</i>
Alberto Ried.	<i>Bolichón . . . Hotel.</i>
Sady Zañartu.	<i>La intuición social del minero.</i>
Alejandro Lipschütz.	<i>Alberto Schweitzer.</i>
Mariano Picón Salas.	<i>Los últimos hombres feudales . . .</i>

### HOMBRES, IDEAS Y HECHOS

Guillermo Feliú Cruz.	<i>La bibliografía chilena y D. Ramón Briseño.</i>
Alfonso Escudero.	<i>Un plagio.</i>
Enrique Molina.	<i>Por los caminos de Hipócrates.</i>
Arturo Troncoso.	<i>El indigenismo y Alejandro Peralta.</i>
Manuel Ugarte.	<i>Las elecciones y la guerra.</i>
Norberto Pinilla.	<i>El hombre y la técnica.</i>
Fernando Diez de Medina.	<i>América en el lienzo.</i>
Juan Uribe Echevarría.	<i>Aspectos de la Literatura Rusa.</i>
	<i>Post Revolucionaria, Pilniak y Gladkov . . .</i>
Carlos Pereyra.	<i>La dogmática del progresismo.</i>

NOTAS Y DOCUMENTOS.—LOS LIBROS.—  
GLOSARIO.

**Precio: \$ 2.50 -- Sep. y Octubre de 1932**

# ATENEA

REVISTA MENSUAL DE CIENCIAS, LETRAS Y ARTES

Publicada por la Universidad de Concepción

COMISION DIRECTORA:

Enrique Molina.—Luis D. Cruz Ocampo

Félix Armando Núñez (Secretario)

Representante de la Dirección en Santiago

Señor Domingo Melfi

ATENEA inició su publicación en 1924 y la ha continuado hasta la fecha con absoluta regularidad. En los diez números que ha editado anualmente hasta 1930 inclusive y en los doce números que editará desde el año en curso, trata de dar una visión completa y siempre actual de las actividades espirituales chilenas y americanas en primer lugar y luego de las de otros países del mundo.

ATENEA no publica sino los trabajos que solicita especialmente a sus autores y no mantiene correspondencia alguna sobre los originales que se le remiten. La Dirección de la Revista no se hace solidaria de las opiniones que expresen los autores de trabajos publicados en estas páginas y que lleven firma responsable.

## PRECIOS DE LAS SUSCRIPCIONES:

Un año..... \$ 28.00

Un semestre..... 14.00

En las provincias de Chile y en Bolivia, recargo de \$ 2.00 anuales para franqueo.

Suscripción a los países extranjeros excepto Bolivia sólo anual: 4 dólares, o su equivalente según el país.

Número suelto..... \$ 2.50

Para la atención de todos los asuntos relacionados con la redacción de la Revista, ATENEA dirigirse a su oficina en Santiago, ubicada en el edificio de la Mutual de la Armada y Ejército, cuarto piso, número 22, o a la Secretaría de la Revista Atenea Concepción.

Agente general para suscripciones y ventas

LIBRERIA SALVAT

Santiago — Agustinas 1043 — Casilla 2326

Agente en Concepción para suscripciones—Librería del  
S. Rafael Merino H.

**HISPANIA**

A JOURNAL DEVOTED  
TO THE INTERESTS  
OF TEACHERS OF SPA-  
NISH, AND PUBLI-  
SHED BY THE AMERI-  
CAN ASSOCIATION  
OF TEACHERS OF  
SPANISH

STANFORD UNIVERSITY,  
CALIFORNIA

**CONTEMPORANEOS**

Revista Mexicana  
de Cultura

EDITORES:

Bernardo G. Gastelum,  
Jaime Torres Bodet,  
B. Ortiz de Montellano,  
E. González Rojo.

APARTADO POSTAL 1811

MEXICO, D. F.

**MERCURIO PERUANO**

Revista mensual  
de Ciencias Sociales y  
Letras,  
fundada en 1918.

Director Fundador:  
Victor Andrés Belaunde

APARTADO N.º 176

Lima - Perú

**LEONARDO**

Rassegna Bibliografica

diretta da

Federico Gentile

Direzione ed Amministrazione:

Via Palermo, 10-12

Milano (III)

# NOSOTROS

Revista mensual  
de letras, artes, historia,  
filosofía y ciencias sociales

## DIRECTORES:

Alfredo A. Bianchi

Roberto F. Giusti

## SECRETARIO:

Emilio Suárez Calimano

Lavalle, 1430 - Buenos Aires

República Argentina

# REPERTORIO AMERICANO

Semanario de cultura hispánica

## Director:

JOAQUIN GARCIA MONGE

Apartado 533

SAN JOSE DE COSTA RICA

Centro América

# LA VIDA LITERARIA

Periódico Independiente

CRITICA

INFORMACION

BIBLIOGRAFIA.

## Director:

ENRIQUE ESPINOZA

RIVERA INDARTE 1030

Buenos Aires

# REVISTA INTERNACIONAL DEL CINEMA EDUCATIVO

ORGANO DEL I. I. C. E.  
SOCIEDAD DE LAS NACIONES

Publicación destinada a informar sobre la aplicación del Cine a la educación en cada una de sus ramas (universitaria, primaria, secundaria, agrícola), así a la científica como a la popular, y a la higiene social. Se publica en cinco ediciones: inglesa, francesa, italiana, española y alemana.

Director: Doctor Luciano de Feo

Dirección: Villa Torlonia-ROMA

Suscripción por un año a la edición española: dólares 4; pesos chileno, 32.

# Atenea

REVISTA MENSUAL DE CIENCIAS, LETRAS Y  
ARTES. PUBLICADA POR LA  
UNIVERSIDAD DE CONCEPCION.

---

---

Año IX

Septiembre-Octubre de 1932

Núm. 91

---

---

Paul Van Tieghem.

## LA CUESTION DE LOS METODOS EN HISTORIA LITERARIA

**L**A Comisión Internacional de historia literaria moderna (ver el *Bulletin du Comité international des Sciences Historiques*, N.º 9, Junio de 1930), al reunirse en Budapest del 21 al 23 de Marzo de 1931, con ocasión y bajo el patronato de la quinta asamblea del Comité, decidió aprovechar esta reunión para agrupar en torno a ella a otros historiadores de la literatura, con el fin de constituir así un pequeño Congreso de Historia Literaria. Este Congreso, el primero de su género, tiene como programa *Los métodos de la historia literaria*. Se ha juzgado que, al invitar por primera vez a los historiadores de la literatura, pertenecientes a diversas naciones, para acercarse, no sólo con el objeto de cambiar ideas y ayudarse mutuamente en sus trabajos, sino para entrar en relaciones personales, no se podía proponer a sus discusiones un tema más interesante y más útil que el mismo método de sus pesquisas

Estas cuestiones de método, implícita y aun explícitamente debatidas en las discusiones entre críticos literarios, historiadores de la literatura y especialistas en estética, en el curso del último siglo, han sido reasumidas más de cerca en las dos últimas décadas de ese

mismo siglo, y constituyen de nuevo el objeto, desde algunos años, de discusiones en que se miden las teorías más diversas y aun las más opuestas. En general, en la enseñanza de las Universidades, en las tesis, disertaciones y otros trabajos académicos, en los artículos que publican las revistas especiales y en la mayor parte de las obras eruditas, se aplica el método llamado histórico o documental, que se practica en todos los países pero que ha sido expuesto de manera particularmente precisa y luminosa en Francia o en lengua francesa por G. Lanson, G. Rudler, D. Mornet, en Norte-América y en lengua inglesa por otro francés, A. Morize. Después de haber hallado bastante resistencia en ciertos países—notablemente en Francia—por su aplicación a las literaturas moderna—pues él se aplicaba ya desde varias generaciones a las literaturas antiguas y al período de la Edad Media, sin levantar protestas—, este método histórico parecía haber ganado su causa y reinar apaciblemente. Más aun, se enriquecía constantemente, perfeccionando sus procedimientos, creando otros nuevos; se hacía cada vez más minucioso y preciso, sea por la exactitud en materia de cronología, sea por el rigor en el examen y en la confrontación filológicas de los textos, sea por la amplitud de la bibliografía, que se extiende sin dificultad a autores no ya de segundo plano, sino de tercer orden o de valor ínfimo; sea por el empleo de documentos biográficos sacados de los archivos o de otros depósitos de manuscritos, etc. . . .

Ahora bien, desde algunos años se pueden observar en el dominio de los métodos de la historia literaria algunos fenómenos que se pueden clasificar en dos categorías

I. Un buen número de trabajadores, que practican el método histórico y de los cuales muchos se han contado o se cuentan entre sus defensores más firmes, sienten la necesidad de completar, de ampliar las aplica-

ciones que se han hecho por lo común. Esta tendencia al enriquecimiento de un método cuyo principio general—historicidad de los hechos de orden literario y posibilidad de establecer entre ellos, o entre ellos y otros hechos, relaciones de causalidad o condicionamiento—está admitido implícita o explícitamente, se manifiesta en muchas formas harto diversas. Tales o cuales puntos de vista, un poco menospreciados por otros sabios, o por lo menos, de los que ellos no habían hecho el centro de sus investigaciones, han sido adoptados como puntos de partida de rebuscas nuevas o más profundas; ellos parecen ofrecer explicaciones más satisfactorias de muchas obras o de muchos hechos cuyas causas o condiciones habían permanecido un poco en la sombra.

1.º Desde hace más o menos un siglo, por tentativas dispersas y aproximativas, y desde treinta o cuarenta años sobre todo, en forma más metódica, la *literatura comparada* estudia las relaciones entre las obras de las diversas literaturas modernas, la explicación de las obras literarias por las fuentes, las imitaciones y las influencias. Este importante movimiento ha sido representado por excelencia, e integrado en el conjunto de la historia literaria tratada según los métodos históricos más rigurosos, por J. Texte, L. P. Betz, A. Farinelli, Max Koch, F. Baldensperger, seguidos de muchos otros;

2.º Por un ensanchamiento de la noción de literatura comparada, la *literatura general* coloca a la obra en el medio internacional en que ella ha nacido, la estudia en sus lazos con obras análogas, sea en la forma, sea en el espíritu, producidas en la misma época o en épocas históricas paralelas, en varios países. Desde algunos años, P. Van Tieghem se ha convertido en el representante sistemático de esta manera de enfrentar la literatura;

3.º Los escritores no componen sus obras, por lo

general, para otros escritores sino para el público. ¿Quién es ese público? ¿Cuáles son los elementos diversos, los caracteres, las reacciones ante la literatura que él ofrece? ¿Cómo se forman sus gustos paralelos y sucesivos? ¿Qué influencia ejercen sobre los escritores el público y sus gustos? Tal es el orden de cuestiones que se plantea la historia literaria *sociológica*. Ella ha sido indicada por Hennequin, P. Lacombe, y cultivada a menudo por G. Lanson, D. Mornet, F. Baldensperger, y más recientemente y de manera sistemática por L. L. Schüking;

4.º Existe la tendencia a simplificar demasiado las cosas considerando como otras tantas unidades las literaturas nacionales y despreciando los elementos provincianos de que cada una de ellas se compone. En el interior de una literatura los escritores y las obras se explican mejor si se les agrupa por regiones o provincias. Este método *geográfico* ha sido aplicado recientemente al romanticismo inglés, por F. E. Pierce y al conjunto de la literatura alemana, por J. Nadler en su grande historia de esta literatura, en cuatro volúmenes, concebida sobre ese plan, del cual ella ofrece la aplicación más sistemada;

5.º Se puede clasificar, por otra parte, a los escritores por períodos, y aun por generaciones, de modo que las sucesiones y las alternancias de que está hecha la historia de la literatura se desprendan y expliquen mejor. La cuestión de la *repartición en períodos* (*Periodisierung*) de la literatura ha sido muchas veces estudiada y discutida, en especial en Alemania, durante estos últimos años. Mas particularmente, se ha discutido la noción de *generación literaria*. Citemos, en este orden de ideas,—en el cual Georges Renard ha sido un precursor—los estudios de H. Cysarz y J. Petersen;

Debe quedar entendido que hay otros métodos todavía que pueden agregarse a los que acabamos de enumerar. El carácter común de unos y otros es desa-



rrollar en diversos sentidos el método histórico, sin revocar en todo los principios en que éste se funda. El primer Congreso de historia literaria oirá exponer algunos por los sabios que en este momento son sus representantes o sus intérpretes.

II. Se han hecho al método histórico las más graves críticas y las más diversas. Se le ha reprochado en particular:

Dar demasiada importancia al medio histórico y social, en tanto que muchas obras de las más interesantes han recibido su huella en corto grado;

Amarrarse a los menores detalles biográficos, como si la vida del hombre condicionara esencialmente el alma del escritor, en la cual se ha formado la obra;

Estudiar con complacencia a los autores mediocres, a pretexto de que aclaran y explican a sus grandes contemporáneos, mientras que, por no haber sabido crear lo bello, no tienen derecho a entrar en la literatura; por lo demás, en estas materias hay entre el pequeño y el grande no una diferencia de grado, sino de naturaleza;

Hacer un uso excesivo, o aun injustificable en principio de estadísticas, catálogos y otros medios numéricos de acercarse a la obra de arte;

Proceder a análisis más y más amplios, como si la cantidad, en materia de influencia, por ejemplo, no fuese despreciable junto a la calidad;

Dar un sitio muy grande a las influencias e imitaciones, como si lo único que cuenta en arte no fuera el elemento personal del espíritu y de la obra;

Acumular, con trabajo tan paciente como ineficaz, los pequeños hechos y los fragmentos de textos («fichas»), que pierden su sentido y su valor real arrancados al organismo vivo de que forman parte, para construir con ellos edificios artificiales;

Pretender explicar la obra literaria, o los detalles de esta obra, por los hechos y los textos que conocemos,

como si conociéramos toda la realidad, en tanto que el espíritu del escritor ha sido puesto en lucha o alimentado durante la creación por una multitud infinita de choques que han pasado sin dejar rastros;

Etc. . . ., etc. . . .

Estas críticas han nacido en parte de algunos abusos o desviaciones del método histórico, de los cuales están exentos los maestros de este método, que son los primeros en condenar en poco diestros imitadores. En parte, estas críticas atacan al método, considerado como si pretendiera ofrecer una explicación total de la obra literaria, y de esta pretensión los mismos maestros se defienden: declaran que ellos no quieren más que preparar, facilitar la aprehensión directa e íntima del genio en su función creadora, en la inexplicable elaboración de los elementos recibidos y en su fusión en la sustancia propia del escritor. Pero en parte también ellas niegan los mismos principios del método: historicidad de los fenómenos literarios, posibilidad de establecer entre ellos relaciones de causa o de condición. Estas reacciones se reflejan en la terminología; en algunos países y bajo muchas plumas, en lugar de *historia literaria* (*Literaturgeschichte*), se conserva o se vuelve a usar el viejo término de *crítica* (*criticism*, *critica* (en italiano), o se emplea *ciencia de la literatura* (*Literaturwissenschaft*).

He aquí algunos de los métodos indicados para combatir el método histórico (1):

1.º La *biografía de la obra literaria* o *método psico-histórico* (Pierre Audiat). Se comprueba que la historia literaria, tal como se la practica a menudo, es más histórica que psicológica y que sobre este último punto ella está cincuenta años atrasada respecto de los decu-

(1) Lo que sigue está desprendido en parte de *Tendances nouvelles en histoire littéraire*, por Philippe Van Tieghem, París, Les Belles Lettres, 1930 (22.º cuaderno de *Études françaises fondées sur l'initiative de la Société des Professeurs français en Amérique*), con autorización del autor y del editor.—N. del A.

brimientos de la psicología contemporánea. Se desprende de ello que es preciso estudiar no el hombre sino la obra; no en su génesis externa, sino en su vida íntima, en los desarrollos del pensamiento, de emoción y de estilo que ella revela;

2.º El método *estético*, del cual Benedetto Croce ha dado la teoría y el ejemplo y que bajo su influencia se ha expandido sobre todo en Italia; más filosófico que histórico; estudia la obra literaria en los procedimientos intelectuales de su formación; ligado por lo demás a todo un conjunto de ideas filosóficas;

3.º El método estético y crítico que M. Dragomirescu ha expuesto en cuatro volúmenes. En literatura las obras maestras son las únicas que cuentan; en la obra maestra, sólo la originalidad es esencial; para comprender un escrito, es necesario estudiarlo en sí mismo, desprendido de toda influencia, de toda causa biográfica, social y aun intelectual; es preciso estudiarlo de manera precisa en sus diversos elementos psicológicos y estéticos;

4.º El método filosófico, biológico y moral, que había indicado Dilthey y que H. Cyzarz ha construído con rigor. La obra literaria expresa, ante todo, la vida del espíritu: ella ofrece el puente por el cual se realiza el paso de la vida al pensamiento. El crítico debe comprender la vida de la obra por la vida propia de él como crítico; su estudio tiene como base la simpatía; desprende un juicio moral de la intensidad de la lucha entre el instinto vital y el sentido moral;

5.º El método de la nueva escuela *formalista* rusa (Veselosky, Potebnia, Peretz, Ossip Brik, Eichenbaum, Vinogradof, Jirmunski), que no estudia sino la forma de los escritos y no se aplica, por tanto, sino a las verdaderas obras de arte. Este método se limita sistemáticamente a los procedimientos artísticos; la historia de la literatura es la historia de las técnicas literarias; estas son estudiadas en los menores detalles de la len-

gua, del estilo y de la composición, de una manera tan precisa como es posible;

6.º La *crítica literaria artística* o *historia literaria artística*, nombres propuestos por M. Bernard Fay para el método que él querría ver sustituir al método histórico. Este se integra a las ciencias, puesto que persigue la verdad; ahora bien, es lo bello, no lo verdadero, lo que interesa al estudio del arte, y la noción de lo bello, esencial a este estudio, se borra en el método histórico. El pasado, dominio propio de la historia, está analizado por los historiadores literarios en sus producciones como si éstas estuvieran muertas, y, sin embargo, ellas siguen viviendo. Es preciso sentir y describir el pasado como presente. El análisis debe ceder su sitio a la síntesis, que es la única que guarda contacto con la vida, y la noción de arte debe volver a tener el primer lugar.

Muchos otros métodos y tendencias, que expresan nuevos puntos de vista, han sido propuestos en estos últimos años para reemplazar el método histórico, que los precedentes no trataban sino de completar. Algunos de ellos, que acaban de ser enumerados, serán expuestos en el primer Congreso de historia literaria. La Oficina de la Comisión internacional de historia literaria moderna invitará a todos los miembros presentes a plantear todas las preguntas que juzguen oportunas y a tomar parte en las discusiones que se trabarán sobre las ideas emitidas y los métodos propuestos.

Gabriela Mistral.

## POEMAS

### VIEJA

*Ciento veinte años, tiene ciento veinte,  
y está arrugada como nuestra Tierra.  
Tantas arrugas lleva que no tiene otra cosa  
sino alforzas y alforzas como la pobre estera.*

*Tantas arrugas se hizo como la luna al viento  
y se está al viento que la empolva y pliega.  
Tantas arrugas hubo que ya no muestra sino  
sus escamas de pobre carpa eterna.*

*Se le borró la muerte inolvidable  
como un paisaje, un oficio, una lengua.  
Y a la muerte también se le olvidó su cara  
porque se olvidan las caras sin cejas.*

*Arroz nuevo le llevan en las dulces mañanas;  
fábulas de cuatro años al servirla le cuentan;  
aliento de quince años al tocarla le ponen;  
cabellos de veinte años al besarla le allegan.*

*Mas la misericordia para ella es la mía,  
que le regalaré mis horas muertas  
aquí me quedaré por la semana,  
pegada a su mejilla y a su oreja.*

*Diciéndole la muerte lo mismo que una patria,  
dándosela en la mano como su tabaquera;  
contándole la muerte como se cuenta a Ulises,  
hasta que me la oiga y me la aprenda.*

*«La muerte», le diré al alimentarla;  
y «la muerte» también cuando la duerma;  
la muerte como el número y los números,  
como una antífona y una secuencia.*

*Hasta que abra las manos y la tome,  
lucida entera en vez de soñolienta;  
abra los ojos, la mire y la acepte,  
y despliegue la boca y se la beba.*

*Para que al fin se doble dulcemente  
y consumadamente se disuelva,  
con la ciudad fundada el año suyo  
y el barco que lanzaron en su fiesta.*

*Y yo pueda sembrarla lealmente,  
con se siembran maíz y lenteja,  
donde a tiempo las otras se sembraron,  
más dóciles, más prontas y más frescas.*

*Su corazón aflojado soltando,  
y su nuca poniéndola en la arena,  
las viejas que pudieron no morir:  
Clara de Asís, Catalina y Teresa.*

---

## CANCIONES DE CUNA.

### LAS DOS.

*Mientras tiene luz el mundo  
y despierto está mi niño,  
por encima de su cara  
esta Tierra le hace guiños.*

Guiños blandos la alameda  
con sus dedos amarillos  
y las nubes perezosas  
pasan deshaciendo guiños.

La cigarra al mediodía  
con el canto le hace guiño  
y al venir la noche le hacen  
guiño el agua, guiño el grillo.

Cuando ya es la medianoche,  
da la Tierra un gran silbido,  
y se viene el viento grande  
con tropel de leones vivos.

Yo le digo a la otra madre,  
la del aire y los caminos:  
—Haz que duerman tus chiquitos  
para que se duerma el mío;

mas la madre empecinada,  
la muy llena de caminos,  
me responde:—Duerme al tuyo  
y se dormirán los míos.

### SOÑOLIENTA.

—Duerme, duerme; ya se durmieron  
los de las otras que cantaban:  
el de la Rana, el del Mochuelo,  
el de la Liebre, el de la Cabra.

Una sola sigue cantando  
y se le seca la garganta,  
por esos ojos tan abiertos  
como la puerta sin bisagra.

Duérmete luego, y yo me cuente  
a madre Urraca, a madre Cabra,  
que tú no sabes cuándo es noche  
ni cuando pinta la mañana.

Duerme la Rana en su charquito;  
en su cerco duerme la Cabra,  
y yo no duermo por esos ojos  
destapados como la jarra.

Duérmete para que no quede  
tu pobre madre avergonzada  
de que su niña se le duerme  
después del Sapo y de la Urraca.

Y mañana tenga los ojos  
rojos y andando trastocada  
rompa las loza, queme la sopa  
y de revés lleve la falda.

O que de sueño y de cansancio  
la madre tuya se deshaga,  
cuando mañana estén enteras  
la madre Urraca, la madre Cabra.

Y que no me halles en el lecho  
y que me llames asustada,  
cuando lleguen para vestirte  
la madre Liebre, la madre Cabra.



José María Souviron.

## ITINERARIO (1)

### I

(Costas de Galicia).

*Díme tú lo que dicen  
esos faros perdidos en las islas...  
El rojo aquel que se refleja a ratos,  
el otro blanco que nunca se apaga.*

*Tantas estrellas caen sobre las islas?  
Son las ventanas esas de los cuentos  
que buscan los perdidos y se alejan?*

*Díme tú lo que dicen esos faros!  
Sabrán que voy yo aquí? ... Sabrán que te amo?  
Díme tú lo que dicen...*

---

(1) Del libro en preparación, *Fuego a bordo*.

## II

(Mar grande).

Como banderas finas  
al viento de la tarde  
queriendo huir, prendidas  
al mástil, tembladoras,  
guardando sal y rayos  
están mis horas altas  
vigías del misterio  
avizorando costas,  
gritando los escollos,  
esquivando tormentas,  
para que el barco lleve  
tu luz sobre las aguas.



## III

(Azores).

Islas primeras. Vienen a nosotros  
a la deriva. Tienen frutas nuevas  
que desean nuestros labios. Tienen aguas  
que saltan entre piedras, allá dentro  
de los montes, buscando tu mirada.  
Y un campo verde que desea tus pies  
para que lo camines.  
Vienen, vienen,  
flotan. Las trae la luz de tu sonrisa.  
Cojo tus manos y les hago señas

con ellas ¡Flores, aguas, frutos,  
aquí está ella!...

Pero luego temen  
no sé qué. Y navegando siguen solas.  
Las señas de tus manos son adioses.  
Se pierden. Cuando el sol se fué, lejanas  
todavía te guiñaban con el faro.  
Pero tú ya no veías otras islas  
que las que se quedaron en mis ojos,  
muy dentro, con las frutas y las aguas.  
Te las guardé, sabiendo que se irían.



IV

(Canción.)

Yo quiero el barco de vela  
que navega por el viento.  
Y esa flor sola que ahora  
se mece sobre la luna.  
Y el tigre que se despierta  
en este instante, en el centro  
exacto de Africa negra.  
Quiero la yerba de olor  
de una costa de Hawai  
y la herrumbre de lo alto  
de un pararrayo de Islandia...

Quiero tus manos y en ellas  
el Sol, como una manzana.



## V

(Canción de montes en el mar).

Sobre cubierta, cuando el sol salía,  
¡qué dulce tu canción de las montañas!  
Hablar de cabras entre gaviotas  
y de pastores entre marineros.  
Ahora recuerdo lo que yo sentía  
cuando sobre las cumbres andaluzas  
entre almendros y olivos,  
cantábamos un aire navegante  
de veleros perdidos en la niebla.

Robert Krautmacher.

## GOETHE, EL HOMBRE Y LA OBRA <sup>(1)</sup>

**L**OS pueblos que honran a sus grandes hombres se honran a sí mismos, pues éstos son miembros de la nación que les ha dado origen. No es el término medio de los habitantes que da a conocer los valores étnicos y espirituales de un pueblo, sino los personajes sobresalientes que encarnan el alma de una nación. Un pueblo vuelve a conocerse a sí mismo cuando se descubre en las destacadas figuras, que no han surgido de la nada sino del regazo de la madre patria. Como la hispana gente honra a Cervantes, su más preclaro hijo y maestro cincelador de su lengua, así la Alemania de hoy día honra a Goethe, su almotacén y fiel medidor de su habla, más aun, porque concibe claramente que tal vez no todos, pero los más esenciales rasgos del ser de su ser sobresalen en la personalidad de este genio. Esto no lo digo por vano engréimiento, para lisonjear con barato incienso nuestro amor propio, sino con espíritu de justicia, y, además, en el sentido de su potencialidad volitiva hacia la más alta perfección humana, sentido, que contempla en la persona del genio Goethe el modelo acabado de la raza germánica, que señaló los rumbos a su pueblo, precediéndole en columna de fuego como el Jehováh del Antiguo Testamento que guiaba a su pueblo a la Tierra Prometida, camino de perfección.

Hay diferentes medios para glorificar a los grandes hombres. Se les puede momificar y erigir encima de la sepultura una pirámide; se les puede cincelar en bronce o en mármol y colocarlos en plazas públicas; se les puede conservar en un panteón o mausoleo. Pero con todo esto se honra sólo a los muertos, que no a los vivos. El mismo Goethe se ha burlado de esta manera de ensalzarlo en un cuarteto:

---

(1) Discurso pronunciado en la Velada de conmemoración del 100.º aniversario de la muerte de Joh. Wolfg. von Goethe.

«Para el túmulo de Goethe, qué pagas tú?  
Así pregunta éste, este otro y aquél.  
Si yo mismo puesto no lo hubiera,  
Dime, pues, quién otro me lo erigiera?»

Con esto indica el mismo lo que le pareció lo importante,— la obra, en que han tomado cuerpo sus anhelos de hombre y poeta. Y estos anhelos se honran haciéndolos renacer en el corazón sensible del hombre.

No se ha seguido siempre este modo de dar expresión a la veneración de aquellos que merecen la corona apolínea. Tenemos la plenitud de monumentos, hermosos y nobles. Generaciones enteras se han esforzado para comprender al Goethe histórico, escudriñando los más recónditos refugios para excavar y sacar a la luz sus reliquias, sus recuerdos y sus cartas, a fin de formarse un concepto cabal de esta personalidad extraordinaria.

Lo han calificado de clásico para ceñir sus sienes con la corona de la inmortalidad. Por muy laudable que parezca este concepto, temo que signifique más bien culto de momia que no de lo vivo, porque la vida nunca es rigidez, sino es cambio, es evolución. El espíritu de Goethe no está preso en sus obras como el genio de la redoma tapada de que nos habla la conseja arábica. Su espíritu poderoso crece y se expande en cada generación nueva como la semilla caída en el surco y que cada primavera nace más lozana y vigorosa.

Y esto constituye nuestro regocijo y nuestra certeza: que el espíritu de Goethe no ha quedado en la cripta de Weimar, donde yacen los restos de su envoltura terrenal junto a los de Schiller desde hace 100 años atrás, sino que se ha difundido y obra aún hoy en día y sigue mostrando a cada generación un nuevo aspecto y que seguirá creciendo.

La forma y la cima de una montaña no la reconoce el que se encuentra en un valle o en medio de ella. La verdadera silueta y las cumbres más prominentes se destacan para quien guarda cierta distancia, y así resulta que cuanto más nos distanciamos del genio de Goethe, se borran algunos trazos y perfiles que parecían importantes a su coetáneos, mientras otros rasgos y valores aparecen y ganan en visibilidad.

Recuerdo aquí las palabras de Oswaldo Spengler, quien en el Prólogo de «El Ocaso de Occidente», confiesa que debe casi todo a Goethe y a su vasta comprensión de la historia, que se ha apropiado sin saberlo.

Por cierto que el efecto de su irradiación no queda concretado dentro de los lindes de su nación, el pertenece a la Litera-

tura Universal y todos los pueblos pueden hallar deleite y regocijo y nuevos incentivos en la copiosa fuente de sus obras.

Esta admiración es universal. Si no lo hubiera sabido, me constaría ahora por las últimas conversaciones habidas para la celebración de este acto de homenaje, que me han convencido de que también entre los cultos hijos de este país cuenta con admiradores fervorosos y no pocos en esta misma urbe de Concepción. ¿Acaso es porque la ciudad universitaria de Concepción está convirtiéndose en un núcleo espiritual, en un segundo pequeño Weimar chileno, en que se dará cita, andando los tiempos, lo más selecto de la intelectualidad chilena y extranjera?

No cabe en los límites de este discurso dar un cuadro biográfico completo del hombre Goethe y de todos sus escritos. Me voy a restringir a las épocas y obras más importantes.

Recordemos la juventud de Goethe.

No será muy fácil evocar la imagen de Alemania de antaño cuando apareció su genio. Empobrecido estaban los países de lengua germana después de las guerras de los siglos XVII y XVIII. La misma faz presentaba la literatura que había entrado en un período de esterilidad absoluta a modo de páramo. Ya no conocía nadie la épica medioeval, nadie las obras de los trovadores como Wolfram von Eschenbach y Walter von der Vogelweide. Una desconsoladora era de larga y profunda prostración. Poesía viva hubo que introducir virtualmente de Inglaterra y Francia. Anhelábase un gran poeta en aquel tiempo, parecido a otro en que los profetas anunciaban la venida de un nuevo Mesías. Sí que surgían hombres que preparaban el camino al Mesías de la poesía. Discutíase si el venidero debiera imitar a los ingleses o a los franceses. Gottsched y su círculo, legislador de la literatura cual otro Luzan español, endiosaba a Boileau y la poesía francesa, los suizos Bodmer y Breitinger indicaban la Inglaterra. Surgió entonces uno, fuerte en sentimiento, pero débil en forma—Klopstock, el cantor de la Mesíada. Pero no era el Mesías de las letras germanas, sólo un Juan Bautista. Tampoco lo era Lessing, quien más vehemente que todos sus coetáneos atacaba la imitación francesa, señalando al congénere Shakespeare. Su mérito indiscutible consiste en la elección de un argumento nacional para su primer drama *Minna von Barnhelm*, formado, sin embargo, según las normas estrechas del clasicismo francés. Más profunda repercusión tuvo *Herder*, que, junto con señalar a Shakespeare, predicaba la restauración de las tradiciones nacionales y populares. No tenía el don de dar plasticidad a lo que columbraba en su ardiente fantasía, pero dió clara expresión, a lo que al más romántico

de los españoles, Zorrilla, conmueve en su Canto del Trovador:

«¡Lejos de mí la historia tentadora  
De ajena tierra y religión profana!

Mi voz, mi corazón, mi fantasía  
Cantan la gloria de la patria mía!»

Ha sido *Herder* el precursor y guía del que más tarde se hizo el poeta nacional por excelencia.

Ya era nacido... Su cuna fué la antigua imperial Francfort. Si echamos una mirada a la infancia de Goethe, que él mismo nos narra con todos los pormenores en su *Dichtung und Wahrheit*, (Poesía y Verdad) entonces parece, como si el destino hubiera elegido esta residencia para que saliera de ella el gran bardo; donde la multiplicidad de la vida de antaño se ofreció al futuro compendiador de todas las incongruencias alemanas en una sola síntesis armoniosa.

Allí, en la imperial Francoforta, el joven Goethe es testigo de la solemne coronación del emperador José II, y entre las festividades, estando todavía en los umbrales de la juventud, tiene el doncel su primera aventura amorosa: Gretchen.

Este inocente embeleso por la candorosa doncella, abre su alma a la luz de la poesía y le inspira aquella inmortal concepción, en la cual derramaba más tarde toda su inteligencia, su alma entera, el Fausto.

Sus expansiones juveniles obligan a sus padres a entregarle bajo la férula de un Hofmeister, maestro de esgrima; y más tarde educado ya en las reglas de la urbanidad, lo lleva un amigo de la familia a Leipzig, para iniciar el estudio de la jurisprudencia, según los deseos de su padre.

Aquí respiraba de lleno la atmósfera de la incipiente vida espiritual alemana, pero las clases del Director Oeser, el apóstol de evangelio de Winkelmann de la belleza absoluta helénica, le interesan más que el árido Derecho Romano.

Con los desalientos de un naufrago, (sus propias palabras) quebrantado de salud, vuelve a Francfort, y se dedica durante su convalecencia al estudio de las ciencias naturales, haciendo de su gabinete un laboratorio químico.

Impulsos más fuertes recibe de Estrasburgo, donde la Providencia le acerca al hombre, que por un largo lapso de su vida se constituye en su norte y guía y cuyo contacto le despierta el entusiasmo por los metros germánicos antiguos y por el arte de



Shakespeare, donde la hermosa catedral, obra de Erwin von Steinbach, le da la completa comprensión del principio creador del arte gótico, la que ha depositado en el folleto: «De la arquitectura alemana».

Otro apasionamiento amoroso por la gentil Federica Brion, hija del cura de Sesenheim, episodio encantador, le inspira los más bellos efluvios de su alma de poeta. Es ella el «Heidenröslein», la rosa campestre, una de sus más delicadas Lieder, en que campean la extrema sencillez de la forma, gracia y delicadeza.

Parece que encontró también aquí bajo los pórticos ojivales de aquel coloso arquitectónico, en visión fugaz las sombras de sus héroes de los grandes dramas, el Goetz de Berlichingen, y el Fausto, todas evocaciones conjuradas del pasado de su pueblo.

Vuelto a Franckfort con el título de abogado, sigue un tiempo de incubación intelectual, interrumpido sólo por unos años de trabajo profesional en Wetzlar.

Fué terminado el drama Goetz de Berlichingen, el primer drama con argumento alemán, en moldes germánicos. No nos podemos figurar hoy en día la impresión que hizo en aquellos tiempos el protagonista, aquel caballero del puño de hierro, en el borrascoso estreno, similar únicamente al estreno romántico de Hernani de Víctor Hugo, en Francia, y Los Amantes de Teruel, por J. T. Harzabusck, en España.

Ahí nació el romanticismo alemán. Con enojo y escándalo fueron recibidas las innovaciones de parte de los viejos rutinarios pseudo-clasicistas. Hasta el mismo Lessing, irritado decía: Esto no es drama.

¡Pero cómo fueron recibidos de la juventud los 3 Vivas a la libertad con que termina el drama!

Esto era un nuevo ideal literario, que había de infiltrar nueva savia en las letras germánicas, según decía Madame de Staël, su ardiente propagandista en Francia. No se presentaba en el alto coturno del rígido alejandrino francés, sino en una prosa que no se inquietaba ni con expresiones por demás populares.

Unos años más tarde aparece el Werther, «Los Padecimientos del joven Werther». Todos saben el ruido que hizo esta obra en toda Europa. Si es que el Goetz de Berlichingen expresa en la escala de tono mayor el ser alemán, aquél modula en bemol menor el malestar general de la época y del poeta en especial, que se busca alivio y desahogo de un infortunado amor que atormenta su espíritu.

«Ese pequeño libro, dice el mismo Goethe en sus Memorias, hizo una impresión prodigiosa y la causa es muy sencilla. Apa-

reció en el momento oportuno. Una pequeña chispa basta para hacer estallar una hoguera. Werther fué esta chispa. Werther era la expresión fiel del malestar general. La explosión fué, por consiguiente, rápida y terrible. Hasta se dejaron arrastrar por el argumento; y su efecto aumentó todavía bajo el influjo de esa preocupación absurda que hace suponer en el autor la intención de instruir en el interés de su dignidad. Olvidaban que el que cuenta, ni aprueba ni vitupera, sino que procura desarrollar simplemente la sucesión de los sentimientos y de los hechos. Así es como instruye, y al lector toca reflexionar y juzgar.»

Fuera que algunos de sus contemporáneos seguían al joven Werther buscando la muerte voluntaria; para la mayoría de los lectores, penetrados de los pensamientos de Rousseau, no significaba otra cosa que regresar a la Naturaleza.

En 1774, a los veinticinco años, Goethe había escalado ya la cumbre de la gloria, una de las más memorables fechas en los fastos literarios de la nación. Con él, la voz de la literatura alemana se une de lleno al coro de la literatura universal como la de melodiosa resonancia en un concierto de Sebastián Bach.

El Goetz von Berlichingen le había conquistado el primer rango en la dramática alemana, el Werther uno no inferior en la universal.

De ninguna de sus obras juveniles conocemos mejor las fuentes. Sin embargo, no es aquí el lugar para disertar sobre ellas. Nos sirvan más bien de advertencia las palabras del autor en las «Conversaciones con Eckermann»: «El poeta transforma la vida en un cuadro, es el vulgo que trata de rebajar el cuadro a la materia».

El Werther es una novela de pasión, de argumento sencillo, casi sin actuación, pero donde fluyen el sentimiento profundo y la emoción más viva en rasgos aparentemente sencillos, pero sugestivos hasta la sutilidad.

Un ejemplo sirva para demostrarlo.

Tan fútil parece lo que dice el infortunado protagonista de Lotte al verla mondando naranjas después del baile.

Pero el celoso agrega: Con cada tajada que ella ofrece a la vecina, me dió una puñalada en el corazón. Y en este curioso juego de prendas de las palmadas, le parece al pobre Werther que las aplicadas a él son más fuertes, más sonoras y más dulces,—por ser de su mano. Hay otra cosa. El argumento solo no puede producir el efecto que produjo en la humanidad entera de aquella época. Es que el Werther es una obra maestra de estilo narrativo. Es el secreto de su éxito. Todos los artificios de la tensión nerviosa están activos para embargar nuestro interés

hasta los últimos renglones, que en forzada objetividad, con frases entrecortadas, concisas, terminan:

«El viejo seguía caminando tras el cadáver. Y los hijos. Alberto no lo pudo. Obreros llevaban el ataúd. Ningún cura lo acompañaba.»

El poeta del Werther se encuentra con un joven príncipe. La impresión del uno sobre el otro es tan fuerte que el príncipe Carlos Augusto le ofrece llevarlo a su residencia en Weimar, y Goethe se resuelve a dar un paso que es decisivo para toda su vida.

Carlos Augusto lo hace su primer ministro, y desde esta época Goethe vivió siempre en Weimar, compartiendo su tiempo entre los asuntos públicos y sus tareas literarias.

En su juventud, sobre todo, en Estrasburgo, había encontrado Goethe el Monsalvat, el Santo Grial de la poesía nacional de cepa germánica. Pero, un segundo Parceval, tuvo que errar aún muchos años en tierras ajenas antes que volviera a encontrarla.

Es típico para la cultura alemana que otras culturas previamente maduradas, como la clásica italiana, rebasando los límites de la patria se infiltran en la primera. También Goethe ha experimentado este destino ineludible en el transcurso de su vida. También él ha pagado el tributo a la potencia avasalladora del Clasicismo, del segundo renacimiento de las artes clásicas, provocado asaz por las excavaciones de Pompeya a principios de la centuria décimo-octava y por la restauración del antiguo Foro Romano, con sus templos de estilo helénico-romano, de cuyas rígidas líneas dedujo Winkelmann sus principios de la «noble sencillez y sosegada grandeza» del estilo griego, y pintores como Carstens, David y Tischbein, escultores como Canova y Thorwaldsen se empeñaban en luchar por esta belleza clásica.

Goethe fué llevado y transportado no menos de esta nueva onda clásica. Y clásico le significaba a él severidad de la forma. La corte principesca de Weimar, con su rígida etiqueta y su severa jerarquía personificaba también esta forma que exigía simetría, armonía y quietud, hasta su amistad y amor desesperante, nunca satisfecha con una dama de la corte, Carlota von Stein. A ella consagra sus más brías y deslumbradoras canciones amorosas, como en tiempos pasados Fernando de Herrera su versos eróticos, ataviados de brillo oriental a una dama de alta alcurnia, versos calificados de inocentemente inmORALES. Amor platónico, y poesía de gratísima forma, casi metafísica.

En aquella época, antes de emprender el viaje a Italia, época

llena de gratas disipaciones y esparcimientos hizo Goethe el bosquejo de varias obras que concluyó en edad más madura. Brota espontáneamente su estro lírico. Su imaginación y sensibilidad se prestan nuevamente a las expansiones íntimas, a los arrebatos de la inspiración. Los versos de sus Lieder llegan a las honduras del espíritu y seducen por la musicalidad de la cadencia y por esa armonía imitativa de los sentimientos, que sólo es patrimonio de los más grandes poetas líricos. Mencionaré aquí sólo el Erlkönig.

Qué contraste con el tono patético de las aflagradas odas de Klopstock que el mofante Enrique Heine censura diciendo: No se puede seguir a Klopstock en su cielo, porque se nos ha llevado la escalera.

Y aquí, en cambio, esta sencillez de forma y pensamiento. La dulzura de sus armoniosos versos hacía vibrar el alma de Mozart, Beethoven y Schubert que la interpretaban con sus acentos más delicados.

La única obra terminada de Goethe en los 11 años de su estada en Weimar hasta el viaje a Italia es la lírica. El sentimiento lírico, fugaz como las palpitaciones del corazón, le sobreviene hasta en los quehaceres del día. Todas sus poesías son emotivas del momento, son ocasionales, nunca resultado de meras abstracciones como las de Schiller. Un minuto de visión objetiva basta para el efluvio de su alma, otro para darle la forma artística. Una marcha en la montaña entre tempestades y truenos le sugiere el Nocturno del caminante:

¡Oh tú, que en los cielos moras  
Y alivias toda aflicción!  
Al que es doblemente triste  
da doble consolación.  
Lucha e impulso, impulso y lucha  
el placer y el dolor son;  
¡me hallo laso! Paz serena,  
ven presto a mi corazón.

Un momento de reposo debajo de las altas hayas de su casita primaveral le inspira el sencillísimo:

En las colinas  
honda quietud;  
sobre las cimas  
un soplo azul  
vive no más...

En la enramada  
las aves callan...  
Aguarda un poco:  
pronto, muy pronto  
descansarás.

Permítaseme aquí una breve digresión sobre el carácter de la Lírica alemana, acogiéndome al dictamen del reputado catedrático español Manuel de Montoliu.

El Romanticismo fué en el fondo el síntoma supremo del advenimiento de la sensibilidad de los pueblos del Norte de Europa al mundo del arte, bajo la égida del alma Goetheana; fué un movimiento espiritual de carácter predominante lírico. Tan agudo fué este lirismo básico del Romanticismo que la misma filosofía se tiñó intensamente del subjetivismo transcendental que forma la esencia de la Poesía lírica.

Por primera vez el YO se irguió como un mundo superior dispuesto a dictar su ley a todo el mundo objetivo. Se comprende que un pueblo con el alma embriagada de este nuevo idealismo, haya necesitado para su expresión de un triple lenguaje: Poesía, Filosofía y Música.

Hoy, sobre todo en los países latinos, parece ya haberse perdido la noción de la poesía lírica. Los hierofantes de la crítica en Francia, Italia y España han creído descubrir que la esencia del arte Mediterráneo está en el plasticismo, y han anatematizado en mil variadas formas y han satirizado acremente lo que se ha dado en llamar «sentimentalismo», confundiendo con el mismo gesto de desprecio la expresión honda y sincera del sentimiento y la sensiblería lacrimosa de ciertas almas impotentes. Sus poesías son abstracciones, una idea, una tesis embellecidos con los oropeles de la poesía.

¿Qué es lo que da a la poesía de Goethe esta unidad sorprendente? Fácil es contestar. Goethe, que da la tónica a la lírica alemana, estaba hermanado con la ideología del primer cenáculo romántico. El Romanticismo, en el campo de la poesía, está dominando por un sentimiento soberano específico del alma alemana, que sólo tiene en alemán un nombre intraducible en las demás lenguas. Este nombre es «Sehnsucht», que etimológicamente significa «ansia de ver». Pero su contenido sentimental es infinitamente más rico, más vasto, más intenso; es un deseo infinito. En vano lo buscaríamos en castellano o francés.

Pero, en cambio, la hallamos una sorprendente equivalencia en las lenguas catalana y portuguesa. Este tormento indefinible e inefable del alma sedienta de algo lejano e inasequible,

tienen una traducción en la palabra catalana enyoranca y en la portuguesa, saudade. La añoranza del castellano es cosa distinta, es «Mal de terre» el «mal del terruño». Este mismo sentimiento podemos ver expresado en las poesías de E. Heine y por primera vez se revela en las poesías por demás subjetivas de un español, Gustavo Adolfo Becquer.

¿Sería en él algún residuo del alma germánica, algún resabio de sus antepasados? Quién sabe. ¿Y a quiénes, pregunto yo, ha emocionado más este YO del poeta, exhibido ante la vista del profano mundo, que a las almas más sensitivas de los jóvenes y doncellas enamorados? Este sentimiento derivado de la lírica de Goethe caracteriza al verdadero lírico, es la obsesión del gran misterio que separa el mundo real del ideal.

Al fin, en 1786, el poeta se desprende de todo su ropaje y ornato de ministro para sumergirse de lleno en el mundo clásico de Italia. Para su estro lírico fueron dos años muertos. La maravillosa vena se seca. Ninguna obra nueva se produce; sólo unas pocas como la Efigenia y el Torcuato Tasso son refundidas y amoldadas al metro endecasílabo. Otras esferas de índole artística cautivan su interés. Las colecciones de arte que llevó a Weimar lo documentan aún hoy en día. La contemplación de las ruinas de la Vía Appia, en las cercanías de la Ciudad Eterna le evoca sentimientos de tristeza análogos a los que exterioriza el poeta ibérico cuando habla de los

«Campos de soledad, mustio collado  
Fueron un tiempo Itálica famosa.»

Los años en Italia le han proporcionado importantes conocimientos en las ciencias naturales. Después de su regreso a Weimar empezó con el estudio sobre la «Teoría de los colores», investigaciones científicas que ha continuado con una especie de pasión hasta su muerte. Había vuelto a su tierra un extraño, que derramaba su añoranza en sus «Elegías Romanas». La amistad con Carlota se había enfriado, también la con Herder. Fueron tan estériles los años subsiguientes que él mismo dudaba de su vocación de poeta.

Un lustro después, la aparición de Schiller en Weimar trajo el cambio. Agradecido le confiesa: Ud. ha rehabilitado en mí el poeta.

Esta amistad con Schiller le inspira nuevamente para renovar los metros de los vates de las regiones septentrionales, en sus magníficas baladas como el Rey de Tule, Mignon, el Juglar, El Dios y la bayadera, que son maravillas de versificación.

En la pequeña epopeya idílica burguesa «Hermann y Dorothea» se siente todavía cierto resabio clásico en el antiguo metro heroico, el hexámetro latino. El feliz consorcio con Schiller llevó también a Goethe al estudio más intenso de la filosofía de Manuel Kant, el más grande de su tiempo, pero el sensual poeta no encontró tan fácil el camino a la áspera severidad conceptual de esta filosofía como Schiller; no obstante, sus ideas teóricas sobre los fenómenos físicos fueron fecundizados en estos años de cooperación.

A estos nuevos impulsos se debe la conclusión de la novela «Años de aprendizaje de Wilhelm Meister» comenzada 20 años atrás. Presenta un joven diletante en las artes que dejándose guiar por sus inclinaciones, pero tanteando su insuficiencia para el realismo de la vida, llega a la conclusión que el hombre colocado entre la necesidad y casualidad impensada, tiene que someterse a la primera, y dominar por la razón a ésta.

Eran estos los años en que la pequeña corte de Weimar se hizo famosa por el cenáculo literario en que se juntaron fuera de Goethe y Schiller los más prominentes hombres de letras como Herder, Wieland, los hermanos Schlegel, Bretano y Stolberg, donde se preparaba un siglo de grandeza y luces.

Hasta hoy día significa el proverbial «caminar a Weimar» simbólicamente dejar lo variable de las formas políticas y reconcentrarse a sí mismo en busca de la personalidad madura y equilibrada, teoría esotérica que es de la misma clase que la que establecen la religión y la ética. Sólo que sus medios son diferentes, que son la poesía y el arte.

La admiración, que la nación entera prodigaba a esta insigne pareja, se trocaba, poco a poco, en idolatría sólo comparable a la que gozaba en España Lope de Vega. Ilustres extranjeros y nacionales caminaban a Weimar para conocerlos y admirarlos. En estos tiempos de felice recordación se hizo sentir la influencia literaria alemana en España. Era la Alemania la que por entonces se ocupa con simpatía de la literatura española, en que cree encontrar algunos de los principios generadores de su Romanticismo. Su ídolo era Calderón de la Barca, que había padecido un eclipse casi completo en España durante el siglo XVIII, y es en el extranjero, principalmente en Alemania, donde comenzó a brillar con vivísimo resplandor. En sus «Conversaciones con Eckermann», dice Goethe que le impresionó mucho la «Numancia» de Cervantes. En su admiración por Calderón, lo llama el único poeta español que le hizo verter lágrimas. Hace apenas un mes que Américo Castro, el eminente filólogo español, pronunció un discurso en el Ateneo de San Sebastián,

celebrando a Goethe como uno de los hombres más grandes de Europa, y que para los españoles sería un acto de gratitud de conmemorar al segundo descubridor de Calderón.

En estos fecundos años emprendió Goethe de nuevo la continuación del Fausto, drama a que debe su gloria y fama universal. No es aquí el lugar para disquisiciones doctas sobre la segunda parte del drama. Conviene más discernir nítidamente el Fausto de Goethe del falso concepto que la ópera del compositor galo, más conocida entre los pueblos latinos que el verdadero drama, le ha dado, arrimándonos a la opinión de su traductor, Teodoro Llorente.

¿De dónde nació la idea de este Doctor Fausto, que descontento de los limitados medios con que cuenta el hombre en esta vida y llevado de sus aspiraciones inasequibles, arregla el pacto con el Demonio para conseguirlas?

¿Esta tendencia hacia lo imposible, lo ignoto, lo infinito, este deseo atormentador del linaje humano?

Algo parecido encontramos también en la literatura española, el argumento es internacional. Pues, grande apareció ya en la antigüedad clásica la figura de Prometeo robando el fuego celeste; grande, la lóbrega figura del Burlador de Sevilla, el Convidado de Piedra, creación de Tirso de Molina, idealizada por Zorrilla con la figura de Doña Inés que obtiene para él la salvación por su arrepentimiento.

Hay un fondo común en todas ellas, pero cómo las diversifica el carácter peculiar de los pueblos que las han creado en las orillas del Guadalquivir y en las riberas nebulosas del Rhin.

¡Cómo se han esforzado los espíritus exegéticos de los hombres de letras para encontrar el germen de esta grandiosa concepción de Goethe!

Al doctor de la leyenda medioeval, toscamente esbozado, lo convierte Goethe en tipo acabado de la humanidad soñadora, con todas sus aspiraciones infinitas; es el simbolismo adecuado a la expresión de su pensamiento.

¡Y esa Margarita Gretchen! ¡Qué hermosa aparición! Esa imagen tan sencilla y natural de la doncella germánica, ingenua, creyente y amorosa; de la hija del pueblo, grave y modesta en la inocente tranquilidad del hogar, confiada, imprudente, criminal sin pensarlo en su apasionamiento tiernísimo, y que no pierde la nobleza de sus sentimientos, ni sus santas creencias en el abismo de la deshonra, tomó desde aquel momento en los horizontes del pensamiento humano y en las cimas de la gloria el lugar destinado a las figuras inmortales, que se destacan para siempre sobre el fondo luminoso de la belleza ideal.



Creación exclusiva de Goethe. No hay rastro de ellas ni en el Mágico Prodigioso de Calderón, ni en el Burlador de Sevilla, los trágicos dramas de las doncellas burladas. Pero Goethe tuvo la feliz inspiración de llevar estas femeniles desgracias a la historia tétrica del Doctor Fausto endiablado. El contraste de este amor, idílico primero, y después trágico, pero siempre cándido, verdadero, naturalísimo con las fantasías insensatas y los vagos anhelos de Fausto, con la mordacidad ponzoñosa de Mefistófeles, con aquel cuadro fantástico en que giran alrededor del espíritu humano las brujas y los ángeles, el Cielo y el Infierno, da al poema una realidad de vida, un calor de corazón, un interés drámático, que superan quizás a todas las demás bellezas que en él derramó el genio creador del sublime poeta.

Aquí debo hacer una advertencia. La tragedia del Fausto en la versión de Goethe es poco leída y mal conocida en España y sus antiguas colonias. Hay pocas versiones métricas soportables.

¡Extraño encanto el del ritmo y de la rima!

Parece cosa pueril, insignificante, artificiosa, y, sin embargo, responde a algo tan propio a nuestro ser, que sin ella pierde gran parte de su atractivo la poesía.

Sin embargo, las figuras de Fausto, Mefistófeles y Margarita son para todos familiarísimas, pero el Fausto conocido fuera de Alemania no es el Fausto de Goethe, sino el Charles Gounod, de la ópera.

Hay en esa impropia traducción musical algo, que no es culpa del compositor, sino de la insuficiencia del arte lírico. La música sólo alcanza a expresar las ideas de una manera muy vaga, desleída. La poesía de Goethe está muy por encima de todas las arias del mundo musical. El autor que mejor domine los misterios del contrapunto no acertaría a explicarnos con fusas y corcheas la desesperación de Fausto, su hastío de la vida, su desconfianza en la ciencia, su anhelo de derramar el espíritu en la naturaleza. La sensibilidad que palpita ingenua y casi inadvertida en el poema es reemplazada en la ópera por el afectado sentimentalismo. La imagen graciosa de la infeliz doncella se convierte en figura rígida y romántica que con los ojos entornados y las trenzas sueltas atraviesa la escena con pausada solemnidad.

¡Qué arte muy distinto el de Goethe!

Nunca se ha descrito una historia de amores con elementos y recursos más sobrios y parcos, nada hay en ella que asemeja a una heroína de la novela, como la pobre Margarita.

En la obra de Gounod, esta artística sencillez está sustituida

por la énfasis y el efecto aparatoso. Fausto, despejado de las dudas de la inteligencia, queda reducido al papel de vulgar galanteador, y Mefistófeles suple con sus carcajadas estridentes la mordaz ironía, que escapa a la expresión musical.

La poesía transcendente, en que las ideas más abstractas se coronan de belleza, ¿dónde queda? y la profundidad simbólica y el espíritu esotérico, ¿dónde quedan? Es labor de lapidario, dice Teodoro Llorente, su mejor traductor español, penetrar en su pensamiento, separar la doble corteza de granito y de diamante en que lo ha envuelto. Sólo es dado a ingenios de mucha valía. ¿Y cómo lo quiere interpretar la música, aun si fuera del más hábil Gounod?

Echemos todavía una mirada al ocaso de la vida del titano.

Después de la muerte de Schiller le tiene estrechado la soledad. La conclusión de su autobiografía «Poesía y Verdad», sus últimas grandes novelas «Años de viaje de Wilhelm Meister» y las «Afinidades electivas», un problema de la atracción y repulsión de almas humanas, una comparación con las afinidades químicas, la finalización del Fausto, en cuyo perfeccionamiento había luchado por 6 decenios, llenan los últimos años de su vida.

Terminado el Fausto, unos pocos meses después, la implacable muerte le quita la pluma de su mano al incansable, el 22 de Marzo de 1832, a la edad de 83 años.

En la cripta de los príncipes de Weimar yacen los restos del príncipe de las letras alemanas.

Cien años han transcurrido desde la muerte de Goethe, pero su espíritu no ha muerto. Su obra ha sido tan inmensa y de una fecundidad asombrosa que todos los movimientos espirituales consecutivos han buscado y hallado en ella incentivo y aliciente.

Los románticos lo veneraban como un semi-dios, viendo la encarnación de sus ideales en el Wilhelm Meister y Fausto.

Más tarde, cuando apuntaba el realismo, se celebraba a Goethe como el gran realista en oposición a Schiller, el gran idealista. Hasta los simbolistas y expresionistas lo reclamaban como para corroborar sus nuevas tendencias. Y no sólo tendencias literarias, sino también filosóficas se apoyan en él, los post-kantianos Hegel y Schelling, hasta el misantrópico Schopenhauer.

En otra conferencia de la Semana de Goethe, de boca de disertador más competente se aquilata la perfecta unidad del espíritu del poeta y su personal visión del mundo, además, en otra, sus investigaciones biológicas que fueron honradas en la teoría de evolución por Haeckel y su Monismo. Como ejemplo

de la repercusión de sus ideas en el extranjero basta aducir aquí los nombres de Carlyle en Inglaterra, de Waldo Emerson en Estados Unidos, de Chateaubriand en Francia, Espronceda con su poema «El Diablo Mundo» y Juan Valera en España, Guillermo Matta y Armando Donoso con su «Sombra de Goethe» en Chile.

Desde que un inglés, Tomás Carlyle, ha dado a luz el primero una exposición completa de la vida y obra de aquel gran genio, ha sido iniciada también la investigación sobre Goethe de parte de los alemanes.

Son excelentes obras de elevada crítica, pero todas ellas encierran el peligro que el lector se crea excusado de leer las obras mismas de Goethe.

Lo más alto lo que un comentarista, un guía hacia Goethe, puede anhelar, es que con su palabra despierte el deseo en su auditorio de formarse un criterio propio por la lectura de las obras mismas.

Entonces no se tardará en pronunciar el nombre de Goethe con elevación y respeto.

Infundir este impulso ha sido el deseo del que habla al hacerse cargo de la velada de conmemoración, quien en vista del acendrado interés de parte de la intelectualidad de Concepción y de la generosa acogida por la *Universidad* y sus destacados jefes, no duda que este deseo se convierta en realidad, y que este afecto no sea transitorio, sino *perenne*, porque sabe que quien logra penetrar en los hondos arcanos del pensamiento de Goethe de triple esfera, lírica, filosófica y musical, disfrutará las deliciosas horas de edificación íntima que constituyen la dicha de un alma sensible. Lo expresa el poeta en los últimos sentidos renglones de su *Oda a la Luna* que es otra versión del *Beatusille* de Horacio y de Fray Luis de León:

*Feliz* de aquel que separarse sabe  
de la turba, y de aquel  
que un amigo en el alma oculto lleva,  
y habla siempre con él,  
De cosas a que el hombre suele apenas  
otorgar atención,  
y de noche recorre el laberinto  
de su almo corazón.

Alberto Rieed.

## BOLICHÓN . . . HOTEL

**U**NA rata antigua, se escabulle entre siete pesas kilogramétricas de hierro.

Yacen los siete poliedros, como ataúdes, bajo la cubierta de este mesón de cantina.

El roedor arestiniento, pleno de confianza, pasea sobre la inercia absoluta de las pesas macabras.

Un gatito negro, de pocos días, duerme allí mismo, bajo el mostrador paternal.

A la grávida sombra de esta pasada media noche en cinta, el felino y la rata alimentan sus vidas regaladas, al amparo de la indiferencia protectora del extranjero vestido de blusa blanca que escancia perpetuamente el vino.



Ah, sí! . . . El hombre es también dueño de este edificio endeble, de cinco pisos, construído de maderas y tabiques de adobillos; manoseado por las caricias de la renta. Podría incendiarse ahora mismo, o más tarde, al amanecer, cuando todos durmieran, reduciéndome a un recuerdo inquietante para muchos; flácido como los senos de una mujer vieja, para otros; destestado por alguna hembra histérica y sensual, que dormiría la pesadilla, estrechamente abrazada a mis las-

civos ósculos, embriagada entre las sábanas de mi propia cama.



La borrachera se halla penada en un cartel ilegible que hay enfrente. Quizás si lo han impreso con caracteres diminutos, para no castigar a nadie.

La ley, impertinente, está ahí, crucificada contra el muro. Todos estos beodos la ven. La ley... con sus artículos preñados del dolor humano.



Copiosas lágrimas y fraternos abrazos; Imprecaciones; Exagerada filantropía que no altera la máscara rubicunda del comerciante.

Sin el dinero, que el hombre debe ganar siempre, el amor es una mitología.



Bajo el pálio báquico, confianzudo y generoso de este figón, ha vuelto a transitar la rata, por encima de los poliedros de hierro fundido, junto al gatito durmiente. Pasea por las oscuras callejas y vericuetos de su ciudad, hedionda a vino usado, a alcohol y a fiambres comistrajos.



El ebrio es un ser diferenciado. También la mujer lo explota como al artista; pero es distinto, sí, distinto. Las hembras expolian todo momento como éste en que el poeta ausculta el fárrago mal digerido de esta venganza. Se embriaga para hundir el bolo espiritual entre el tremendo cosquilleo digestivo y casi mortuorio de esta endeble incomprensión.



Una sola ampolleta eléctrica, maculada por la defecación de generaciones de dípteros domésticos, alumbraba todavía el bolichón maloliente a vino usado y un reloj de péndulo, majadero, tañe una sonata elemental con sólo tres notas insocrónicas... Tres... Una... dos... tres...

—«¿Las trrress?»... pregunta con voz tartajosa el amigo de la infancia. «Sí, las tres!»

Y el cráneo basto, relleno de vino tinto, se desploma pesadamente sobre el mesón ensangrentándolo como en un crimen.



El alemán de la blusa blanca cuenta dineros y de improviso ladra: «Raus!» Afuera luego, afuera! De una bofetada metafórica y recia, que retumba, extingue la única luz.



Oscuro, ... oscuro... A fuerza de diástoles y sístoles de mi corazón, un hombre maduro sube mil peldaños de una sebosa escalera. Llega muy arriba, a un cuarto igual que un nicho temporal.

Cae también este hombre, desaplomado, sobre un lecho, hediondo a resabios de promiscuidad provinciana y seguramente vigilado muy de cerca, por siete millones de chinches... Hotel.

Sady Zañartu.

## LA INTUICION SOCIAL DEL MINERO

ESTRELLA SOTERRADA

**E**S en el minero donde se encuentra, por primera vez, vigorizada hacia un perfeccionamiento de masas la conciencia del grupo social a que pertenece.

El desierto traía ya una sombra de tragedia colectiva desde el primer asalto a las minas de Chañarcillo, en 1851, en que se incitó a la rebelión a la peonada de apires y barreteros para apoderarse de sus establecimientos beneficiadores. Después formaban en las tropas que Pedro León Gallo llevó triunfante hasta la Quebrada de los Loros, con el grito de *¡Viva la libertad!* Era la lucha inicial contra una tradición de gobierno que cubría con el ropaje pintoresco del folklore la ignorancia, el afecto o el terror hereditario a un patrón que los explotaba evocando, en el inquilinaje, las trágicas encomiendas de trescientos años de colonia.

Hombre del norte abrió su puño fiero con la colpa claveteada de cobre, oro y plata. Era generoso porque la había sacado de la entraña de la tierra con el combo y la imaginación. El cerro desnudo al entregarle el panizo ansiado anticipaba el advenimiento democrático dándole el mensaje directo de sus fuerzas ocultas para plasmar una realidad nueva. Aquel grito de

justicia venía de los boquerones que la barreta había abierto, de las tinieblas de los planes subía en los capachos con el gemido de los apires o en el grito de muerte de las inundaciones o atierros. La mina era la estrella soterrada en la noche mineral.

#### NÚMENES PRISIONEROS

El ideal que se extiende sobre los llampos de las sierras estrecha a los hombres en comunidad inmediata para ponerlos en posesión del patrimonio mineralógico. La autonomía política es sólo un instrumento de acción para la personalidad colectiva de la patria; pero la personalidad del minero requiere la autonomía espiritual que se traduce en normas que convengan a su capacidad de perseguidor de alcances. La imaginación puede extraviarlo. Y al fin así sucede. La miopía popular, cuando se encuentra ante hombres que sólo ven lo lejano, le embala con el acartonado clisé de la locura y lo deja caminar.

El broceo de Chañarcillo lo incitó a correr tierras. El desierto iba a ser el teatro de sus aventuras. Ya no le cautivaban las sierras copiapiñas cubiertas de retamos con raíces de plata. Había metido su brazo en disputa en los criaderos o placeres de oro de California. Si volvió vencido de aquella babel de hombres, en cambio, su personalidad se proyectaba en toda la América por ser la más típica y temeraria, «ganando en los placeres y perdiendo fortuna al juego, siempre pronto a dirimir sus querellas o a vengarse de sus enemigos a puñaladas» (1). Había fundado Chilecitos desde la Patagonia hasta Bolivia, recorrido el litoral de sur a norte descubriendo aguadas entre las rocas cercanas al mar y covaderas vírgenes. Su única prenda importada era el aludo sombrero californiano que fuera su

---

(1) Charles de Varigny «Orígenes de San Francisco de California».



símbolo de jefe en las expediciones de reconocimiento. El avance hacia el interior de Antofagasta colmó de regocijo todas sus ansias de riqueza, descubriendo el salitre. Mas tarde es la guerra, la conquista de la pampa del Tamarugal, los inventos innovadores en el beneficio y su inquietud industrial en ascensión al altiplano. No puede haber visión más gigantesca que la suya en el proceso espontáneo de crecimiento, animado por el aliento creador de los dioses nativos. La realidad quedó llena de númenes prisioneros, ¿Quién podía libertarlos y darles voz?

Paisajes y hombres del desierto todavía esperan a sus redentores.

#### COMUNISMO NATIVO

La única conquista social de esos hombres desnudos, ante la riqueza fantástica del cerro, fué la cangalla. El minero la interpretó como una expresión generosa de la tierra, dándole una forma de casual hallazgo al beneficio que la mina participaba a su poseedor. No le otorgó el derecho de propiedad que la tradición y las leyes consagraron a las otras industrias. Su teoría fundábase en que el metal lo daba el cerro y que este pertenecía en común al que fuese capaz de extraerlo de su entraña. Así, de la fortuna obtenida por la suerte, a él le correspondía el rescate o cangalla que más tarde las leyes permitieron en el código convencional de los asientos mineros, considerando esa parte mínima del rico montón de la cancha, sacado a pulso del fondo de la labor, no robo sino contrabando.

Pero, el cangallero, para apoderarse del metal ajeno, tenía sus principios de moral por los que reconocía la astucia como medio legítimo. Cualquier otro recurso era degradante y sólo lo usaba la plebe de esta casta; mientras mayores obstáculos se oponían al rescate la adquisición le parecía más justa.

El arte del robo llegaba a aberraciones inauditas para ocultar las piedras de oro, a salvo, en la entraña del cuerpo desnudo, de la vigilancia de mayordomos y canchamineros.

Los pueblos del interior de la pampa, las placillas de los asientos mineros, prosperaban con el acopio de los metales procedentes del rescate comunista. Las casas compradoras se ponían en contacto con las peonadas, estimulándolas a recoger la mayor cantidad de metal, afirmando no sólo la legalidad sino la santidad del robo. Sucedió que los obreros que afluían a esos pueblecillos del desierto eran atraídos, más que por el buen salario, por la facilidad que encontraban para adquirir las codiciadas piñas. Se robaba en el interior de las minas, en las canchas, en los almacenes, en las carretas y piaras metaleras.

Las mujeres eran las que más contribuían a la extracción de las piedras, escudadas en su sexo, por lo que vino una medida interna de excluirlas de los asientos mineros. Jotabeche, en un artículo titulado *Cosas Notables*, satirizó esta población de hombres sólo que quedó en Chañarillo.

«Dichos los adioses y dados los abrazos entre las esposas o amantes que se iban y los inocentes cangalleros que se quedaban, aquello mudó de aspecto. Ya no se robaba metales como antes, sino como ahora, que es más que ayer y menos que mañana. No se robaba para darle a una buena moza, sino para comprar aguardiente a los contrabandistas o para cubrir con oro a la traidora sota. Si una mina está rica, su dueño tiene que sostener en la faena un piquete de fuerza armada para espantar los ladrones que hormiguean como los pájaros de una viña que se ha atrasado en la cosecha. Todo se remedió con expulsar a las mujeres de Chañarillo y con declararlas allí un artículo de contrabando. Por lo demás aquello es un portento social. Hombres barriendo, hombres lavando, hombres

espumando la olla, hombres haciendo la cama, hombres friendo empanadas, hombres bailando con hombres, hombres cantando la *extranjera* y hombres por todo y para todo: es una colonia de maricones, un cuerpo sin alma, un monstruo cuya vista rechaza y que no es la cosa menos notable de nuestro Chile.»

Las mujeres, arrojadas por cangalleras del asiento minero, no se conformaron con el despojo sentimental y material de que eran víctimas, y, no lejos del laboreo, se instalaron como fundadoras de una *placilla* que más tarde se transformó en pueblo. Allí era donde los mineros iban a solazarse de noche.

«El juego, el amor, el ponche y todos los vicios le hacen consumir en una hora el producto de su trabajo, y el valor de las piedras ricas que en conciencia se ven obligados a quitarle al patrón para que no gane tanto, trabajando tanto menos que ellos. La *Placilla* es una Babel, la confusión, no de lenguas, sino de todas las fortunas de Chañarillo. Hallándose, dentro de su circuito, abolido aquello de *mío* y *tuyo*, los mineros venden los metales que les han tocado en la quiebra del día, con la misma franqueza que el dueño de la mina remite a la máquina de Fragueiro y Codecido lo que ha podido salvar del hurto (1).

Estas poblaciones se multiplicaron en todo el norte chileno, cambiaron los metales de la cangalla, pero su esencia fué la misma: Juan Godoy en Copiapó, Pueblo Hundido en Chañaral, Punta de Rieles y Pampa Unión en Antofagasta, Pozo Almonte en Iquique, son lechos donde una humanidad exasperada buscó la blandura común del amor y de la orgía. De su pasado quedó flotando el desencanto de la justicia y su porvenir es una ansia confusa de hospedar al forastero de cualquiera nación del mundo. Sus calles imprecisas cuelgan junto a la huella blanca de la arena hoteluchos

---

(1 ) José Joaquín Vallejos, (Jotabeche).

chinos, fondines de contrabandos, baratillos de sirios, casas de faroles rojos, garitos y tabernas, para que la población pampina de todas las oficinas y asientos de mineros arroje el dinero de la fatiga, compre alcohol y amor, se unte de la sustancia comunista que una tradición antiquísima mantiene.

Ha desaparecido la cangalla con el broceo del metal fino. El salitre y el cobre por su abundancia están desvalorizados para el rescate en pequeña escala. Pero queda el alcohol, los pisqueros contrabandistas de Potrerillos y Chuquicamata, burladores de leyes secas importadas por los yanquis, que prohijan la borrache-  
ra clandestina, la más terrible de todas.

La cangalla ha perdido ya todo su sentido social chilénísimo y es explotada con sarcasmo por el «gringo», convertido en patrón, que la aplica para burlar el impuesto que el patrimonio nacional exige. Su mentalidad europea está por encima de los «nativos» y la cangalla del oro se va al extranjero fundida en los lingotes de cobre.

#### CONCIENCIA LITERARIA

Es José Joaquín Vallejos (Jotabeche) quién, al interpretar el escenario de los mineros de Atacama, prepara la atmósfera necesaria al florecimiento de chilenidad en la literatura. La vida de las minas, su paisaje, sus tipos, sus costumbres, sus ideales y sentimiento los fija por la visión espiritual. Es el iniciado que medita en lo que allí se le ofrece y siente nacer dentro de sí la intuición de una nueva expresión estética.

Su primera frase es una cuchillada que hiere de muerte la literatura de la boga romántica cuyos imitadores han tomado de ella lo falso y amanerado. Me gusta—dice—esta naturaleza tan sin expresión, tan bruta y tan rica. Me parece ver en ella a uno de nuestros mayorazgos bestias. «Su graficidad no puede ser más

oportuna y justa frente a los intérpretes de lo ininteligible. Parte en busca de la nacionalidad que los escritores aun desconocen, entregando la visión de la naturaleza como imagen y su experiencia de la vida como emoción.

Vallejos aparece sólo en el panorama literario de Chile del año 1842, pero con un carácter y una predestinación, pues organiza una conciencia artística con los datos de los sentidos y la experiencia del mundo que lo rodea. Su chilenidad es un fenómeno de síntesis psicológica que se hace carne en su expresión y halla su lenguaje en la influencia secreta de la tierra. El escritor y la tierra, refundidos en su obra por la emoción que los identifica, proyecta el contenido de nacionalismo en el ambiente, en forma que no es sólo Copiapó sino todo Chile el que siente la atracción del desierto y la pampa. Ha podido envolver en la luz de su propia atmósfera a una multitud que camina en busca de su conquista intergral, después de asumir la del gobierno y la tierra: la del espíritu.

Alejandro Lipschütz.

## ALBERT SCHWEITZER

PRÓLOGO A LA EDICIÓN ESPAÑOLA, DE SU LIBRO *ENTRE EL  
EL AGUA Y LA SELVA VIRGEN* (1).

**¿QUIEN** es el doctor *Schweitzer* ¿Cuál la razón de presentar su obra al público español?

¿Por qué editarla entre otros tantos libros de Medicina y bajo los auspicios de un catedrático-médico?

Voy a explicarlo en este Prólogo.

*Schweitzer* nació el 11 de Enero de 1875, hijo de un sacerdote protestante de la Alsacia: siguió la carrera de su padre, combinando desde el principio estudios teológicos con estudios filosóficos en Estrasburgo, París y Berlín. Se recibió de doctor de Filosofía con un largo trabajo sobre la *Filosofía de la Religión de Kant*. Al mismo tiempo cultivaba el arte como organista y desde sus primeros pasos se reveló gran artista, intérprete genial de Bach. Rechazó la posibilidad que se le presentó, de seguir la carrera de profesor de Filosofía, prefiriendo combinar sus estudios filosóficos con la actividad de sacerdote, lo que hizo en Estrasburgo mismo. A la edad de 27 años entró como profesor agregado en la Facultad de Teología de Estrasburgo, continuando siempre en el cargo de sacerdote. Trabajaba en este tiempo intensamente también, para escribir una historia de los conceptos sobre *Jesús* y para un libro sobre *Bach*; ambos

---

(1) A. SCHWEITZER, *Entre el agua y la selva virgen*. Relatos y reflexiones de un médico en la selva del Africa Ecuatorial.—Javier Morata, Editor, Madrid, 1932. 240 pp. y 18 fig. Prólogo de A. Lipschütz. Agradecemos al señor *Morata* por el grato permiso de publicar el prólogo en *Atenea*.

El prólogo se publica aquí sin cambio, corrigiéndose sólo algunos errores de imprenta y agregándose en el texto mismo algunas indicaciones bibliográficas que permiten una orientación más fácil, a los que deseen estudiar las obras originales de *Schweitzer*. Se ha agregado también una bibliografía completa de las obras de *Schweitzer* (véase al fin).

le hicieron célebre en el mundo científico y musical, respectivamente.

En condiciones «normales» la carrera de *Schweitzer* habría parecido hecha. Sus profundos intereses filosóficos y religiosos y la música habrían sido los que embellecieron la vida de un hombre culto, celosamente dedicado a sus tareas de Profesor de Teología y de Sacerdote. Pero lo «extraño» es—y aquí reside un momento trascendental en la psicología de *Schweitzer*—que para él toda esta época de actividad intelectual y artística fué sólo, por decirlo así, tiempo de meditación, mientras que se preparaba algo *más*. Y para comprender este *más* hay que conocer a *Schweitzer* desde su primera infancia que él mismo ha descrito en un magnífico pequeño libro intitulado *Aus meiner Kindheit und Jugendzeit*.

De este cuento de la vida en la pequeña aldea alsaciana aprendemos como nace en el niño lo que podríamos llamar la *vergüenza moral*. Se avergüenza de haber abusado de la compasión de su madre después de haber sido mordido por una abeja; se avergüenza de tener vestidos mejores que los muchachos del campo y lucha contra sus padres para poder vestirse al igual de ellos; se avergüenza de haber mostrado a la maestra de la escuela que él, aunque chico, sabe tocar el armonio mejor que ella. Desde su niñez *sufre de ver tantos sufrimientos*, no sólo entre los seres humanos, sino también *entre los seres vivos, en general*. La flagelación del perro o del caballo, la pesca con el anzuelo... le producen también vergüenza.

*Ser conmovido por el dolor que se encuentra alrededor de nosotros en el mundo* se considera por *Schweitzer* el primer gran suceso psíquico en su desarrollo. Pero hay también un segundo gran suceso psíquico: *surge para él el problema de si tiene derecho a la felicidad*. «Me llegó a ser cada vez más comprensible que no tenía el derecho intrínseco a aceptar mi juventud feliz, mi salud y mi capacidad para el trabajo como algo natural» (p. 49). El que tuvo la suerte de vivir sin dolor, debe intentar disminuir el dolor de los demás.

Estas ideas vienen a muchos hombres, jóvenes y adultos. Pero para la muchedumbre en general son sólo como un rayo de sol de corta duración. Otra cosa fué con *Schweitzer*. La sensación del dolor por los sufrimientos de los demás, y la reacción intelectual que transforma esta sensación del dolor en deber, marcan el rumbo a toda la vida de *Schweitzer*. A la edad de 21 años toma su decisión resolutiva: estudiará, servirá de sacerdote, gozará de los encantos de la ciencia y del arte hasta el edad de 30 años, para dedicarse después al servicio directo

para el bien de los demás. Y cumple con su decisión: en el año 1905 a la edad de 30 años, el sacerdote y profesor agregado de Teología, el célebre filósofo, célebre artista y intérprete insigne de *Bach* se matricula como estudiante de Medicina en la misma Universidad en donde enseña la Teología. No por amor a esta ciencia, sino con el propósito de ayudar en el futuro a los negros, a los que sufren de la enfermedad del sueño, a los leprosos; a los negros a los cuales—como dice él—los blancos hicieron tanto mal que hay que corregir.

Para *Schweitzer* comienza un tiempo muy duro. Continúa en sus oficios de sacerdote y profesor, participa en los conciertos de la Sociedad de *Bach* de París, de la cual fué uno de los fundadores y a donde va frecuentemente, como también a Barcelona para participar en el Orfeón Catalá. Todos estos oficios son muy mal pagados. Participa en los conciertos—lo dice francamente en su autobiografía—no sólo por ser un conocido organista, sino para ganar dinero que necesita para su vida y sus estudios. Seis años después, al fin de 1911, pasa por los exámenes, por el internado médico y pocos meses después sale para Africa, para cumplir con las tareas de médico de los negros.

Por cierto que el mero hecho de que un médico entusiasta, que tiene buen corazón, vaya a los trópicos para ayudar a los negros, no sería suficiente para extrañarnos; tampoco el hecho de que un hombre bueno estudie medicina con el especial propósito de irse a convivir con los negros. Admiramos a tales personas y nos sirven de buenos ejemplos. Pero en la misión de *Schweitzer* hay algo más: *es la motivación consciente de su actitud*, motivación que hemos ya mencionado en parte más arriba.

Es de un profundo interés científico y humano en general conocer las ideas filosóficas de *Schweitzer*, porque están en estricta e íntima relación con todo el aspecto moral de su personalidad, y también nos dan la llave para comprender la importancia de su misión.

En su *Filosofía de la Cultura (Verfall und Wiederaufbau der Kultur: Kulturphilosophie, I. Teil)*, *Schweitzer* nos expone sus ideas sobre las relaciones que hay que establecer entre la Ciencia y la Cultura.

*Schweitzer* deja constancia de que se ha producido una decadencia de los ideales morales en la humanidad europea en el siglo XIX y XX, lo que coincide con la decadencia de la *filosofía*, que perdió toda su influencia en el pensamiento humano y se transformó en la *historia* de la filosofía (p. 6). Los factores



que determinaron tal decadencia, son, según Schweitzer, múltiples. El hombre del período técnico-capitalista *perdió su libertad* (p. 10-11). El artesano se transformó en un obrero; el comerciante en un empleado. Todos los hombres, aun en las clases más acomodadas, están bajo el dominio de la *inseguridad económica* y en tal atmósfera luchan con todas sus fuerzas por su existencia. *El trabajo perdió su valor intelectual y moral*. El hombre *no es ya capaz de la meditación*. La nueva mentalidad que surgió sobre estas bases, influye profundamente en todas las organizaciones de orden cultural, como el teatro, el libro, el periódico. Además, la *cultura* de los hombres es *incompleta*, lo que se debe a la especialización, como sucede de manera tan sobresaliente en la ciencia misma (p. 13). El hombre se priva también de su individualidad, merced a la organización que la guía y conduce y se apodera de él (p. 16-17). Estamos en una nueva Edad Média, liberarse de la cual será más difícil que lo fué liberarse de la Edad Média anterior (p. 18).

Los nuevos ideales que surgieron entre los que se unieron para la defensa de los intereses económicos y culturales comunes, son por cierto ideales culturales, pero no están guiados por intereses culturales comunes a la *humanidad*. No acordamos dignidad de hombre a todos los hombres (p. 15). Los ideales nacionales llegaron a ser anticulturales. Proclamando una cultura nacional el nacionalismo destruyó la noción de la cultura misma (p. 32).

En cuanto existe un optimismo, éste se basa en la idea hegeliana de la tesis y de la antítesis que luchan entre sí y se compensan en la síntesis, en la cual se une lo bueno de la tesis y de la antítesis (p. 35). Esto es, según nuestro modo de pensar, el verdadero razonamiento científico.

Ahora, Schweitzer opina que tal pensamiento científico que se ajusta a la realidad—y al cual el hombre moderno naturalmente ya no puede renunciar—no es suficiente para darnos la orientación ética sin la cual ningún mantenimiento y ningún desarrollo de la cultura no es posible (*Kultur u. Ethik. Kulturphilosophie, II Teil*). No debemos quedarnos, dice Schweitzer, en el error de buscar la orientación para la vida humana en el mero *conocimiento* de las realidades (*Selbstdarstellung. 1929, p. 37*). Hay que haber *vivido* las realidades para encontrar la orientación. La base de nuestra actitud consciente en el mundo real es en verdad no el «Cogito ergo sum», o el «Pienso, por lo tanto soy» de Descartes, sino algo más elemental, el «Soy Vida que quiere vivir entre las demás Vidas que también quieren vivir». (*Kultur u. Ethik, p. 239*). Este profundo respeto, la *Veneración*

*para la Vida*, nos da la orientación; esta veneración da valor a la vida humana y es la base de toda la Etica. El profundo sentimiento de la responsabilidad frente a todo lo que es Vida, es Etica, y este sentimiento nos dice qué es *Bueno* y qué es *Malo*.

«*Bueno* es: conservar vida, hacer prosperar la vida, llevar vida que es capaz de desarrollarse, a su máximo valor. *Malo* es: destruir vida, perjudicar vida, inhibir vida que es capaz de desarrollarse (*Kultur u. Ethik*, p. 239), *Selbstdarstellung*, p. 38).

De tal manera, según *Schweitzer*, todo el *Racionalismo*, al profundizarse, termina con el *Misticismo* que es la Veneración por la Vida. En este *Misticismo* se originan los impulsos que nos hacen crear y mantener los valores que permiten dar cima al Hombre y servir a la Humanidad, los valores que forman la Cultura (*Selbstdarstellung*, p. 38).

Podríamos objetar que el impulso intelectual es tanto misticismo como lo es el impulso ético, y que igualmente el último es una categoría de la realidad como lo es el mundo que llamamos real. Pero estas consideraciones lógicas no importan. Importa lo que dijo el filósofo de Praga *Oskar Kraus* sobre *Schweitzer*: *Su filosofía es un instrumento de su Voluntad Etica*. (*Jahrbuch für Charakterkunde*, T. II-III, p. 329).

Yo creo que en esta frase reside una comprensión profunda de la personalidad de *Schweitzer*. Nos encontramos frente a un hombre que es abarcado por impulsos éticos desde su primera infancia, que se dió cuenta que el impulso ético es el valor principal del ser humano y que el progreso de la Humanidad en cuanto existe, es obra del juego de los impulsos éticos. Y siendo abarcado por tales impulsos, busca el lugar de los últimos en la vida humana, busca la motivación teórica para la profesión del impulso ético (véase la *Filosofía de la Cultura*) para hacer de la teoría de la Etica un instrumento de su voluntad y de su actividad éticas. Sigue en la teoría y en la práctica el camino que le indicó su propio corazón.

Esto es lo que *Schweitzer* representa para el hombre norte y centro-europeo. *Tal vez* algo que se asemeja a lo que es *Gandhi* para los hindús, pero con todos los atributos del *Homo Europaeus*: es intelectual y es objetivo; es circuido por el impulso, pero este último es encauzado en la actividad positiva.

Supongo que el hombre europeo ve en *Schweitzer* el gran *idealista sincero y práctico*, el *filósofo-apóstol de nuestra Edad*. No teniendo la muchedumbre en general los *impulsos éticos* o no teniendo las fuerzas éticas para cumplir con los impulsos mismos, necesitamos a veces que uno u otro de los hombres

lo haga para los demás. Esto es, según mi modo de ver, *la idea evangélica del Salvador*. *Schweitzer* es uno de los que tomó en serio la idea evangélica y la realizó en una forma comprensible al hombre de hoy.

*Schweitzer* cuenta (*Selbstdarstellugn*, p. 18) que al tomar la decisión de servir directamente al ser humano, se presentaron a él varios caminos. Eligió la Medicina y dice (p. 19) que el Decano de la Facultad de Medicina se quedó estupefacto cuando *Schweitzer* pidió ser matriculado. Pero no creo que el hecho de que a *Schweitzer*, finalmente, se presentó la Medicina como el mejor instrumento para realizar su voluntad ética, sea una mera casualidad. No hay en verdad ninguna otra profesión, en la cual el hombre pueda servir directamente al otro, en los momentos más duros de la vida, que pueda compararse a la profesión médica. El dolor arrastra al hombre, le quita sus fuerzas morales, le aplasta; el Médico—desde los tiempos primitivos—es su última esperanza. Hay una gran profundidad humana en la combinación del médico y sacerdote que encontramos en los tribus primitivas y que encontramos en otra forma también en los milagros del Evangelio. ¡Tan grande es el espanto por el dolor, que aun el milagro parece digno al hombre para quitárselo!

Pero en el hecho de que *Schweitzer* prefiriera la Medicina a todos los otros elementos prácticos para realizar su voluntad ética, veo también otro significado. La Medicina llega hoy día a un muy alto grado de perfección; no hay duda sobre esto. Pero al querer aplicar sus adelantos a la práctica, la Medicina se tropieza con dificultades de orden *social*. La ayuda de la Medicina Moderna es eficaz sólo en ciertas condiciones, como hospitales, sanatorios, leyes de protección de los obreros, seguro obrero etc., etc. Ahora, estas condiciones de generalidad *no* están aún realizadas del todo. El negro africano desamparado es el *símbolo* del ser humano, el cual por razones externas, sociales, queda fuera de las posibilidades que ofrece hoy día la Medicina.

La Medicina Moderna se ha desarrollado en el sentido *técnico y comercial* de manera tan sobresaliente, que aun la alusión de que hay algo de apostolado en la profesión médica, nos parece a primera vista muy contradictoria. Tenemos que hacer un esfuerzo intelectual muy grande para darnos cuenta hoy del elemento apostólico en la profesión médica. *Schweitzer* nos enseña que este elemento persiste, aunque la mayoría de nosotros, médicos, lo olvidamos. Y lo enseña *Schweitzer* de la manera más noble: no *pide* a los otros que sigan el camino del apos-

tolado médico, y no *acusa* a la profesión, sino *sigue él mismo* el camino del apostolado.

*Schweitzer* es la *consciencia* de la profesión médica. Por fuerza de la *ley* pedimos a los médicos que cumplan con tales y cuales requisitos en cuanto a los conocimientos científicos y a su conducta profesional; por fuerza de la *consciencia* «pide» sólo *Schweitzer*, el único que tiene ese derecho, por actuar *por su ejemplo*. La profesión médica reconocerá que *Schweitzer* es uno de los grandes *Maestros Médicos*, aunque no ha enseñado ningún nuevo procedimiento terapéutico. *Enseña con su ejemplo las bases éticas mismas de nuestra profesión*.

Muy interesante será para todos de saber que en el último desarrollo de su actividad en el Africa tropical, *Schweitzer* ha revelado un verdadero *interés científico* en su trabajo. Trasladándose al Africa, en su hospital de la Selva Virgen, está haciendo una labor científica que adornaría cada una de las clínicas universitarias. El filósofo-apóstol de nuestra Edad quiso también en este sentido pagar el tributo a la Ciencia, como a la Filosofía. La reconoce, la Ciencia Exacta, y quiere hacerla también a ella «instrumento de su Voluntad Etica.»

Esto es el verdadero sentido del interés científico que durante su trabajo revela *Schweitzer* por la lepra, por la hemoglobinuria perniciosa, por las úlceras fagedénicas, por las infecciones especiales intestinales, por las hernias, por los accidentes de trabajo, por la acción de los alcaloides, por las intoxicaciones etc., etc. Al leer las comunicaciones que *Schweitzer* publicó en el año 1929 sobre su actividad en Africa, uno se asombra de ver como el filósofo-apóstol cumple con su deber de médico hasta el último sentido científico. Del hospital improvisado de *Schweitzer* en la Selva Virgen salió aún una Memoria para optar al grado de Médico en la Facultad de Medicina de Estrasburgo: la Memoria del Doctor *Trensz*. *Schweitzer* había observado varios casos con el cuadro clínico de la disentería, en los cuales, como reveló *Trensz* en un laboratorio bacteriológico muy primitivo que él instaló en el hospital, las heces no contienen ni las amebas, ni los bacilos de las dos conocidas formas de disentería; cómo a la cólera *Schweitzer* los trataba con Bolus Alba. *Trensz* demostró que se trata de una infección por un vibrión especial local, que se encuentra en el agua.

Yo creo que todos los que lean el libro de *Schweitzer*, se darán cuenta de la extraordinaria razón para presentarlo no sólo al público español en general, sino también a los jóvenes médicos en especial.

En su libro *Aus meiner Kindheit und Jugendzeit* que hemos

citado ya, *Schweitzer* se pronuncia sobre los «ideales» de la juventud, los cuales consideramos como un atributo exclusivo de ésta. La vida práctica, según el concepto común, destruye estos ideales. No extrañe si *Schweitzer*, al contrario, dice que hay que compenetrarse íntimamente con estos ideales para que no se desprendan jamás de uno durante toda su vida adulta.

(Instituto de Fisiología de la Universidad de Concepción (Chile) 11 de Enero de 1932).

## BIBLIOGRAFIA (1).

### I.—OBRAS DE A. SCHWEITZER.

#### A.—*Teología y Filosofía.*

1. *Die Religionsphilosophie Kant* von der Kritik der reinen Vernunft bis zur Religion innerhalb der Grenzen der blossen Vernunft, 325 pp., 1899 (J. C. B. MOHR, Tübingen).

2. *Das Abendmahlsproblem auf Grund der wissenschaftlichen Forschung des 19. Jahrhunderts u. der historischen Berichte*, 62 pp., 1901. (J. C. B. MOHR, Tübingen).

3. *Das Messianitäts und Leidensgeheimnis*. Eine Skizze des Lebens Jesu, 109 pp., 1901 (J. C. B. MOHR, Tübingen).

Edición inglesa: *The Mystery of the Kingdom of God*. 1914 (Dondd, New York); 1925 (A. & C. BLACK, London).

4. *Geschichte der Leben-Jesu-Forschung*. 1910. La edición bajo el título «Von Reimarus zu Wrede», 318 pp., 1906. (J. C. B. MOHR, Tübingen).—2.<sup>a</sup> ed. 659 pp. 1913.—4.<sup>a</sup> ed. 1926.

Edición inglesa: «*The Quest of the Historical Jesus*». 1910 (A. & C. BLACK, London).—Varias ediciones.

5. *Geschichte der Paulinischen Forschung von der Reformation bis auf die Gegenwart*, 197 pp. 1911 (J. C. B. MOHR, Tübingen).

Edición inglesa: «*Paul and his Interpreters*». 1912 (A. & C. Black, London).

6. *Kulturphilosophie I. «Verfall und Wiederaufbau der Kultur*, 65 pp., 1923 (C. H. Beck, München; Paul Haupt, Bern). 20. Tausend 1932.

Edición inglesa: «*The Decay and the Restoration of Civil-*

---

(\*) Tomada de *A. Schweitzer*, *Selbstdarstellung*. 1929 y completada por las últimas publicaciones.

sation». 1923. (A. & C. Black, London). Ed. sueca 1923. Ed. danesa 1925. Ed. holandesa 1928.

7. *Kulturphilosophie II. Kultur und Ethik*. 280 pp., 1923 (C. H. Beck, München; Paul Haupt, Bern). 13. Tausend 1932.

Edición inglesa: «Civilisation and Ethick. 1923. (A. & C. Black, London).—Edición holandesa.

8. *Das Christentum und die Weltreligionen*, 59 pp. 1924 (C. H. Beck, München; Paul Haupt, Bern). 13. Tausend 1932.

Edición inglesa: «Christianity and the Religions of the World». 1923. (Allen & Unwin, London). Edición danesa 1925. Edición sueca 1924. Edición holandesa 1927. Edición japonesa 1926.

9. *Die Mysti» des Apostels Paulus*. 405 pp., 1930 (J. C. B. Mohr, Tübingen).

Edición inglesa.

10. *Goethe*. Gedenkrede geh bei los d. Feier der 100. Wiederkehr seines Todestages in seiner Vaterstadt Frankfurt a. M., 51 pp., 1932 (C. H. Beck, München).

#### B.—*Medicina*.

*Die psychia trische Beurteilung Jesu*. 46 pp., 1913. (J. C. B. Mohr, Tübingen).

#### C.—*Música*.

1. *J. S. Bach, le musicien-poète*, 455 pp. 1905 (Costallat, París; Breitkopf & HARTTEL, Leipzig). 4.<sup>a</sup> Ed. 1924.

2. *J. S. Bach*. Edición alemana. 844 pp. 1908. (Breitkopf & Härtel, Leipzig). 5.<sup>a</sup> ed. 1922.

«J. S. Bach.» Ed. inglesa. Dos tomos. 1911 (Breitkopf & Härtel, Leipzig. Desde 1923 junto con A. & C. Black, London).

3. *Deutsche und französische Orgelbaukunst und Orgelkunst*. 51 pp. 1906. (Breitkopf & Härtel, Leipzig). 2.<sup>a</sup> ed. 1927.

4. *J. S. Bachs Orgelwerke*. Obra crítico-práctica. Junto con Charles Marie Widor. (G. Schirmer, New York). En inglés, alemán, francés. Tomo I y II-1912 (*Präludien und Fugen*). Tomo III y IV-1913 (*Präludien und Fugen*). Tomo V-1914. (Concertos und Sonaten).

## D.—Relatos.

1. *Eugène Munch* (en francés) 28 pp., 1898. No en venta. (Imprenta Brinkmann, Mülhausen im Elsass).

2. *Zwischen Wasser und Urwald*. Erlebnisse und Beobachtungen eines Arztes im Urwalde Aquatorialafrikas, 165 pp., 1921 (Paul Haupt, Bern. Desde 1925 simultáneamente C. H. Beck, München). 100. Tausend 1932.—Edición sueca 1920.—Edición inglesa: «On the edge of the Primal Foresyt». (A. & C. Black, London), 1921. Ed. holandesa 1922.—Ed. francesa: «A l'orée de la forêt vierge» 1923.—Ed. danesa 1922.—Ed. finlandesa 1922.—Edición española: «Entre el agua y la selva virgen». 240 pp. (JAVIER MORATA, Madrid).

3. *Aus meiner Kindheit und Jugendzeit* 64 pp., 1924 (Paul Haupt, Bern; C. H. Beck, München). 64 Tausend 1932.—Ed. inglesa (Allen & Unwin, London) 1924.—Ed. sueca 1925.—Ed. holandesa 1925.—Ed. francesa (Concorde, Lausanne) 1926.—Ed. danesa 1927.

4. *Mitteilungen aus Lambarene*. Drei Hefte. Erstes Heft (Frühjahr bis Herbst 1924). p. 1-72.—Zweites Heft (Herbst 1924 bis Herbst 1925) p. 75-164.—Drittes Heft (Herbst 1925 bis, Sommer 1927). p. 1-54 1929. (C. H. Beck, München; Paul Haupt, Bern).—10. Tausend 1932.—Edición francesa (Imprimerie Alsacienne, Strasbourg) y sueca del «Erstes Heft», 1925.—Edición sueca del «Zweites Heft». 1927.—Ed. holandesa de los tres 1927 y 1928.

5. *Selbstdarstellung*. 44 pp., 1929 (Felix Meiner, Leipzig).

6. *Aus meinem Leben und Denken*. 211 pp., 1931. (Felix Meiner, Leipzig).

## II.—OBRAS SOBRE A. SCHWEITZER.

1. *Martín Werner* (Bern): «Das Weltanschauungsproblem bei Karl Barth und Albert Schweitzer», 136 pp., 1924 (C. H. Beck, München).

2. *Martín Werner* (Bern): «Albert Schweitzer und das freie Christentum», 31 pp., 1924 (Beer, Zürich).

3. *Oskar Kraus* (Prag): «Albert Schweitzer. Sein Werk und seine Weltanschauung», 63 pp., 1926 (Pan-Verlag, Charlottenburg). Esta obra se publicó por primera vez en «Jahrbuch f. Charakterologie». 1925 (Pan-Verlag, Charlottenburg).

4. *Ernst Barthel* (Köln): «Sobre Albert Schweitzer». En

«Elsässische Geistesschicksale», 282, pp., 1928; p. 219-282, (Alsatia-Verlag, Gebweiler i Elsass).

5. *C. T. Champion* (Bristol): «Albert Schweitzer. Some biographical Notes», 31 pp., 1928. (A. & C. Black, London.)

6.—*Hans Wegmann* (Winterthur): «Albert Schweitzer als Führer». 80 pp., 1928 (Beer, Zürich).

7. *Elsa Lauterburg-Bonjour*: «Lambarene. Erlebnisse einer Bernerin im afrikanischen Urwald», 113 pp., 1931 (Felix Meiner, Leipzig).

### III.—PUBLICACIONES DES HOSPITAL DE A. SCHWEITZER.

*Fritz Trensztz*, «Etude sur une diarrhée épidémique à vibrions observée au Gabon», 117 pp., 1928 (Imprimerie Alsacienne, Strasburg).



Mariano Picón Salas.

## LOS ULTIMOS HOMBRES FEUDALES... (1)

**E**L carácter medioeval de la vida hispanoamericana en los tres siglos que trascurren entre el descubrimiento y la independencia política, se precisa—como en la Edad Media europea—por la posición de lucha entre elementos raciales y culturales distintos que precede a la formación de las nuevas sociedades, y por el posterior estado larvario en que ellas viven, hasta que va despuntando después del largo asiento en la tierra, la voluntad de poderío de la nueva clase criolla. En cuanto cambia de paisaje y entra en contacto con sociedades diferentes, esta Edad Media tiene sus peculiares formas autóctonas que varían de acuerdo con la raza, clima, espacio geográfico y mentalidad de los pueblos sometidos; pero por otra parte, el bronco español que hizo la conquista aparece en sitios tan distantes y antípodas como pueden serlo las Antillas y el Alto Perú con un relieve humano tan firme, que su aporte a la creación de las nuevas sociedades, asume a lo largo del Continente, una admirable analogía u homogeneidad.

Esta es la esperanza del multiforme paisaje hispanoamericano, del vasto mundo criollo que los españoles alcanzaron a formar con un sentido organicista que faltó a la expansión europea

---

(1) El presente ensayo de Mariano Picón Salas, inicia una serie de estudios de interpretación de la historia hispanoamericana, principalmente de la época colonial, que publicará «Atenea». El objeto de nuestro colaborador es precisar en el pasado el origen de algunas de las formas peculiares del alma criolla; así compara fenómenos del presente, con otros de nuestra lejana historia. Para Picón Salas la época colonial es un medioevo americano, un «estado larvario» en que puede fijarse ya, algunas de las características de nuestra futura alma colectiva.

Responden estos ensayos a la urgencia que ahora se advierte de fijar qué son, qué significan nuestros pueblos ante la historia, cómo hallar las bases para una política y una cultura que surja de nuestro propio destino y no se nos imponga como simple copia o imitación externa.

en otros continentes: la repartida Africa, la eterna factoría; el disperso semillero de Insulindia, el Asia impermeable e irreductible.

Sociológicamente interpretada la historia de América podría escalonarse hasta el alborear de la independencia política, en varias etapas que van indicando el grado de progreso y ocupación de la tierra, y las consecuencias que de ello derivan.

Un primer período agrupa los veintiocho años que transcurren, desde el primer viaje de Colón hasta la conquista de México por Hernán Cortés. En esos veintiocho años los españoles no han salido de las tierras calientes de las Antillas: su historia corresponde un poco a la del plantador europeo en la jungla ecuatorial, y la acción hispánica en aquellas tierras bárbaras, no tiene para la economía europea la importancia de la acción coetánea de los portugueses en el Asia. En 1520, se inicia con la empresa de Cortés, la verdadera conquista del Continente y el primer gran choque entre las formas del vivir indiano y la mentalidad española. El período que sigue es propiamente la conquista: el anhelante dilatar en un inmenso espacio geográfico del esfuerzo español; los racimos de hombres que se descuelgan por cordilleras y selvas y altiplanicies andinas, buscando las tierras del oro, los templos y palacios que una exaltada mitología, un insaciable apetito de maravillas, coloca cada vez más distantes. Ochenta años tiene la aventura española para recorrer el continente desde el Mississippi hasta el río de la Plata, desde la Puebla de los Angeles hasta el Tucumán. En los centros de dispersión, en las costas, en los templados valles cordilleranos o al amparo de las vetas metálicas se forman las ciudades que van desde la criolla Cartagena, calurosa, comercial y mortífera hasta el místico Quito, donde el indio pacífico de la cordillera se transformará en obrero manual y artesano, o el frío y agitado Potosí—California Andina, a cinco mil metros de altura, donde la codicia, el rápido subir y bajar de la fortuna y el clima inclemente golpeado por los vientos,—plasman una vida urbana accidentada y querellante, dividida en facciones hostiles, como las de las ciudades italianas del Medioevo.

En 1600 ya es la Colonia, amodorrada y formalista; el largo ensueño donde ha de formarse lenta y pesadamente la sociedad criolla.

Con nuestros ojos de hombres modernos, observamos ya a partir de la segunda mitad del siglo XVIII,—de la época de Carlos III,—la primera gran crisis de la adormecida sociedad nativa. Corresponden estos primeros movimientos, en países donde lo único que se movía era la tierra, a la formación de una

burguesía agraria que empezaba a exportar sus frutos merced a las reformas económicas realizadas por aquel soberano y al desarrollo de la agricultura en países hasta entonces insignificantes dentro de la economía colonial, como lo eran Venezuela, Argentina y Chile. Y observa el historiador que la trizadura del orden antiguo irrumpe con más vehemencia en estos países, como si la economía de la tierra en oposición a la nómada economía minera, despertara en ellos durante los últimos años del siglo XVIII, el sentimiento de la nacionalidad. Por eso en la guerra de Independencia, el Perú, país minero dentro de la economía colonial, sede de virreinato, más unido a España por la jerarquía y la pompa administrativa, reacciona más débilmente que aquellos países donde la tierra había asentado una clase criolla, anhelante de realizar su reivindicación burguesa. En lo espiritual estos movimientos precursores de la Independencia y de la aparición del alma criolla, se caracterizan por esa inquietud de viaje y conocimiento que llevan a Miranda, a Nariño y a Olavide a través de las cortes europeas, estudiando el movimiento político de aquellas naciones, sumándose a la corriente enciclopedista, afiliándose a sociedades secretas y núcleos de propaganda para las nuevas ideas.

Esta palabra que imaginamos tan moderna la «crisis del tiempo», la palabra que explica la inquietud y agitación de la juventud contemporánea, aparece ya, por ejemplo, en Manuel Rodríguez, el caudillo chileno, cuando llevado ante sus jueces españoles en 1813, quiere dar cuenta de la nerviosidad de su vida, de su permanente tensión subversiva (1).

Así un viaje al pasado, hasta lo profundo del alma hispanoamericana, debía llevarnos al través de ese proceso 1492-1520-1600-1750-1810—, que marcha desde la geografía fabulosa de Colón, pasando por la lucha contra el orden indígena que realizan Cortés y Pizarro, al definitivo asiento en la tierra conseguida por los hacendados del siglo XVIII y a la incorporación de la nueva burguesía criolla a la vida estatal, lograda en las guerras de Independencia.

El proceso posterior es la lucha de las otras clases sociales—proletariado de la ciudad y los campos, reivindicación de la clase mestiza,—para integrarse también en una nacionalidad y en un Estado, construido a beneficio de los terratenientes.

---

(1) Ver Ricardo A. Latcham. *Vida de Manuel Rodríguez*.

Como el sistema español venció en toda América al sistema indígena, justo es buscar en la España del siglo XVI, los antecedentes de nuestras primeras formas sociales. Mucha literatura altisonante ha dedicado la musa criolla en alabanza de los conquistadores. El frenético individualismo de éstos, explica su dispersión, la fuerza centrífuga de su itinerario, este ir y venir sin sosiego, tan diferente del tono burgués y de la concentración en el espacio, de los colonos de la América del Norte.

Si estas cualidades particulares las relacionamos con la raza y la etapa histórica que entonces vivía la nación conquistadora, tendremos ya explicadas las fallas de la conquista española; fallas sobre las cuales la Literatura del siglo pasado, acumuló tantos dicterios.

Podemos ya ver nuestro destino hispánico sin la ira y los prejuicios de los liberales de hace ochenta años, lectores de Buckle, crédulos ingenuos en la teoría del progreso, que hubieran deseado que nos conquistara Inglaterra y que como el gran Sarmiento—en un ofuscado instante—ofrecían a la imaginación criolla la pedagogía puritana y el libro ñoño del *Pilgrim's progress*.

El terrible drama de la historia española—y de ahí la explicación de nuestro inicial destino—, es haber entrado a la Edad Moderna, sin que sus órganos nacionales hubieran crecido y madurado para la nueva función histórica; función que a España se le impuso más por acontecimientos relacionados con su historia externa, que como irradiación de su propio y robusto poderío. Este ingreso de la feudal España en el agitado torbellino de la Edad Moderna, pudiera hallar una accesoria explicación en los matrimonios dinásticos, en la progenie, alianzas y herencias del magnífico casamentero, el mejor casamentero que conozca la historia que fué Maximiliano de Austria, y en la próspera fortuna que corrieron los tres barquichuelos de Cristóbal Colón.

Sólo a un país tan contradictorio como España debía tocarle en suerte equipar y armar a un no menos paradójico descubridor, como Colón. Para lanzarse a la mar tenebrosa, Colón que ya ha estado en Lisboa, elige el camino de Valladolid y Salamanca: es decir, penetra en la corte más de tierra adentro, en el paisaje más desnudamente terráqueo que existiera en Europa, que era la tierra y corte de la Reina de Castilla. Salir de Amberes o Venecia, las ciudades marítimas donde forzosamente estaba más adelantada la Cosmografía y donde las calles estrechas, las casas altas de los comerciantes, rezuman aire de mar, hubiera sido lo indicado para cualquier hombre prudente que no fuera

el visionario Almirante. Justamente en esas ciudades estaba madurando ya en las letras de cambio, de los comerciantes, en la astucia de los negocios y de la política, algunas de las formas matrices de la Edad Moderna. Dentro de la economía espacial de los banqueros flamencos o venecianos, estaba naturalmente la conquista de las rutas oceánicas. La labor posterior de Carlos V, fué enmendar este inicial error de Colón, pidiéndole a los judíos de Amberes y a los Welser y a los Fugger, el dinero que necesita para asegurar sus empresas ultramarinas. En Venecia o en Flandes los proyectos de Colón hubieran sido estudiados—como diríamos hoy—en una casa de comercio, por un grupo de «expertos» empresarios; en España se les lleva a una junta de teólogos. Y en el Tesorero Santágel, han querido ver algunos historiadores, un economista semita metido en la Corte de la Reina de Castilla.

Así estos dos hechos—Colón y Carlos V, precipitan a la España todavía medioeval del siglo XVI, a un teatro tan agitado y densamente europeo como la política y las guerras de la Casa de Austria, y disponen que un pueblo de pastores, soldados y labradores, se convierta en nación colonizadora.

Concebimos el asombro que el labriego o el pastor de Castilla, ese personaje que trabaja desde un pasado tan viejo como la tierra el duro suelo de la meseta, o sigue con sus ganados trahumantes la línea esquiva de las yerbas y las aguas, sentiría en esos días del siglo XVI que trastocaron su historia secular. El, desde una venta, en el camino amarillo que conduce a Valladolid, viera pasar las solemnes mulas de suntuosa caparazón en que viajaban los consejeros flamencos de Carlos V: hombres de otra raza, rubios y sensuales en quienes se esponja el lujo burgués de la Europa comercial del Norte; la idea del confort y del cuerpo satisfecho, tan ajena a la vieja España ascética, o bien oyera hablar de las naves que llegaron a Sevilla, grávidas de los tesoros de las Indias.

Para el esfuerzo español se abren entonces inesperados caminos. Y el último cruzado, en una Edad en que triunfaban la astucia y la sutileza maquiavélica, las ingeniosas combinaciones del crédito, el avance de una economía ya sabia, el último cruzado, el soldado español, contempla la blanda y migajosa tierra de Lombardía, rica de cereales y de hombres; el bullicio de Nápoles, las puntiagudas casas de Amberes.

Para el europeo del tiempo doctrinado por Maquiavelo, que medía las frases con el agudísimo oído de Erasmo, el español parece ya algo anacrónico. «Nazione armigera», dicen los cautos italianos, cuando ven pasar los tercios de Gonzalo de Córdoba.

En esa Europa ya urbana parecía la última nación que sabía pelear. Europa la aprovecha como la terrible voluntad que pone en marcha las fuerzas nuevas de la Historia moderna; como el brazo que abre caminos para que circule el movido espíritu europeo, mientras que España misma—ciega a su destino,—se consume en pasajera pompa. Al valor español lo reemplazaría la diplomacia moderna; el oro y la plata que sus naves traen de América la acuñan y amonedan los judíos de Amsterdam y Amberes, el ágil juego de la Economía burguesa permanece desconocido para los enlutados hidalgos llenos de desdén.

Su propia alma como la tierra, como el clima continental de Castilla, está lleno de contrastes. Y en el mismo tiempo en que sus bandadas de hombres de presa escalaban los Andes, destruían los imperios indígenas, penetraban en la selva virgen, buscando más tierra y más espacio, surge una literatura mística transida de amor divino y renunciamiento. El soldado y el misionero, la vida activa y la vida contemplativa, se confunden y juntan en el alma del español. Y no hay escena más españolamente contradictoria, que cuando en Cajamarca junto al inca prisionero y los soldados de Pizarro que preguntan por el oro, el fraile Valverde abre su Biblia y empieza a explicar la fe.

---

Esta alianza típicamente medioeval de Guerra y Religión, es pues la fuerza hispánica de la conquista. En cada soldado suele haber un misionero y en cada misionero un soldado. El conquistador o el encomendero—cuando ya está viejo o palpó la vanidad del mundo, puede como en el caso de Rodrigo de los Bastidas o Bartolomé de las Casas, convertirse en fraile. Entonces llevará siempre consigo como Rodrigo de las Bastidas en las empresas de su vejez, un libro con los rezos y las meditaciones de la buena muerte y el rosario y la vela del alma, o como Bartolomé de las Casas inflamará su corazón de un misticismo social que ha de llevarlo a abominar de la esencia misma de la conquista.

En la vida colonial el fraile y el soldado se contraponen, y uno destruye lo que el otro edifica. La existencia se mueve en un dualismo que va de la codicia y los desenfrenados instintos del soldado, hasta el mundo teórico e ideal con que suele soñar el fraile.

Del soldado es el instinto nómade y el ánimo permanente de pelea. Andariego, arriesgado y absurdo, el soldado de la conquista pasará de Cuba a Panamá y de Panamá a Lima, a Po-

tosí o a Chile. Cuando ya la sociedad tiende a sedentarizarse como en El Cuzco y en Potosí, a fines del siglo XVI armará la guerra local: luchará si es vasco contra el anduluz, si es catalán contra el extremeño. El gusto de guerrear le sigue a través de la morosa colonia discutiendo por la jerarquía, por la pureza de sangre, convirtiendo la vida de las ciudades coloniales en lucha de bandas y de facciones. No se resigna a prescindir, aunque los tiempos parezcan de calma, del alarde fanfarrón de su valor e individualismo.

Un minucioso cronista de Potosí—Don Bartolomé Martínez y Vela—, uno de estos hombres que anotaban, día a día y año a año, los pequeños y enconados conflictos de la vida de su ciudad, nos da un cuadro del año de 1621, cuando Potosí es gran villa y una tregua de paz parece suceder a las agrias luchas de otrora. Pero he aquí que un día, para que nunca falte la nota belicosa, diez o doce hombres toman la determinación quijotesca de fortificarse—como en ciudad en guerra—en el «empedralillo» de la plaza. «Y el que venía a pasarlo—escribe el cronista—hallaba hombres que defendían el paso, y sacando el nuevo pasante la espada arremetía con todos; y si la suerte le ayudaba, pasaba a fuerza de su valor sin lesión alguna; y si no quedaba muerto, o por lo menos con muchas heridas; y éstos que pasaban sanos eran de los más aventajados en el valor» (1).

Corresponde al alma del soldado junto con la andanza y la pelea—transformada en quisquillosidad en los años pacíficos—, el espíritu destructivo que no se resigna a conservar ni producir riqueza, y para quien ésta es sólo una forma de ostentación o violento poderío. Donde su influencia parece más nociva es en la Economía, que el soldado español no creó, sino destruyó más bien en la América indígena. El bronco conquistador no concibe lo económico como suma y lenta conservación de fuerzas, sino con el ansia extractiva de botín, en que se expande su desatado individualismo. Al paciente trabajo colectivo de la Economía agraria de los imperios indígenas, el español opone su sed de oro, su violencia en la explotación.

Hay, naturalmente, entre los conquistadores el buen granjero andaluz, que como Sebastián de Benalcázar llega a la altiplanicie de Bogotá con su manada de puercos, y junta a la guerra la domesticidad, el amor de los animales y las legumbres. Pero en general, la riqueza se busca como un descubrimiento, como algo que ha de aparecer de improviso a la vuelta de un camino,

---

(1) V. «Anales de la Villa imperial de Potosí».—Archivo Boliviano. Documentos relativos a Bolivia.—París 1872.

en una peña de las cordilleras, internándose en una selva. Pensemos en esas trágicas expediciones que desde los ricos valles del Occidente de Venezuela marcharon a la busca del Dorado, al fabuloso país de los Omaguas; o la leyenda de la ciudad de los Césares en Argentina y Chile. Otra vez son las «huacas» indígenas, los sepulcros o altares llenos de oro, los que turban las fantasías del conquistador.

Esta leyenda del oro enterrado, de los tesoros sepultos, constituye desde la conquista uno de los motivos constantes de la imaginación hispanoamericana. Cuando ya no había «huacas» indígenas, botijos de greda con los tesoros de los indios, se buscó la riqueza que abandonaron los piratas en sus correrías; cuando no hubo piratas, los subterráneos donde escondieron los jesuitas sus extraños secretos. El buscador de entierros, el que tiene el plano de un tesoro oculto, el que interpreta la letra amarilla de un testamento de hace dos siglos, o sabe el conjuro para arrancar su secreto a los espíritus que custodian el fantástico botín, ya fué desde ese tiempo un personaje del folklore nativo. Este espíritu mítico se mezcla con la historia y explica, por ejemplo, el descubrimiento de un mineral precioso. La imaginación exaltada no puede concebir que todo ocurra naturalmente.

Ya es el gran Pachacamac, el viejo dios del sol andino, quien hablando un día con su hijo Huaina Capac—desde las altas cumbres como hablan siempre los dioses,—le revela los tesoros que guarda el cerro de Potosí, pero le ordena que no los toque porque están reservados a otros dueños. Transcurre el tiempo y ahora la tierra andina se agita con la llegada de los hombres blancos. «De suerte que no pudiendo la naturaleza tolerar aquella sinrazón—escribe un cronista—, los más se fueron a las remotas provincias, a vivir entre incógnitas naciones sin fe ni conocimiento del verdadero Dios. Otros se quitaban la vida con sus mismas manos; otros se remontaban de cincuenta en cincuenta, y de ciento en ciento, y se escondían en las quebradas y grutas de los montes, con sus mujeres e hijos y allí morían de hambre; otros quedaban con los españoles, hechos esclavos sin razón, ley ni caridad». Y un pobre indio acampa una tarde muy fría con su rebaño de llamas, al pie del gran cerro bermejo que llaman de Potosí. Pacen los animales de la rala yerba que llaman «hichu», y frotando su tosco pedernal quema el indio un poco de paja para calentarse. Viene ya la noche andina tan alta, fría y transparente. El indio se queda dormido. Despierta al radiar la mañana montañesa y descubre deslumbrado que el fuego había derretido el metal de la superficie que corría por los campos, en hebras de plata pura. Después sigue la historia



de lo que el indio Hualpa hizo para asegurar su tesoro de los voraces blancos: y las amenazas del gran dios Pachacamac, nunca fallidas, que castigan la codicia del indio. En el mito como en la realidad, siempre es el indio quien paga los cristales rotos.

---

Idea mítica y fabulosa de la riqueza y violencia extractiva, y por lo tanto, ruina de los medios de producción, se corresponden en la feudal mentalidad económica del conquistador. Si desdén la Agricultura es porque ella es ocupación de hombres sedentarios y pacíficos que se estacan en un solo punto del horizonte. La explotación de las riquezas naturales asume así en la vida colonial, las características de un deporte bárbaro. El ejercicio brutal de una ganadería nómada forma en las pampas argentinas o en las llanuras de Venezuela, el laceador o el jinete, el héroe de la aparta y el rodeo, en quien sigue viviendo el alma osada del conquistador, y cuya gallardía varonil se fija en el combate sangriento contra las fieras. Cuando un navío va a llegar a las costas a surtirse del cuero o del sebo—únicos productos que interesan al ganadero criollo—, éste tiene oportunidad de exhibir su valor, en destructora justa salvaje. «Se dirigen en una tropa a caballo—escribe un cronista argentino—hacia los lugares en que saben se encuentran muchas bestias, y llegados a la campaña completamente cubierta, se dividen y empiezan a correr en medio de ellos, armados de un instrumento que consiste en un fierro cortante de forma de media luna, puesto a la punta de un asta, con el cual dan al toro un golpe en una pierna de atrás con tal destreza que le corta el nervio sobre la juntura; la pierna se encoge al instante, hasta que cae la bestia sin poderse enderezar más; entonces sigue a toda la carrera del caballo hiriendo otro toro o vaca, que apenas reciben el golpe, se imposibilitan para huir. De este modo, diez y ocho o veinte hombres solos, postran en una hora siete u ochocientas reses. Imaginaos que destrozo harán prosiguiendo esta operación un mes entero, y a veces más» (1).

Caballos al galope, perros cimarrones que van aullando a la siga de las bestias, la lanza del jinete, el alto lazo del peón, los zopilotes, buitres o zamuros que ya planean por el aire al olor de la sangre fresca, es el cuadro inaudito que presentan esas llanuras los días de rodeo. En tal ejercicio violento se formarán

---

(1) Cartas de los jesuitas Gervasoni y Cattaneo. Rev. de Buenos Aires, Tomo 8, 1865.

después los hombres de pecho duro que realizarán la Independencia y dominarán como una «estancia» la algazara democrática de los primeros días republicanos: es la recia escuela del venezolano Páez y del argentino Juan Manuel de Rozas. La campaña bárbara, de costumbres feroces, la campaña indomitable de peligrosa vida, junto a la ciudad quieta, eclesiástica y formalista, es ya desde entonces el eterno conflicto de la vida hispanoamericana. El hombre de la campaña destruirá lo que el hombre urbano realiza: y como en la Argentina del siglo pasado y el México y la Venezuela contemporánea, termina por prevalecer la voluntad rural, no quedándole al hombre urbano otro destino que amoldar sus fórmulas y aprendidos sistemas, al violento designio de aquella.

El coraje, el ímpetu destructivo, se lleva, pues, hasta la forma que le es más opuesta: la Economía. Quede para naciones más sedentarias un explotación más previsora de las riquezas naturales: el llanero de Venezuela sacrifica muchas reses porque con los cueros sin curtir hace su alfombra y cama, y el sebo del animal le proporciona lumbre. Su alimento es simple como su economía: el café puro y amargo, la carne volteada junto al asador, muchas veces sin sal, como los héroes de Homero. La leche y la mantequilla, productos de una ganadería pacífica y granjera, no le preocupan o los desdeña. Aun hoy conserva—como el soldado español que formó su economía—el mismo menosprecio por los objetos de cambio, guardando todo su celo para los instrumentos del mismo.

El hombre que destruyó sus ganados en un bárbaro rodeo, que rezó una oración mágica cuando las garrapatas cubrían sus rebaños, que ignoró voluntariamente toda zootecnia, todo medio de mejorar la raza y la producción, es el mismo que amarra en un pañuelo con nudos muy firmes o entierra en un cántaro, las monedas de oro.

Oro: el oro que relumbra como las armas, el oro nómada que no se fija nunca, es la Economía del soldado. Buscándole, abandona todo sitio seguro donde comenzaba a asentarse. Hay en los primeros años de la conquista de Venezuela un lugar tibio y deleitoso, cuyo nombre indígena debió pasar en la manufactura moderna, a un género de algodón que ha enriquecido a los ingleses. Llamábase ese lugar El Tocuyo y fué una de las primeras poblaciones que prosperaron en la Costa Firme. Dentro del peligro que es la vida de aquellos días, se vive con relativa placidez en la tierra tibia de El Tocuyo. Abundantes aguas, tierras henchidas de promesas y hasta una espinosa planta indígena, nativa de la región que produce un licor exquisito. Pa-

rece que al amparo de árboles centenarios, en una tierra sin obstáculos, florecerá pronto una ciudad indiana como esas que añoraría Rousseau dos siglos más tarde. Ya los indios cristianizados empiezan a vestirse con la «tela de El Tocuyo», que hilaron rudimentarios telares. Pero un día el próspero lugar se despuebla porque los hombres de El Tocuyo, parten a buscar la tierra de El Dorado. Un espantoso sueño errante los hace perderse en las llanuras selváticas, llenas de miasmas y podredumbre, en el corazón del continente, donde la desasosegada vegetación tropical va borrando e invadiendo todas las huellas. Odiseas sin Homero, hacia una lejana Cólquide continental, perdida en las selvas, cada día más lejana. Con el olfato de un perro, un soldado perdido,—sombra de hombre ya, prófugo del infierno—descubre un camino de regreso. Entonces se hará labrador; se casará con una india, cultivará algodón y añil, tendrá cuando viejo, una pacífica vara de regidor en el Cabildo de El Tocuyo. Los cronistas cuentan estas historias como esos ingenuos narradores de la Edad Media, que hicieron la cruzada y pelearon en regiones de infieles.

---

El reverso de la aventurera voluntad conquistadora, la otra cara del dualismo de la conquista, es el Derecho teórico y la ley ideal que quieren establecer en la tierra nueva, el letrado o el misionero. Infructuosamente contra el destino de codicia y pasión que la tierra impone, se yergue el sermón moral o los dictámenes sutiles del Letrado. Ello en la psique colonial deviene formalismo e hipocresía. Por lo mismo que la Ley suele estar fundada en razones de ética muy alta, surge sobre la jurisprudencia escrita una estructura de costumbres en que se tolera y disimula lo que la ley pena: la práctica del contrabando o la exacción brutal del encomendero. La nueva sociedad tiene dos vidas: la que se expresa en los cautelosos párrafos de la escribanía colonial llena de circunloquios y lentas expresiones, en la carta al Rey o a la Audiencia, en el acta notarial, y la que efectivamente ocurrió, liviana de instintos, en el trato y negocio de los hombres.

Por esa hendidura curialesca, por esa coraza formulista con que la época colonial suele vestirse, se han deslizado ingenuamente algunos historiadores de hechos externos, hasta dar de élla una visión lenta y bobalicona. Sabemos hoy con otros instrumentos de crítica histórica, qué de pasiones hervían, qué de instintos se mezclaban en esa vida aparentemente tranquila.

Y la Teología y el Conceptismo, las dos formas en que el alma colectiva se agazapa, no logran ocultar siempre la intemperancia de sus pasiones.

En una carta de Lope de Aguirre al Rey de España, se alza esta protesta del conquistador codicioso que reclama contra las golillas y las leyes del Letrado, su brutal derecho a la tierra. Es, como en toda conquista, un primitivo derecho de ocupación; la sanción jurídica de una verdadera lucha biológica. Lope de Aguirre no concibe que haya un orden abstracto que limite su vehemencia e individualismo. Alega al Rey como suprema privanza de conquistador, ser «un hombre lastimado y manco de sus miembros en tu servicio, cojo de la pierna derecha de dos arcabuzazos que me dieron en el valle de Chuquinga». Protesta de «éstos tus malos oidores y oficiales de tu real persona que por nuestros pecados quieren que doquiera que los topemos nos hinquemos de rodillas y los adoremos como a Nabucodonosor». Duélese de los frailes que «a ningún indio pobre quieren enterrar y están aposentados en los mejores repartimientos del Pirú». Allí los representantes del poder espiritual suelen olvidarlo «por que cada uno dellos tiene por penitencia en sus cocinas una docena de mozas, y no muy viejas, y otros tantos muchachos que les van a pescar, a matar perdices y a traer frutas». En tanto los hombres corajudos y valientes como Lope de Aguirre son olvidados o perseguidos por las leyes. «Ay, ay, qué lástima tan grande que César y Emperador tu padre, conquistase con las fuerzas de España la superba Germania y gastase tanta moneda llevada destas Indias descubiertas por nosotros, que no te duelas de nuestra vejez y cansancio, siquiera para matarnos la hambre un día».

La historia oficial nos cuenta los crímenes cometidos por Lope de Aguirre, que desde el alto Marañón en el Perú hasta la costa de Venezuela, a través de la inmensa selva ecuatorial, abre con sus «marañones» un terrible camino de rebelión y osadía. «Quemó pueblos e vino atalando e destruyendo la tierra y apregonó guerra contra Su magestad a fuego y sangre, trayendo banderas y estandartes pendidos contra Su Magestad como tirano», dice una información contemporánea (1).

Sin embargo, en la carta a Felipe II, hay un momento en que parece deseara cambiar esa tremenda vida errante, por un viejo sueño pacífico, y que él comprende irrealizable, de hombre bien comido. Recuerda él, el guerrillero, que en los alrededores

---

(1) V. para la carta citada y las empresas de Aguirre la obra de Emilia-o Jos. *La expedición de Urzúa al Dorado y la rebelión de Lope de Aguirre.*

de la virreinal Lima hay una laguna rica de peces, que ya ha caído bajo la férula odiosa de la administración española. «Oidores y oficiales por aprovecharse del pescado, como lo hacen para sus regalos y vicios, la arriendan en tu nombre dándonos a entender como si fuésemos inhábiles, que es por tu voluntad. Si ello es así, déjanos Señor, pescar algún pescado siquiera, pues trabajamos en descubrirlo, porque el Rey de Castilla no tiene necesidad de cuatrocientos pesos que es la cantidad porque se arrienda. Y pues, esclarecido Rey, no te pedimos mercedes en Córdoba, ni en Valladolid, ni en toda España que es tu patrimonio, duélete señor, de alimentar los pobres cansados en los frutos y réditos desta tierra, y mira Rey y Señor, que hay Dios para todos, y igual justicia, premio, paraíso e infierno».

Hombre feudal, la atormentada conciencia de Lope de Aguirre, busca para sus más turbias empresas la justificación de la fe. Si se rebela contra la Administración y las Leyes es porque en Las Indias sus promesas «merecen menos crédito que los libros de Martín Lutero», pero insiste al Soberano que se «halla bienaventurado de estar en estas partes de Indias, teniendo la fe y mandamientos de Dios enteros y sin corrupción, como cristiano, manteniendo todo lo que predica la Santa Madre Iglesia de Roma, y pretendiendo aunque pecador, recibir martirio por los mandamientos de Dios».

¿Disimulo, hipocresía? Simplemente dualismo. El conflicto de un alma en quien el apetito de vida y de destrucción no se ordena todavía en un código de convivencia y limitación social, en quien el Cielo y el Infierno se entremezclan, y que como los barones feudales del Medioevo europeo es capaz de rezar y hacer penitencia, después que mató a todos sus enemigos.

En la Europa del tiempo empezaban a triunfar otros valores humanos: la política realista y calculadora de un Maquiavelo, la diplomacia velada y sagaz de las cortes, las estrategias del capitalismo naciente, más fría y más segura que el bello arrojo y las engalanadas guerras de la Edad Media. Pero estos abroquelados y famélicos hombres de España, parecen prolongar ya muy entrada la Edad Moderna, el bárbaro fervor, el consorcio guerrero y religioso de las Cruzadas. Su historia ultramarina se explica mejor que con el racionalismo renacentista, con la pasión medioeval.

# HOMBRES, IDEAS Y HECHOS

## LA BIBLIOGRAFIA CHILENA Y D. RAMON BRISEÑO

### ELOGIO

**A** ningún chileno medianamente versado en los estudios de la erudición bibliográfica nacional, es preciso enseñarle que la fuente de ellos se resume en la obra intitulada *Estadística Bibliográfica de la Literatura Chilena*, libro de vastas proporciones, caprichoso si se quiere en su método y ejecución y no circunscrito a los cánones elementales que hoy exige imperiosamente la ciencia bibliográfica. Así y todo, no es posible prescindir de él, dentro del período que abraza, para iniciar cualquier ensayo serio de erudición, y habrá de ser siempre, mal que pese a sus detractores, generalmente acostumbrados a beber en esta *alma mater* sus informaciones, guía y orientador de primera mano, especie de hilo de Ariadna para resolver y ampliar los puntos oscuros y dudosos de nuestra literatura. El primer tomo apareció en 1862 y el segundo diez y siete años más tarde, es decir, en 1879. La idea de llevar a cabo una publicación de esta naturaleza que contuviera la descripción exacta de los impresos nacionales dados a luz por las prensas del país, fué concebida por don Andrés Bello en los últimos años de su benemérito rectorado de la Universidad de Chile. El ilustre caraqueño, familiarizado durante su larga y fructuosa estancia en la capital londinense con los trabajos de la alta cultura literaria y erudita, encontrábase, acaso mejor que ningún otro chileno de entonces, capacitado para comprender y valorar el significado del inventario bibliográfico de la literatura chilena. El mismo título de la obra, que a muchos ha parecido excesivo y pretencioso, echa de ver el influjo de Bello. La palabra literatura empleada por Briseño, que parece redu-

cir al alcace de la investigación a los géneros establecidos por la preceptiva, empléase aquí en su más amplia acepción, conforme el significado alemán, es decir, en ella se envuelve toda manifestación escrita del pensamiento, desde la forma más noble y pura hasta la más vil y grosera. En cambio, el término estadística usado por el autor en la obra nos revela la mano metódica de Briseño: su afán de agrupar y clasificar las cosas y los hombres, su espíritu acucioso y sistemático. Pues de estadística un inventario bibliográfico no tiene, en el fondo, más parecido que las formas externas de la descripción del libro en los guarismos que revelan el tamaño, el número de páginas y otros accidentes peculiares.

Al no haber partido de Bello el proyecto y el propósito de una empresa de tal magnitud, ésta, seguramente, jamás se habría realizado. Pero su alta autoridad moral e intelectual en los consejos universitarios y su personal ascendiente sobre los miembros docentes y académicos de la Universidad, hombres todos cultos, sin duda, pero sin competencia para justipreciar en sus cabales quilates una tarea como la propuesta por aquel sabio Rector, permitió que no se malograra el logro de un pensamiento que, hecho realidad más tarde, es un monumento de la cultura chilena. Por lo demás, el proyecto de Bello hubo de contar desde el primer momento con el apoyo de dos hombres que vivían enraizados con los estudios de la erudición: Amunátegui y Barros Arana. El primero no fué nunca bibliógrafo en el estricto sentido de la palabra, no obstante sus vastos conocimientos en la materia ni nunca hizo profesión ni alarde de tal. Su sapiencia erudita, fuerte y sólida, quedó vaciada en sus libros y en sus artículos, bajo formas de estudios literarios y críticos y aun de carácter biográfico. El segundo era la suma del bibliógrafo. La construcción historiográfica de Barros Arana está cimentada en la bibliografía, porque hacia ella sentía irresistible inclinación. Algunos de sus trabajos son modelos en el género, como sus *Notas bibliográficas sobre algunas obras anónimas y pseudónimas sobre la geografía e historia americanas*. El historiador chileno no sólo cultivó la bibliografía como ciencia exclusiva del libro. Fué más allá. Estudió la técnica de las bibliotecas, sus medios de catalogación y clasificación. Llegando así a obtener una competencia en asuntos de biblioteconomía que difícilmente alcanzó otro chileno en su tiempo.

La empresa concebida por Bello y que el Consejo Universitario hizo suya, era de las más vastas proporciones y por cierto que requería para llevarla a feliz término un hombre de excepcionales condiciones. Ese hombre lo encontró Amunáte-

gui, y se llamaba don Ramón Briseño. Hoy la imagen de este patriarca de los estudios bibliográficos chilenos, es desconocida y nos parece injustamente olvidada. Aunque nosotros distamos mucho de pertenecer a su escuela espiritual y religiosa, no por eso la pasión liberal nos hacen menospreciar su venerable figura. Briseño pertenece en cuerpo y alma, así por la formación espiritual como por sus costumbres sociales, al ciclo de la colonia, aunque viniera al mundo en los momentos más trágicos y tremendos de la construcción de nuestra nacionalidad independiente, en 1814. Católico ferviente, hombre de purísimas costumbres, de gran discreción y extraordinaria prudencia, ordenado hasta llegar a hacer de esta cualidad tan esencial una irritante preocupación, pasó su vida en el estudio y en el ejercicio de las más austeras virtudes de la caridad cristiana. Habíase educado en el Instituto Nacional y los vientos enconados y pertinaces del liberalismo, nunca llegaron a conmover los sólidos cimientos de su maciza fe. Después se hizo abogado y más tarde profesor. Cuando aun no concluía los estudios jurídicos y forenses, ya se encontraba iniciado en las tareas del magisterio. Era profesor de filosofía, derecho natural y de gentes, de derecho universal y derecho romano y español, de derecho canónico y literatura y algunos cursos de humanidades en el colegio particular del presbítero, don Juan de Dios Romo. Allí se acostumbró al férreo método intelectual que había de desplegar en todas sus obras, método o sistema que ha desnaturalizado, hasta cierto punto, la calidad de algunos de los que debieron ser sus mejores trabajos eruditos. En el Instituto Nacional enseñó filosofía; pero filosofía todavía muy teñida de escolasticismo, demasiado apegada a las viejas tradiciones coloniales, es decir, sin salirse, ni mucho ni poco, del peripato. No era un espíritu independiente ni tenía la imaginación ni el vuelo que necesita el poder de la crítica para levantarse sobre las construcciones ya afirmadas y consagradas por los siglos. Veía las cosas en filosofía, de acuerdo con la teología y teodicea. Kant, a quien tanto se asemeja en la identidad de costumbres, en el rigorismo del método y hasta en lo avanzado y robusto de la edad que ambos alcanzaron, debía parecerle audaz, revolucionario, y por lo tanto como un valor sin permanencia en la especulación de las ideas. Gran amante de su cátedra y cuidadoso de su reputación de maestro, escribió un curso de filosofía moderna y otro de derecho natural que le dieron fama de docto y entendido en la materia, en un ambiente intelectual y moral donde el promedio de la cultura de las gentes era sencillamente deplorable. Bello, con esa benevolencia



alentadora que le caracterizaba, comentó con entusiasmo en los *Opúsculos Críticos* este esfuerzo del joven principiante que se iniciaba en las tareas de la enseñanza oficial, y la opinión de un humanista de la talla del caraqueño, que opinaba en asuntos de su personal sapiencia, era, sin duda, ya una consagración.

Las tareas de la docencia, el amor a la juventud, el sacrificio de enseñar con espíritu abierto y desinteresado, el afán de esparcir la ciencia para llegar a consagrar la verdad, que es la mejor forma de la sabiduría, alcanzaron en Briseño virtudes de apostolado. Con esa prolijidad suya que todo lo reducía a cifras estadísticas y guarismos, dejó establecido, al iniciar su jubilación de profesor en 1871, que por su cátedra habían cruzado dos mil discípulos, vanagloriándose, con justísima razón, de haber sido maestro de cuanto hombre ilustre produjo la república.

Si interesante y atractiva por más de un título resulta la figura patriarcal y mansa de Briseño como maestro y como educador de casi tres generaciones, no es menos digna de aprecio su obra en el seno de una facultad universitaria. Era el tipo del secretario, y en realidad lo fué por espacio de largos años de la de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile. Desde 1846 perteneció a ella, y al incorporarse como miembro docente el tema de su discurso versó sobre una materia que hasta ahora nos preocupa. Se intitula: *La Educación de la juventud es el primero y más poderoso elemento de la felicidad de los pueblos*. La ideología de esta oración está en consonancia con las ideas de la época. Un poco dominado por lo que podríamos llamar el eco del enciclopedismo en los primeros comienzos del siglo XIX, la felicidad que se buscaba para la juventud y para el pueblo, era una educación puramente académica basada en los buenos estudios humanísticos. ¡Lastima grande que Briseño no comprendiera que las formas de la educación, para levantar la grandeza de los pueblos, no sólo residen en cierto humanismo que mira con desprecio y desdén el valor de otras formas de la enseñanza, tales como la industrial, manual y comercial, etc.! Pero esas eran las ideas de la época y fuera injusto exigirle a hombres que todavía cargaban con el peso de las tradiciones coloniales, doctrinas que el tiempo ha revelado más hacederas para mitigar las desgracias de la humanidad y elevar la felicidad de los pueblos.

Afortunadamente para la Universidad y los estudiosos, Briseño no teorizó nuevamente sobre asuntos que no se avenían con su temperamento. Es cosa distinta enseñar filosofía y

ser filósofo, ensayista o tratadista, para dilucidar cuestiones en que no sólo se necesita vastísima cultura, sino también sólido y claro entendimiento, ayudado de una imaginación capaz de abarcar de conjunto las ideas que escapan al vulgo. Por eso es más notoria su labor en esfera más modesta. Durante veintidós años, desde 1858 hasta 1886, Briseño dirigió los *Anales de la Universidad de Chile*. Hay que hablar con respeto de una publicación como ésta, la más antigua revista literaria y científica del país, en la cual como en un inmenso y colosal archivo clasificado y ordenado, se encuentra toda nuestra literatura científica, que no es poca y que felizmente no es ni con mucho despreciable. Bueno será añadir, por otra parte, que a él se debe, por último, el primer *índice general* de esta verdadera enciclopedia de las ciencias que abarca desde 1843 hasta 1855 inclusive. Y también, porque en su tiempo gozó de ilimitada fama y fué base orientadora de buena práctica administrativa, conviene recordar, aunque no más que sea para citarlo, su codificación de las disposiciones legales concernientes a esa institución: los *Estatutos de la Universidad de Chile*, publicados en 1866.

No puede olvidarse en una semblanza de Briseño, por rapidísima que ésta sea, una obra suya, cuyo valor es permanente. Ya se habrá echado de ver que hablamos de la *Memoria histórico-crítica del derecho público chileno desde 1810 hasta nuestros días*, aparecida en 1849. Su valor no reside ciertamente en las excelencias de la forma y del concepto de la materia tratada, que no es otra cosa que una exposición ordenada de los ensayos constitucionales realizados en Chile desde 1811 hasta 1833, asunto que posteriormente ha sido estudiado a la luz de investigación más sana y más feliz y también con un caudal de doctrina más sólido y científico por Lastarria, Carrasco Albano, Huneeus, Letelier y Galdames, en el aspecto jurídico y Barros Arana y Roldán en el histórico. Pero este libro de Briseño, del cual aun puede extraerse uno que otro dato precioso, tiene una importancia puramente documental que no lo ha hecho envejecer no obstante su remota edad. Ese valor reside en el apéndice que contiene todos los textos de nuestras constituciones, desde el *Proyecto de una declaración de los derechos del pueblo de Chile*, su fecha 1810, hasta el texto primitivo de la *Constitución de 1833*, promulgada el 15 de Mayo de ese año. En total, quince constituciones que hoy no es fácil obtener en otro cuerpo tan bien dispuesto y ordenado.

Aquí, antes de hablar de la labor bibliográfica propiamente tal de Briseño, debe colocarse otro libro suyo publicado en

1889 cuando su autor había ya cumplido los setenta y cinco años de su edad y que por su naturaleza un tanto farragosa y de muchísima difícil lectura, debe considerársele de carácter meramente erudito, de erudición fría, pacientísima, si bien sabia y ocasionada a dilucidar en un momento dado cualquier género de consultas sobre nuestro pasado. Hoy todavía, en efecto, goza de alguna estimación el *Repertorio de antigüedades chilenas*. En él se detallan infinidad de datos sobre literatura, ciencias, artes, agricultura, historia, biografía, exploraciones geográficas, etc., etc., que la paciencia de Briseño fué acumulando en el curso de sus lecturas y de sus investigaciones y que en ese año dió a la estampa en un volumen en folio a dos columnas y con más de quinientas páginas ordenadas conforme un plan bastante certero y práctico. Esta clase de libros es ahora mirada con desconfianza por la insuficiencia intelectual que revelan. El dato, sin duda, muy útil para esclarecer un punto de alta investigación, deja de su autor una impresión penosa como expresión de vigor creador y de lucidez mental. En su tiempo, sin embargo, fué saludado como la coronación de una carrera literaria y como un gran éxito del autor. Sólo la seriedad de Briseño, aun tenida en cuenta lo avanzado de la edad en que acometía una empresa semejante y su probada e insospechable honradez, ha podido mantener el crédito de una obra de esta especie.

Fuerza es volver al asunto que motiva este estudio. La gloria de Briseño, (1) su mejor timbre de honor, la obra que ha concluído haciéndolo célebre en el recuerdo de los hombres de letras, en el ambiente de las bibliotecas y en el reducido mundo de los eruditos, reside exclusivamente en la *Estadística bibliográfica de la literatura chilena*. Si son respetables y dignos de consideración sus merecimientos como profesor y maestro, si

(1) En el rápido recuerdo de su vida y de su obra que acabamos de hacer, que algún día hemos de ampliar, omitimos varias otras de sus publicaciones eruditas en beneficio de la concisión. Ellas son las siguientes:

- Efemérides o fastos chilenos*. 1861.
- Noticias históricas y orgánico-estadísticas de la Biblioteca Nacional*. 1875.
- Proyecto de Reglamento de la Biblioteca Nacional de Chile para cuando haya sido trasladada al nuevo local que ahora se está preparando*. 1883.
- Estudios cronológicos históricos sobre Chile*. 1884.
- Catálogo bibliográfico razonado de las publicaciones de don Miguel Luis Amunátegui*. 1890.
- Efemérides concernientes al descubrimiento de América, Cristóbal Colón, con notas explicativas sobre cada una de ella*. 1893.
- Fastos de la América en general y de Chile en particular*. 1900.

No caben aquí las enumeraciones de sus textos de estudios ni sus publicaciones de carácter religioso.

deben alabarse las prendas morales del funcionario público, es decir, del oficial mayor del Ministerio del Interior y del secretario de una facultad universitaria, todo eso es poco ante el magno esfuerzo, casi gigantesco puede decirse con propiedad, para inventariar, una a una, la producción de la imprenta en Chile en el considerable espacio de sesenta y cuatro años. En rigor, esta gloria de Briseño que sólo Medina ha superado al tomar como campos de sus averiguaciones un continente entero, va unida a su estancia en la Biblioteca Nacional de la que fuera conservador por espacio de muchísimos años, organizador de ella, creador de importantísimos servicios y modelo de empleado. Aun no se había incorporado a este establecimiento, cuando lleno de entereza y de fe, en 1859, daba los primeros pasos para iniciar su grande obra. Pero no puede negarse que ella misma le preparó el camino y lo impuso como el hombre ideal para regentar un instituto en el que precisamente lo que faltaba era una cabeza que conociera positivamente las vicisitudes porque había pasado la bibliografía chilena. Su designación como Conservador o Director de la Biblioteca es posterior en dos años al aparecimiento del primer tomo de la *Estadística* y el segundo lo encontró ya en ese cargo cuando su experiencia en la técnica bibliográfica se había acrecentado por todo extremo. Por otra parte, por lo que se refiere al orden cronológico, Briseño lleva la prioridad a todos los bibliógrafos chilenos, y como tal debe considerársele fundador de la bibliografía chilena. Este título podría discutírsele si se considera que en 1857 los hermanos Amunátegui habían intentado para una publicación oficial la confección de un catálogo de los impresos chilenos. Mas la importancia de él no es tanta, ya que se trata de una simple enumeración plagada de groseros errores, sin ajuste alguno a la más elementales reglas de la descripción bibliográfica, ni sus autores después volverían a consagrarse a empeños semejantes, prefiriendo lastareas literarias, de la crítica o la historia.

Un hombre con gusto más depurado que Briseño, con más espíritu crítico, un verdadero expurgador del valor de los textos descritos, habría procedido con más restricciones y miramientos al valor literario y científico de éstos y, sin duda, el afán de selección hubiera prevalecido. Por lo mismo que Briseño no era eso ni lo otro; por lo mismo que acumula y describe todo género de impreso, muchas veces nimio y pueril; por lo mismo que su afán consiste en no dejar un volante, una cuartilla de papel impreso sin catalogar, su obra, con todos sus defectos grandes o chicos, es piedra angular, definitiva, de

los trabajos de erudición y fuente de primera mano. Un juez muy competente le ha encontrado errores considerables. ¡Lástima que ese juez, don Luis Montt, hubiera bebido en la *Estadística* sus primeras informaciones y la materia de su estudio fuera la misma expurgada por Briseño, es decir, los orígenes de la imprenta en Chile, sus primeras producciones desde sus más remotos antecedentes hasta su posterior desarrollo después de 1812! Racional es encontrarle otros defectos en la concepción del plan y en las averiguaciones de nombres de autores. Decir, como se ha repetido hasta el cansancio, que el autor desfigura los títulos de los impresos no es ser honrado, puesto que el bibliógrafo nos lo advierte en la introducción del libro cuando esto ha ocurrido y por qué ha ocurrido. «Y como si la abreviación de los títulos no desfigurase lo suficiente la fisonomía del impreso—escribe Montt—añadió todavía el descomponerlos en fragmentos, que colocó, a manera de factura de comercio, en columnas paralelas, destinando una al título propiamente tal, otra al año de la impresión, otra al nombre de la imprenta; anatomía que ha convertido no pocas de sus anotaciones casi en un geroglífico». Puede ser; habituados nosotros al manejo de este libro por razones del oficio, no hemos encontrado tales defectos. En cambio, somos los primeros en reconocer que el plan de la obra es soberbiamente malo y que no siempre Briseño atina con la paternidad de los autores, materia en la que comete desatinos vulgares y prosaicos.

Un año y medio demoró Briseño en terminar el tomo primero de la *Estadística*, que comprende desde 1812 hasta 1859 y en el segundo empleó tres, desde 1876 hasta 1878. El libro para su tiempo tenía una novedad, si bien la misma obra era ya de sí novedosa. El autor en una segunda y tercera parte cuidó de agrupar los libros escritos sobre el país en un «catálogo—así se intitula—de las obras y documentos que, más o menos, directa e indirectamente—tratan de Chile, sea que se hayan publicado en el extranjero o que se mantengan inéditos.» En la última sección describe las obras de los escritores chilenos que se han publicado en el extranjero o que no se han impreso. Además, en la parte de los impresos chilenos, Briseño, con rara prolijidad, formó al mismo tiempo, el inventario de las publicaciones periódicas nacionales de 1812 hasta 1876 inclusive. Debe comprenderse que estos inventarios o catálogos, como algunos de los que aparecen en el tomo segundo, ya no son sino esfuerzos respetables y valiosos para sus días, pero sin valor alguno para hoy en que una investigación más certera los ha rehecho completamente. Sin embargo, todavía tiene novedad

el de los escritores extranjeros sobre Chile, que puede servir de base para una disquisición bibliográfica del más ardiente interés. Sea de ello lo que fuere, Briseño tenía razón sobrada al juzgar su pujante esfuerzo con estas palabras: *¡he aquí un monumento de heroica paciencia!* —GUILLERMO FELIÚ CRUZ.

## UN PLAGIO

(Plagiario: el autor de *La rencontre de Cervantès et du Quichotte*.  
Víctima: Miguel S. Oliver).

**H**ACE unos cuatro años, tuve que estudiar algo la vida y la obra de Cervantes.

Todavía no habían aparecido, ni el libro de Paul Hazard (*Don Quichotte de Cervantès, étude et analyse*, París, 1931), ni el de Henry Lyonnet (*Cervantès*, París, 1930), ni el folleto de J. García Mercadal (*Cervantès*, Madrid, 1930), ni, por lo menos la edición castellana, del de Joseph Bickermann (*Don Quijote y Fausto*, traducción del P. Félix García, agustino, Araluce, Barcelona, 1932).

Tampoco conocía entonces la obra, fundamental, de Francisco Navarro Ledesma (*El ingenioso hidalgo don Miguel de Cervantes Saavedra*, Madrid, 1905) ni la *Vida de D. Quijote y Sancho*, de don Miguel de Unamuno (Madrid, 1905).

Pero, en cambio, me sirvieron mucho los ensayos en simpatía sobre *El Quijote, don Juan y la Celestina*, por Ramiro de Maeztu (Madrid, 1926); la *Guía del lector del Quijote*, por Salvador de Madariaga (Madrid, 1926); el folleto de don R. Menéndez Pidal *Un aspecto en la elaboración del «Quijote»* (Madrid, 1924); *El pensamiento de Cervantes*, de Américo Castro (Madrid, 1925); el *Cervantes* de P. Savy-López (traducción española de Antonio G. Solalinde, Madrid, 1917); el tomo III de la *Historia de la lengua y literatura castellana*, de Julio Cejador; la tesis del P. David Rubio, agustino, *¿Hay una filosofía en el Quijote?* (Instituto de las Españas, Nueva York, 1924); la fantasía de Han Ryner (*L'ingénieux hidalgo Miguel Cervantès*, París, 1926); las *Meditaciones del Quijote*, de J. Ortega y Gasset (Madrid, tercera edición, 1922); la *Biografía de Cervantes*, de F. Pinochet-Lebrun (seg. edición, Santiago, 1925); las 36 páginas consagradas a Cervantes en la *Historia de la Literatura española*, de J. Hur-

tado y A. González Palencia (seg. edición, Madrid, 1925); la síntesis de Lorenzo Hernáiz, encabezamiento de las *Obras completas de Cervantes*, en la edición Aguilar, (Madrid, s. f.), y los artículos de Gabriel Alomar (*Verba*, p. 15) y de Azorín (*Los dos Luises*, 163; *Al margen de los clásicos*, 75, 95, 103, 115; *Los Quinteros y otras páginas*, 59, 117; *Clásicos y modernos*, 11, 119; *Los valores literarios*, 9, 15, 21, 27, 45, 115, 301; *Lecturas españolas*, 25, 73), y la polémica de Américo Castro y Angel Sánchez Rivero en la *Revista de Occidente* (vol. XVII, págs. 1, 285, 291).

Pues bien, en esa lectura de fuentes de consulta, que apunto aquí por si alguien quiere aprovecharlas, tropecé con la comprobación de un plagio. El libro de Pierre-Etienne Martel, *La rencontre de Cervantès et du Quichotte*, editado por Bernard Grasset como primer volumen de la colección *Les Ecrits* (París, 1927), es plagio de la *Vida y semblanza de Cervantes* publicada por Miguel S. Oliver once años antes (Barcelona, Montaner y Simón, 1916).

Claro que, tanto en asuntos de plagio como en tantos otros, no conviene ser demasiado riguroso. Y, ¿no escribió France una *Apologie pour le plagiat*. Sin embargo...

Por otra parte, tratándose de historia, no es la repetición de datos los que constituye plagio, sino la frase igual o muy parecida, y no la frase escueta, esquelética, sino la frase con alguna pretensión, con carácter de técnica personal. Y que no sea pasajera.

Por ejemplo, aunque el párrafo recuerda el correspondiente de Oliver (p. 47) y... de Martel (p. 59), no por eso habría necesariamente que apedrear a Lorenzo Hernáiz cuando, en la introducción a las *Obras completas de Cervantes* editadas por Aguilar, escribe: «La penuria echó a los Cervantes de Sevilla, como los había echado de Valladolid, Alcalá y Córdoba, y hacia 1566 volvieron a Madrid».

El autor de *La Rencontre* sigue fielmente—y casi siempre literalmente—al escritor mallorquín. Y cuando no lo sigue, lo más frecuente es que obre guiado por su amor a lo *pittoresque*. Al cardenal Julio Aquaviva le cambia el calificativo de *brillante* por el de *galante*. Cuando los Cervantes vuelven hacia 1566 a Madrid, lo hacen «à la sempiternelle manière espagnole «*fâchés d'ennuis, consolés d'espérance*».

Y ahora, a la comparación de textos.

La utilización del libro de Oliver empieza desde la primera página de Martel, la pág. 39. (Las anteriores son el prefacio de Jean Guéhenno).

## MARTEL:

...c'est à Cordoue que le bachelier Rodrigue de Cervantès reçoit de certain voisin de Tolède mille maravédís pour l'intretien du maure Mahoma, confié à sa garde (p. 39).

Le duc de Cessa le nomme «Alcalde mayor» de ses possessions de Baena, Cabra et Isnajar. Le comte d'Ureña le fait gouverneur d'Osuna. Jean de Cervantès joue le rôle de Sancho Panza dans son île, mais de façon moins bénigne (ps. 39-40).—

Luego se trata de las relaciones, harto «poco edificantes», entre doña María de Cervantes, hija del licenciado Juan de Cervantes y tía de Miguel, y don Martín de Mendoza, hijo natural del duque del Infantado, en cuyo consejo fué oidor el bachiller.

Leurs relations s'achevèrent Dieu sait comme, et vers avril 1532, la famille Cervantès entreprend contre la maison de l'Infantado son grand procès pour le paiement effectif de ladite dot. Le licencié abandonne sa place d'auditeur, refuse «alcaldies» et lutte contre ses terribles adversaires avec toute son expérience et toute sa rouerie de juge et de scribe.

Si repoussants que paraissent ces détails à la sensibilité de nos jours, qui se rend bien coupable par ailleurs d'autres écarts, il ne nous faut pas refuser ces émotions. On s'écarte de son rôle si humain d'historien à vouloir appliquer partout la même mesure et la même morale, sans tenir compte de la marche longue et graduelle du temps (p. 41).

...le père de Cervantès se fit chirurgien romancista comme on les appelait par opposition aux médiastres frottés de latin et de facultés majeures (ps. 43-44).

## OLIVER:

...el bachiller Rodrigo de Cervantes,... recibiendo de cierto vecino de Toledo mil y pico de maravédises por la manutención del moro Mahoma, confiado a su guarda (ps. 19-20).

...el (tipo) de Sancho Panza, en su ínsula. Si un duque se lo dió a éste..., otro duque, el de Sesa,... nombró al licenciado Cervantes alcalde mayor de sus estados de Baena, Cabra e Iznájar (1541), y el conde de Ureña hizole gobernador de los suyos de Osuna (p. 22).

Las relaciones entre el arcediano y doña María acabaron, no se sabe cómo; y allá por Abril de 1532, presentó, la última, demanda judicial para hacer efectiva la dote... Dejó el licenciado Cervantes el puesto de oidor; rehusó alcaldes... y contentió con sus temibles adversarios poniendo a tributo toda su experiencia de letrado y juez...

Así, pues, por repulsivo que parezca todo ello a la sensibilidad de nuestros días, llena, por otra parte, de inconsecuencias y prevaricaciones, no cabe valorarlo con la medida de lo actual. Quien rehuya esas emociones, que no se acerque a lo pasado: historia siempre querrá decir dolor, y es desvarío aplicar normas absolutas a lo que no admite sino la gradual y lenta de los tiempos (ps. 25-26).

...se hizo entonces cirujano romancista, como se les llamaba en oposición a los latinos o de facultad mayor (p. 30).



Voyez-vous dans un coin ce petit être de cinq ans: il ne comprend pas: un indéfinissable sentiment d'abandon et de honteuse indigence l'accable. Petits êtres délicats, exquis, légèrement macrocéphales. Ils regardent d'une façon qui déconcerte. Toute expression enfantine est estompée sur leur visage par une ombre de gravité ironique, comme de viellesse prématurée. Leurs petites têtes oscillent, pesantes; succomberont—ils, payant le leur vie le miracle de leur précocité? ou flotteront—ils à la surface des choses et survivront—ils dans l'inquiétude et les songes du génie que l'adversité a coutume de poursuivre et stimuler?... (p. 48).

En moins de cinquante ans, l'imprimerie venait d'entrer en Espagne, la reconquête sur les Maures touchait à sa fin et c'était la découverte du Nouveau Monde. Un vent de victoire déployait les bannières du roi catholique sur les solitudes vierges de l'Atlantique et du Pacifique: elles se maintenaient gonflées de gloire de Pavie à Saint-Quentin; elles allaient encore se maintenir jusqu'à Lépante, jusqu'à Rocroy où elles ne tomberaient que de fatigue et comme rendues de tant de triomphes... Sous cette splendeur extérieure, il est vrai, la vie chemine misérable et sordide. Appétit de gloire, appétit très prosaïquement terrestre se mêlent: une gigantesque ébauche de nations, d'empire colonial, d'apothéose artistique et littéraire surgit, épouvante de grandeur. Et toute cette foule géniale de conquérants, d'explorateurs, de capitaines, de soldats, de poètes, de théologiens, de dramaturges et d'inventeurs pérégrins, semblait naître d'un frénétique embrassement de l'Héroïsme et de la Faim. Le chevaleresque et le picaresque se fondent en une seule nature (le «picarisme», simple in-

He aquí una escena que... un indefinible sentimiento de desamparo y de vergonzosa necesidad. Miguel contaba entonces cinco años... Seres delicados, exquisitos, ligeramente macrocéfalos, miran de un modo que desconcierta, y toda expresión de infancia queda eclipsada en su rostro por una sombra de gravedad irónica y a veces de prematura senectud. Sobre sus cabezas pesadas y oscilantes centellean... las palabras de Shakespeare... Y, en efecto, o sucumben pagando a precio de la vida el milagro de su precocidad, o flotan y sobreviven a condición de arrastrar consigo la trágica pesadumbre del genio, de quien acostumbra ser levadura y estimulante la adversidad (ps. 35-36).

En poco más de medio siglo había entrado la imprenta en España, se había puesto fin a la reconquista, se había descubierto el Nuevo Mundo. Un viento de victoria acababa de desplegar las banderas del rey sobre las vírgenes soledades del Atlántico y del Pacífico, y las mantuvo extendidas por casi toda una centuria, desde Pavía a San Quintín y desde San Quintín a Lepanto, para no caer hasta Rocroy, flácidas y rendidas de tanto triunfo... Aunque, por debajo de ese externo esplendor la vida continuaba discurriendo miserable y sórdida. Difícil sería de valorar la proporción en que se combinaron entonces los más altos y los más viles impulsos, ni cuál de esas dos musas fué la decisiva: gloria o necesidad. Medio en el aire iba surgiendo un gigantesco esbozo de nación, de imperio colonial, de apoteosis artística y literaria. Y se dijera que aquella muchedumbre escuálida, de descubridores, conquistadores, capitanes, soldados, poetas, teólogos... dramaturgos e inventores peregrinos, había nacido de un frenético abrazo del Heroísmo y el Hambre, de donde lo caballeresco y lo picaresco fundiéronse en una

version ironique de la chevalerie...) (ps. 52-53).

Séville fut le port, le point de départ et d'arrivée de ce monde étincelant et bigarré. C'étaient des prodiges, les Indes, le reflet de l'Italie, l'Empire, la Renaissance... Sous les vieux oripeaux brillaient des cuirasses aux armes illustres... Tout oscillait entre deux pôles: grandeur et pauvreté; entre deux attitudes: emphase et cynisme (p. 53).

La misère relanche les Cervantès à Seville tout comme à Valladolid, Alcalá ou Cordoue. Vers 1566, ils reprennent le chemin de Madrid... L'aïeule, Elvira de Cortinas, meurt: on recueille avidement les miettes de l'héritage... (p. 59).

À ce dernier revient l'honneur d'avoir lancé pour la première fois en lettres imprimées et au vent des siècles le nom de Cervantès.

La gloire préside encore aux destins de la vaste monarchie de Philippe II. Mais c'est déjà une gloire sombre qui endueille l'Espagne et l'accable sous la triste pénombre de l'Escorial... L'énigme conduit comme par la main à l'imposture, et la mort du prince Don Carlos (24 juillet 1568), victime d'une vulgaire dolence cérébrale, fruit de ses propres excès, offre contre le roi et la nation le premier prétexte de calomnie et de légende noire (ps. 64-65).

Or Philippe II plus que jamais s'emprisonne dans son énigmatique misanthropie, prohibe qu'on le mo-

sola naturaleza, si ya no fuese el picaresco un desdoblamiento o inversión irónica de la caballería (pags. 42-43).

Sevilla fué entonces la capital de ese mundo abigarrado y vistoso... Era el prodigio, era las Indias, era el reflejo de Italia y el Renacimiento. Allí los viejos harapos asomaban bajo la flamante veste de brocado o de entre los harapos surgían vestigios y jirones de noble, antigua púrpura... Un mundo oscilante entre dos polos: grandeza y pobreza; entre dos actitudes: énfasis y cinismo (p. 43).

Lanzados de Sevilla por la misma estrechez que de Alcalá, de Valladolid, de Córdoba, los Cervantes aparecen de nuevo en Madrid, después de promediado el año 1566... Fallece después doña Elvira de Cortinas, la abuela materna, y las migajas de su herencia irrisoria son ávidamente recogidas... (p. 47-48).

Timbre de honor que nadie, en justicia, puede regatearle a López de Hoyos, es sí el de haber lanzado por primera vez, en letra de molde y al viento de los siglos, el nombre del oscuro mancebo.

La gloria sigue presidiendo a los destinos de la vasta monarquía y a los de Felipe II; pero es ya una gloria sombría y de mal ceño, que para siempre enlutó a España, desde entonces envuelta en la triste penumbra del Escorial... El enigma conduce como por la mano a la impostura; y la muerte del príncipe don Carlos (24 de Julio de 1568), víctima de una vulgarísima dolencia cerebral, destrozado por sus propios excesos, ofrece contra el rey y contra la nación el primer pretexto de calumnia o leyenda negra (ps. 50 y 51).

Enciérrase Felipe II, más que nunca, en su enigmática misantropía, prohibe que se le moleste con

leste d'autres expressions de dueil, fait part au légat de cette détermination, et, éludant sous un prétexte sentimental des négociations encore plus ennuyeuses, ordonne de dresser les passeports du légat, de façon que, dans le terme de deux mois, ce dernier regagne l'Italie à travers l'Aragon par Valence (ps. 66-67).

Le sort du jeune homme se décide. Sa livrée passe au «clou» ou «au fond de la malle». Il se vêt de «papagay», et, avec pour tout bagage ses heures de la Vierge et son Garcilaso, il marche et défile parmi ces «enfants» d'Espagne qui faisaient encore trembler la terre de leurs mousquets, et conservaient le brio et l'allure dont s'émerveillait le sire de Brantôme à leur passage à Turenne: «Eussiez dict que c'estoient des princes, tant ils estoient rogues et marchaient (?) arrogamment et de belle grace» (p. 71).

Ils secourent Corfou; le Turc fuit; ils longent les plages harmonieuses. Voici venir à eux le verger flottant que les Anciens prenaient pour l'île homérique des Phéaciens. Là, Nausicaa et ses servantes au matin du monde lavaient dans les remous des ruisseaux, comme plus tard Thérèse Panza dans celui de son village, baignées par la même lumière de simplicité. A main gauche s'étend l'Epire, à droite, rosées et transparentes, se devinent les premières îles de la mer d'Ionie. Etc. (ps. 77-78).

C'est le 7 Octobre 1571. A l'exaltation de son esprit se joint alors la fièvre corporelle: Cervantès est malade et ses dents jouent des castagnettes. Or le contact avec l'escadre ennemie s'établit précisément à l'aile gauche, et la *Marquesa* entre vite en action. Tambours et clai-

nuevas expresiones de duelo. Hace advertir al legado de esta determinación y, evadiendo con un pretexto sentimental negaciones todavía más enojosas, manda extender pasaporte a Aquaviva (2 de Diciembre) para que en el término de dos meses regrese a Italia por Aragón y Valencia (p. 54).

La suerte del mozo está decidida; su ropa de camarero pasa a la prendería o al fondo del baúl; vístese de «papagayo» y acaso sin más que unas Horas de la Virgen y un Garcilaso «sin comento» por todo lastre de sus faltriqueras, empezó a pintarla, en marchas y desfiles, entre aquellos infantiles que aún hacían temblar la tierra con sus mosquetes y conservaban el brillo, esplendidez y apostura que maravillaron al sire de Brantôme, cuando los vió pasar por Turena: eussiez dict que c'estoient des princes, tant ilz estoient rogues et marchoint arrogamment et de belle grace (p. 61).

Socorren a Corfú, ahuyentan a los turcos, navegan al abrigo de los acantilados y de las playas sonoras. Es el flotante vergel que los antiguos tomaban por la isla homérica de los feacios; aquí... Nausica y sus doncellas, al amanecer del mundo, lavaban en el remanso de los arroyos, como siglos después Teresa Panza en el de su aldea, bañada por la misma luz de divina simplicidad. A mano siniestra extendíanse las costas del Epiro y aparecían al otro lado rosadas y transparentes, las primeras islas del mar de Jonia. Etc. (p. 67).

Es el 7 de Octubre de 1571. A la alta fiebre de su espíritu se juntaba, en tales momentos, la fiebre corporal; venía atacado de calenturas... y así tiritaba... El contacto con la escuadra enemiga establecióse, precisamente, en el ala izquierda, y la *Marquesa* entró muy pronto en

rons, oriflammes, l'artillerie commence a boomer. Etc. (p. 78).

Au commencement de décembre, Michel arrive à la Cour... Le père est plus sourd que jamais, plus déchu, chenu, insignifiant... La mère, doña Léonor de Cortinas, a les cheveux blancs, les joues ridées, les mains qui tremblent (p. 108).

Don Juan d'Autriche est mort; une interdiction pèse sur sa mémoire, et la chute et le procès d'Antonio Pérez rend plus inopportune encore l'ombre de l'illustre bâtard. Ses protégés, ses victoires les plus incontestables souffrent de cette impopularité et réserve posthumes. Invoquer son nom dessert plus que profite (ps. 114-115).

el radio de la conflagración. Tambores y clarines llaman al arma; tremolaron al aire todos los pendones, y los estampidos de la artillería empezaron... Etc. (ps. 68-69).

A primeros de Diciembre llega a la corte... Rodrigo, el padre, está más sordo que nunca, más decaído, más insignificante; la madre, doña Leonor de Cortinas, muestra en sus blancos cabellos y en sus facciones marchitas el estrago del tiempo añadido al de la aflicción (p. 131).

Don Juan de Austria había muerto... Pesaba como una interdicción sobre su memoria... y la caída y proceso de Antonio Pérez habían venido a hacer todavía más desagradable e inoportuna a los palaciegos la sombra del insigne bastardo. Sus familiares, sus protegidos..., sus mismas victorias incontestables, padecían de esta impopularidad y reserva póstumas. Invocar su nombre... era mucho más peligroso que benéfico (ps. 138-139).

Creo que, con lo transcrito, basta para probar el plagio. Ahora, unas notas sobre plagiario y plagiado.

*Pierre-Etienne Martel*. No poseo otros datos que los que suministra el mismo volumen de que he estado tratando. Por la lista de *ouvrages du même auteur*, se sabe que ya había publicado *Vin rouge*, historia novelada de la crisis de 1907 en el Medio día viticultor, y tenía en preparación dos novelas, un estudio sobre *Verdaguer o el Renacimiento catalán*, y traducciones de *La perfecta casada*, de fray Luis, y de *La bien plantada*, de Eugenio d'Ors.

En la nota de la página 142, se llama a R. Gómez de la Serna, «le Giraudoux espagnol».

Pero, no hace falta recurrir ni al texto ni a la lista de obras en proyecto, para notar sus conocimientos del español. El prefacio de Jean Guéhenno nos habla de sus andanzas y aventuras en España. Y, además, nos da otra noticia importante: *Pierre-Etienne Martel* es un seudónimo. *Pierre* y *Etienne* son dos jóvenes amigos que han decidido ser «hermanos» y escribir juntos, y de *Pierre et Etienne*, se han fusionado en *Pierre-Etienne*. Luego se añade que *Etienne* murió mientras se imprimían las primeras pruebas del libro.

El sobreviviente, *Pierre*, ¿ha cumplido las promesas de 1927? Eso si todo ello no es una burla más de gentes del *midi*.

*Miguel S. Oliver.*

Nació en 1864 y murió en 1920.

Mallorquín. Su primera época pertenece a la literatura catalana, variedad mallorquina. Y comienza por la poesía. En cita de L. Nicolau d'Olwer (*Resum de Literatura catalana*, p. 109), dice Joaquín Folguera: «La voluntad de la forma, que era la característica de la poesía de mossèn Costa i Llovera, es en la de Joan Alcover el do de la forma, i en la de Gabriel Alomar n'és únicamente el so. Miguel S. Oliver juga amb els versos i combina noms estrangers amb els consonants més melòdics». Y Ricardo A. Latcham, en esta misma revista (*La nueva poesía catalana*, *Atenea* de Abril de 1929): «Miguel de los Santos Oliver hacía, por esa época, unos poemas finos, cincelados, que contenían perfumes vagos y señoriales, a la vez que recogían los ecos dispersos de las viejas mansiones mallorquinas... Tanto en imágenes como en giros y expresiones gráficas es un glorioso hermano y antecesor espiritual de esos felices buscadores de vocablos que se llaman Gabriel Miró y Ramón Pérez de Ayala... Ninguno ha recogido mejor esa emoción íntima y secreta de las cosas yacentes, verdaderas panoplias de olvido.»

En su primera época, la mallorquina, cultivó el cuento, la novela y el verso. Su entrada al periodismo lo llevó más tarde al ensayo y a la historia. Y desde su traslado a Barcelona, en su segunda época, su producción castellana fué adquiriendo mayor importancia, hasta llegar, dice *Andrenio* en su estudio sobre los ensayistas españoles contemporáneos, «a ser reconocido en sus últimos años como el mejor prosista catalán en lengua castellana, tan perfecto en ella como en la nativa».

Es autor de obras como *La Literatura en Mallorca* (1903), *Vida y semblanza de Cervantes* (1916), *Los españoles en la Revolución francesa* (1917). Pero el Oliver que yo prefiero es el Oliver autor de esas páginas que, después de ganar lectores para la edición sabatina de *La Vanguardia* barcelonesa, fueron coleccionadas más tarde con el título general de *Hojas del Sábado*.

Forman seis volúmenes (edición Gustavo Gili, Barcelona, 1918-20):

I. *De Mallorca*. Notas emocionadas sobre paisajes y hombres de la isla natal (Lulio, Costa y Llovera, Alcover, etc.).

II. *Revisiones y centenarios* (Jovellanos, Larra, Balmes,

Maragall, Ozanam, Darío, Menéndez Pelayo, Castelar, Poe, Espronceda, Zorrilla, Echegaray, Alarcón).

III. *La herencia de Rousseau*. («Eso significa la herencia de Rousseau: la revolución permanente, el descontento progresivo, la desesperación sin fin»).

IV. *Comentarios de política y patriotismo*.

V. *Historias de los tiempos terribles*.

VI. *Algunos ensayos*. (Y los hay de tal interés como «Psicología del pueblo español», «Discursos acerca de la Historia de España», «Santa Teresa de Jesús» y «El hecho y la idea de civilización»).—ALFONSO ESCUDERO, agustino.

## POR LOS CAMINOS DE HIPOCRATES

**E**L doctor Carlos Charlin es un eminente profesor de oftalmología y un hábil oculista. Por su saber, por la devoción con que se ha consagrado a su magisterio docente y por la orientación vital integral que ha dado a las relaciones con sus discípulos merece el noble calificativo de «maestro».

Pero el doctor Charlin no es sólo un gran especialista. Es un hombre de amplia cultura formada principalmente en los moldes del clasicismo francés. Las bellas artes y las letras, siempre dentro de un ordenado sentido clásico, constituyen para él, al lado de la ciencia, las más seductoras ocupaciones del alma. Es todavía un sentimiento que vive en perpetua inquietud de perfeccionamiento espiritual. De perfeccionamiento propio y del que pueda llevar a los demás.

Este anhelo es uno de los *leit-motiv* de su hermoso libro «Por los caminos de Hipócrates». Predominan en la obra los estudios sobre médicos y todos están dedicados a futuros Hipócrates, como espejos de paradigmas y ejemplos dignos de imitarse.

Así dice el autor en el Prólogo, después de referir la sugestión paterna que lo hizo abrazar la profesión de médico:

«Hoy me detengo a la vera de la ruta para contar a mis alumnos, a mis amigos, a los que bondadosamente se llaman mis discípulos, lo que he visto y aprendido en esta ya larga jornada.»

«He cruzado a otros caminantes cuyas vidas he admirado y las doy a conocer.»

«He recogido en el andar lecciones y las entrego al que quiera recibirlas.»

«He contemplado, al pasar, bellos paisajes del alma, y ensayo describirlos.»

Todos los estudios están hechos *con amore*, revelan amplia información y son muy interesantes, especialmente los dedicados a Pasteur, Augusto Orrego Luco y Vicente Izquierdo Sanfuentes.

Algunos críticos han creído ver en la publicación de este libro un desliz, una debilidad del doctor Charlin, que se habría dejado tentar por las sirenas de la literatura y, lo que es más grave, que habría caído en las zarzas de la retórica. Le han dicho blandamente: «Conténtese con los lauros de la ciencia, doctor». Ha parecido a la vez oírse en ese consejo una voz tácita que agregara: «Deje los lauros de las letras para los profesionales de la literatura».

Pero los críticos se han equivocado. No obedece la obra del doctor Charlin a un prurito literario. Ella es el fruto de ese anhelo de superación espiritual de que hablábamos al empezar estas líneas, manifestado en la busca de verdaderos valores y en el justo homenaje rendido a ellos. Si el título no estuviera tan gastado se podría haber llamado el libro del doctor Charlin «Camino de perfección». Ha ido a rastrear tal camino el autor guiado por las tres cumbres de la vida espiritual: los héroes, los sabios y los santos. Lo mueve sobre todo un sentimiento, el raro y noble sentimiento de la admiración. Como ha dicho Rodó, según creo, es prueba de alma selecta saber admirar. Así forman el libro comentarios admirativos, fuera de los ya nombrados, de San Francisco, Jaime Pinto Riesco, Germán Valenzuela Basterrica, Daniel García Guerrero y Samuel Fernández Walker. Han resultado páginas llenas de unción, inspiradas, útiles y gratas de leer.—ENRIQUE MOLINA.

## EL INDIGENISMO Y ALEJANDRO PERALTA

**E**XISTE en la literatura peruana, como en la pintura y escultura, una corriente poderosa, demarcada con nítida precisión: el indigenismo. Pero no es sólo una corriente de significado exclusivamente literario sino que, además, de un inconfundible contenido social—íntimamente entrelazado en su estructura—pues el indigenismo no está circunscrito a explotar lo indígena como un simple motivo artístico; va también en su búsqueda con un verdadero sentido político, sin manifestar este carácter de manera directa o sea, sin alusiones ideológicas ni sociológicas al estado material del indígena, pero involucrando al mismo tiempo la reivindicación de éste que se hace en el Perú

una perentoria necesidad vital. En tal aspecto la literatura indigenista camina paralela a las nuevas fuerzas sociales que intentan la realización del mismo objetivo. Camina paralela ahora, después de haber sido una consecuencia de esta tentativa reivindicacionista de carácter económico, político y social. De ahí, precisamente, el indigenismo literario peruano infiere su sentido político. Mariátegui, con la certeza que acostumbraba, decía al respecto:

«La corriente indigenista que caracteriza a la nueva literatura peruana, no debe su propagación presente ni su exageración posible a las causas eventuales y contingentes que determinan comúnmente una moda literaria. Y tiene una significación mucho más profunda. Basta observar su contingencia visible y su consanguinidad íntima con una corriente ideológica y social que recluta cada día más adhesiones en la juventud, para comprender que el indigenismo literario traduce un estado de ánimo, un estado de consciencia del Peru nuevo.»

Los que lo han tachado de artificioso pecan, por eso, de superficiales. Una corriente literaria que responde a una realidad social colectiva, que tiene su origen, su raigambre en un problema permanente cuya solución interesa a una agrupación numerosa de hombres, no puede ser artificiosa. Ahora, no sería honrado juzgarlo por los oportunistas que se han plegado al indigenismo. Que este sea una corriente literaria transitoria y que tenga que terminar fatalmente cuando concluya el hecho social que la determina, no significa artificio ni menos le resta importancia, aunque esta sea puramente local, limitada por la geografía, sin una consecuencia ecuménica. Sin embargo, no se crea que esta corriente literaria resulte costumbrista ni devenga en declamatoria. La salva de tal peligro su carácter lírico. El mismo Mariátegui lo observa:

«El carácter de esta corriente no es naturista ni costumbrista sino, más bien, lírico, como lo prueban los intentos o esbozos de poesía andina.»

Este mismo carácter lírico le da aspectos de universalidad y es lo que literariamente interesa a los que viven distantes de los límites donde el indigenismo ha germinado.

Serafín Delmar ha hecho una afirmación sobre el indigenismo que no queremos dejar pasar sin impugnarla—al hablar de poesía andinista—tan superficial como aquella de que es artificioso.

Delmar manifestó en una ocasión que una de las preocupaciones de la poesía andina era la «evocación del pasado incario».

Nada más falso. En toda la obra de Alejandro Peralta no se



encuentra un solo poema que insinúe siquiera esa pretendida evocación; tampoco en la obra de Guillermo Mercado, de José Varallanos—en el *Hombre del Ande que asesinó su esperanza*, solamente pues en su labor posterior se ha desprendido del indigenismo—ni en las «parabolas» de Nazario Chávez, los más interesantes poetas andinistas. El indio, en la poesía andinista, existe como hecho actual, presente, como realidad contemporánea, no como recuerdo histórico, no como añoranza de una grandeza difunta, no como lamento de una prosperidad perdida. Si fuera poesía de evocación incásica dejaría de ser meritable y en vez de coadyuvar a la obra de reivindicación económica y social del indio no sería otra cosa que un movimiento de resurrección, de restauración, de carácter meramente literario, sin trascendencia y desde luego sin importancia, desconectado de la realidad ambiental. El indio, lo indígena, se reduciría a un simple objeto de especulación lírica.

Alejandro Peralta es uno de los representantes más vigorosos del indigenismo. Su poesía, exaltación y comprensión del indio y de todo lo indígena, vive dentro del marco andino. De ahí también su denominación de andinista. Los Andes le han dado—reflejándose en ella—la claridad deslumbrante, la limpieza, la frescura, cualidades que tienen que emerger irremediabilmente de toda la zona que influencia la cordillera suramericana. Pero el indio, lo indígena, el Ande, es sólo el motivo de profundo sentido social como ya se ha dicho, para que el poeta, desplegando su personalidad de sabor autóctono, reivindique artísticamente lo vernáculo, de manera indirecta se entiende, sin devenir en poesía sociológica o criollista, es decir, en anti poesía. El aspecto humano, el aspecto naturaleza se depura, reduciéndose a su condición estricta de material artístico. Sabemos, sentimos sobre todo, que en esta poesía el indio se reivindica no porque el poeta así lo diga sino porque ha podido interpretarlo, descubrirlo para contribuir a exaltarlo y aspirar a darle—paralelamente al movimiento social en este sentido—el correspondiente sitio en la sociedad en que actúa. Escuchémosle:

«El charango sale a la puerta:  
se ha casado la Martina.

.....  
Los novios están bailando una haviña de llamaradas.  
Las indias quiebran hojas de alcohol entre las manos.

La Martina, la Martina, la Martina.  
El alba está cantando en la vertiente.»

(*Poema sin coleccionar*)

«Fueres indios pescadores,  
fornidas pantorrillas de peñones  
entran a saco en el horizonte  
a golpes de picos marineros.» (De ANDE. *Chozas de medio día*)

«Anoche  
envuelta en sus harapos de bayeta  
la Francisca se retorció como un resorte  
mientras el granizo apedreaba la puna  
y la vela de sebo  
corría a gritos por el cuarto.

De las cuencas de los cerros  
los indios sacaran rugidos como culebras  
para amarrar a la muerta.» (De o. c.—*El indio Antonio*).

«Los ojos de la Antuca  
se empolvan al pasar por los galpones.

Pobre Antuquita.  
Todo el día detrás de la majada.  
Hecha un ovillo sobre las piedras  
se ha ido tan lejos.

Se va a quedar en media pampa,  
acorralada entre los cerros.  
El barro de los fangos  
ha ensuciado el camino bengala de sus ojos.  
Para que habrá ido sola al pastoreo  
con tantos duraznos abridores  
y las caderas reventonas.» (De o. c.—*La pastora florida*).

«El indio balsero Martín  
azota el espinazo de las aguas.» (De o. c.—*Balsas matinales*).

Seguramente y después de los versos transcritos el lector se habrá dado cuenta que en la construcción de la poesía de Peralta tiene manifiesta preponderancia, como elemento literario, se comprende, la metáfora. Más aun, toda ella está realizada a base metafórica. Esto, sin duda, puede restarle algo de estimativa, ya que la metáfora sirve sólo como elemento episódico, no permanente, de la poesía. En este sentido creemos ha dicho Jean Epstein que una «poesía inteligente exige la metáfora». Exige la metáfora, pero en proporciones condicionadas, contenida a lo necesario, dejándola siempre en su calidad de material in-

tegrante—no primordial—limitándola a su mínima utilización, como lo hacen hoy los mejores poetas nuevos. Así como en el aspecto social de la poesía de Peralta, lo fundamental es lo indígena, en el aspecto literario es lo metafórico. La metáfora aparece usada con abundancia, en cantidades industriales como diría Epstein, aunque casi siempre con habilidad, sabiendo conseguir el resultado apetecido, no cayendo nunca en la arbitrariedad vacía de significado poético. Esto no obsta, sin embargo, para darle un marcado isocronismo de procedimiento a la obra del escritor peruano.

Ahora, no es difícil advertir que la metáfora empleada por Alejandro Peralta es evidentemente objetiva, como su poesía. En esto existe una natural consecuencia. Poesía de origen social, de motivo social, tenía que predominar en ella una objetividad sostenida. No podía ni debía realizarse por intermedio del subjetivismo. Porque el sujeto, el autor, no interesa en ella sino como vehículo de expresión concretada de un hecho social viviente, como intérprete de una realidad colectiva. Su ego, su mundo interior importa sólo en cuanto a su forma de reaccionar artística y objetivamente, frente a un hecho extrínseco.

Sin embargo, a veces, Peralta desciende a la preocupación individualista.—Canto en brumas, por ejemplo—y pretende hacer poesía sin evadirse de su círculo interior, aunque nunca le confiere contenido subjetivo, nunca le comunica íntimidad. Se olvida Peralta, que como poeta, tiene otro destino muy diverso que cumplir, su destino de traductor «de un estado de ánimo, de un estado de consciencia del Perú nuevo». Se olvida que él, habitante de la región del Titicaca—zona eminentemente indígena—está en completa solidaridad con el medio, con el ambiente y, por lo tanto, obligado a verificar una poesía de sentido social, porque, como apunta Jorge Plejanov, el arte es social donde existe correspondencia entre el artista y el medio. Peralta, encontrándose en tal caso, no debe ser desleal con sí mismo ni con su ambiente.

Mas, la preocupación individualista es pasajera. Se la inhibe mantenerla el mismo temperamento de Peralta que es cardinalmente objetivo y donde reside la mayor parte de la fuerza de este joven escritor. De otra manera no habría podido darle vestidura artística a su poesía, sin excluirla y quitarle el carácter de tal. El motivo se habría transformado entonces en una simple excitación, en una simple invitación del objeto para apoyar, en él, desarrollándose, la capacidad creadora.

Debido a esta misma objetividad puede Peralta descubrirle a los objetos, a las cosas, sus modalidades insospechadas. Por-

que Peralta «sabe mirar» y así ve las cosas no tan sólo en la fisonomía de la forma que aparentan sino, además, en su esencia pura que, son otras dentro de las anteriores. Por algo ha dicho Pascal que Dios ha representado en las visibles las cosas invisibles.

Tal vez no esté demás agregar que a causa de la objetividad señalada—de cuando en cuando únicamente, si hemos de ser justos—la poesía de Peralta se transforma en verdadera foto, en pura trasplatación del objeto de su ubicación natural al plano literario. No alcanza adquirir las tonalidades requeridas, el contorno de expresión poética. Se queda en objeto. Este defecto, es por lo demás, casi inherente a todo temperamento objetivo. Es difícil desprenderse de él en forma absoluta. Felizmente Peralta, su aparición—remarquémoslo—es lo bastante discontinua para no entorpecer el desarrollo armónico de la obra.

Por último, merece ser recalcada como cualidad valiosa, la emoción en la poesía de Peralta. Emoción desde luego de carácter esencialmente objetivo, pero no por eso menos acentuada ni menos intensa y que le inocular vibración a esta poesía robusta, saludable, varonil:

«De las cuencas de los cerros  
los indios sacaran rugidos como culebras  
para amarrar a la muerta.»

El indigenismo, con representantes como Alejandro Peralta, no tendrá una vida efímera en el Perú. — ARTURO TRONCOSO.

## LAS ELECCIONES Y LA GUERRA

**A**TRAVES de todos los eufemismos—porque nunca hablaron más cautelosamente los periódicos, nunca fué la insinuación más prudente, nunca resultaron tan unánimes los silencios—salta a los ojos que las elecciones que se acaban de realizar en Francia, así como las que hace poco se efectuaron en Alemania, tienen ante todo y sobre todo un significado internacional.

Entra en ellas, desde luego, la lucha de tendencias, más que de doctrinas, que se acentúa en todas las naciones del mundo, y el duelo cada más grave entre las derechas y las izquierdas,

extendidas aquellas hasta el fascismo y la restauración monárquica y prolongadas estas hasta el marxismo integral. Las corrientes divergentes de que he hablado en artículos anteriores se afrontan con creciente resolución, como si entendieran que llega la hora de predominar o sucumbir, rompiendo el equilibrio que mantiene las equidistancias. Es, con más o menos variantes, el drama de todos los pueblos. Francia y Alemania lo sienten con intensidad suprema. De ahí la lucha ardiente y brutal. Pero por encima de la importancia que tienen en una y otra nación estas elecciones, desde el punto de vista de la política interna, tienen una mucho más grande desde el punto de vista de las relaciones entre los pueblos, porque al poner fin a una tregua de expectativa, pueden pesar de manera concluyente en los debates que darán por resultado la guerra o la paz.

La inmovilidad del mundo, que parece contener la respiración ante el presentimiento de nuevas hecatombes, es signo claro de la gravedad de la hora. La angustiosa situación de todos los Estados, la dificultad para vender los productos, el eclipse de los capitales que se esconden ganados por el pánico, las quiebras ruidosas, en una palabra, la crisis universal, derivan de la prolongada incertidumbre, de la ansiedad creciente, de la inestabilidad de las cosas ante la inminencia de resoluciones que acaso pueden ser trágicas. Esperamos que el buen sentido superior de los hombres se sobrepondrá a los intereses en lucha, por importantes que ellos sean. Pero el momento es desconcertante. No es ni la paz, ni la guerra, según la definición de un político. Los ciudadanos pueden, añade otro, encontrar al volver a su casa la orden de movilización. En tales circunstancias, se llegó a esperar el remedio de una renovación de los hombres destinados a hablar en nombre de las colectividades.

En este sentido, las elecciones alemanas agravan el pesimismo. No hay que forzar los hechos para descubrir que la victoria de los hitlerianos marca un aumento de resistencia y una tentativa para sacudir la sujeción a que se halla condenada Alemania por los tratados. El gobierno de Bruening pareció hasta ahora querer conciliar las exigencias de afuera con las necesidades de su pueblo, apoyándose en los elementos pacifistas que como Briand le tendían la mano desde el campo adverso. Desaparecido Briand, esta política se hizo cada vez más difícil. Y el resultado de las elecciones la mata definitivamente. La opinión pública se ha pronunciado en favor de las reivindicaciones nacionalistas. Y aunque Hitler no ha subido aún al poder, todo indica que no tardará en asumir la dirección, emergencia consi-

derada desde hace tiempo como susceptible de modificar todas las armonías y todas las discordancias de Europa.

Las sutilezas logran retardar un plazo, pero no impedir un vencimiento. Bien o mal, con justicia o sin ella. Hitler representa un empuje de la opinión alemana contra el cual sólo podría oponerse una dictadura, seguida, lógicamente, de una guerra civil. Nadie sueña intentar la aventura. De acuerdo con las leyes habrá que entregar el poder a quien viene ungido por el sufragio del mayor número. Así se iniciará la nueva política alemana en el tablero resbaloso del momento actual. El rencor contenido durante muchos años, el deseo de sacudir las imposiciones, el ímpetu de un pueblo que ansía reconquistar su rango y que se juzga sacrificado por enemigos seculares, se traducirá en reclamaciones perentorias, susceptibles de chocar peligrosamente con la decisión irreductible de los demás.

Es un fenómeno curioso que en esta consulta casi simultánea, los de un lado del Rhin dán el triunfo a los partidos de la derecha y los del otro a los partidos de la izquierda. Las elecciones francesas marcan un rumbo que, desde el punto de vista interior, puede traducirse en reformas populares y democráticas. Pero todo hace prever que la tendencia reducirá su acción a la política interna. El partido radical, que probablemente substituirá en el poder al grupo acaudillado por Tardieu, no podrá modificar el fondo de la acción exterior de Francia. Se halla atado por declaraciones anteriores, por la opinión pública y por la velocidad adquirida. De suerte que si por un lado aumenta la tensión, no cabe esperar por el otro un aflojamiento que la neutralice. Y hay que reconocer que después de las elecciones, la situación resulta, en lo que se refiere a la paz, menos favorable que antes.

Claro está que la ruptura o la continuación de lo que llamaremos en política internacional el actual *modus vivendi*, no depende solamente de Francia y de Alemania. En las dificultades actuales intervienen factores múltiples y complejos que sería largo definir y situar en su esfera respectiva. Todos los desacuerdos se entrelazan y forman parte del enigma general que nadie logra resolver. Porque si cada bando propone soluciones parciales que ponen a cubierto sus egoísmos, nadie propicia una fórmula susceptible de conciliar los intereses diversos y de ser aceptada por todos. Además, si se tratase de un conflicto único, ya estaría resuelto, en un sentido o en otro. El peligro del momento actual hace de la superposición de los pleitos de la interdependencia de los problemas, de la multiforme y compleja trabazón de avideces, rencores y desconfianzas, de la con-

fusión, en fin, en que se halla sumido el mundo después de una cruenta conflagración, que se anunció como la última y que hoy aparece, a ratos, como el prólogo de algo muy grave. Así puede decir el hombre de estado más discreto: «entre Abril y Agosto de 1932 se desarrollará la época más crítica por que ha atravesado Europa.»

Claro está que todo en la vida está sujeto a reflujos favorables susceptibles de cambiar de un momento a otro el rumbo de los acontecimientos. Nunca hemos sentido predilección por los vaticinios pesimistas y no hemos de insistir inútilmente sobre la nota ingrata. Ojalá se logre dar el golpe de timón que llevará la barca al puerto. Mientras llega la hora feliz, es bueno, sin embargo, que nuestra América sepa cual es la situación real de la política europea, a la cual se halla ligada, más o menos directamente, la prosperidad, por no decir el destino de nuestras repúblicas.

No es posible esconder que el enrarecimiento del ambiente se acentúa a medida que pasan las semanas sin que la Conferencia de Ginebra logre salir de su fermentación estéril. Los discursos herméticos, los viajes repetidos, los cabildeos interminables, aumentan el desasosiego y la ansiedad. Porque no se puede achacar el fracaso perenne de cuantas proposiciones se formulan a la incapacidad de los hombres o a la falta de interés por llegar a un acuerdo. Nadie busca, en realidad, la guerra. Pero apesar de la buena voluntad de todos, la asamblea ha llegado a lo que aquí llaman un *impasse*, a un callejón sin salida, de donde nadie acierta a sacarla. Hace más de tres meses que los jefes de gobierno se agotan en maniobras, fintas, promesas, y declaraciones vanas que sólo sirven para disimular, en el ambiente cauteloso, la oposición irreductible de los puntos de vista, el antagonismo inconciliable de las convicciones. Los ministros van y vienen, los expertos multiplican sus memoriales, el palacio de la Sociedad de las Naciones ve entrar y salir sin tregua fisonomías tristes o caras esperanzadas. Todo sigue, sin embargo, como el primer día, sin que se pueda citar, no ya una resolución, sino un indicio, un amago de acercamiento conciliante.

Se esperaban las elecciones, confiando en que de ellas saldría una indicación. Antes de comprometer el destino de los pueblos, los gobernantes querían conocer cuales eran las direcciones predominantes. El resultado de la consulta no es el más propio para calmar la inquietud. En Alemania triunfa el partido de las reivindicaciones nacionalistas. En Francia la ventaja corresponde a un grupo obligado a continuar la política que el

país ha seguido hasta hoy. Sólo asomará alguna modificación en las palabras, en las fórmulas aparentes, aquí más conciliantes, allá más retadoras. Pero las incompatibilidades inexorables, las oposiciones irreductibles, seguirán siendo las mismas. Y como todo ha de tener un fin, hacia el fin vamos, sin saber cual será, oprimidos por el temor de que se desencadene un nuevo cataclismo cuyas pavorosas consecuencias alcanzarían a toda la humanidad.—M A N U E L U G A R T E.

Niza, Mayo, 1932.

## «EL HOMBRE Y LA TECNICA»

**A**) *Cultura*.—El porte filosófico de Oswald Spengler es bastante conocido. Hanse comentado sus conclusiones en la cátedra, el libro, la revista y la conferencia. Ha llegado a ser, el estudio del pensador citado, tópico sobre el cual se ha gastado mucho tiempo, bello gasto, por cierto.

El título de la obra a que aludo: «Decadencia de Occidente», es pesimista y aterrador. Es rótulo de luminosidad eléctrica. Para él padece la civilización una fuerte fuga de «contenido» y de «naturalezas directoras.»

Los valores que pautaron hasta hoy el alma humana ya no existen, o más propiamente, mueren. Son sólo la envoltura, la palabra, el concepto sin vigencia, sin íntimo vigor. Son fantasmas conceptivos, esquemas descoloridos, cadáveres intuitivos. Vive el género humano un período retórico, de arcaico semblante. Donde se vaya el mundo ha perdido su afán de perfeccionamiento moral. Aunque sea demasiado rigoroso en estos juicios es necesario puntualizarlos.

La ciencia técnica y positiva del siglo pasado, no nos dió la «buena hora» (le bonheur o paz del corazón). Nos obsequió con comodidades materiales; pero nos dejó árido el espíritu. «La ciencia—dice un crítico francés—si no se le pone atajo, conducirá a la humanidad al suicidio, porque nos mata el corazón, el instinto, la fe, todas las fuerzas vivas del alma, todo lo que da al hombre valentía para vivir.»

La cultura es para el pensador alemán entidad de alcurnia biológica: nace, crece, enferma y muere. En tal virtud tiene una vida limitada en el tiempo. Y esta afirmación está comprobada a través de la historia. Varios son los casos que sirven de ejemplo ilustrador de la tesis spengleriana.



«Una cultura, según él, es además algo espiritual que nos levanta sobre la bestia humana y sus instintos, una manera superior de comprender la vida, algo como un alma que se manifiesta creando.»

El fino y sintético historiador, Alberto Edwards, dice comentando la obra citada. «La cultura europea, como las demás que han existido en el planeta, tuvo esa alma, es decir, una religión, una fe, una política, una noción de estructura social, ideas éticas, a la vez cristianas y caballerescas, sentimiento de lo que es el amor, la mujer, el matrimonio, la familia, la propiedad y la civilización.»

Y bien, todos estos valores que dieron alma a la civilización occidental están en falencia. Ya no sirve para vitalizar contenidos. Carecen de aroma espiritual, son flores agostadas.

b) *El concepto de crisis.*—La voz de Spengler ha sido apocalíptica. Desde la publicación de la obra nombrada, se ha sistematizado el lamento por nuestra propia indigencia espiritual. La civilización no responde a los supuestos en que se fundamenta y tiembla como algo que necesita severa revisión.

Los ideales ya no responden a una acción social. Por todas partes se ensaya crear valores y como estamos, sin duda, en el fin de una de esas «organizaciones culturales», asistimos a una especie de sepelio-nacimiento. Esta composición lexical es sólo de apariencia paradójica. Encierra una verdad profunda. Las siguientes palabras—así lo espero—van a servir de prueba a lo dicho, es decir, que se padece la honda crisis delineada.

c) *¿Agonía o decadencia?*—Pero el tañido funeral que se extiende anunciando la agonía, no debe meternos espanto en el corazón. Es menester reaccionar. Si, es cierto que vivimos en «una civilización—como dice el autor al que antes aludí—sin alma, porque es una civilización sin finalidades o, más exactamente, cuyos fines nos son exteriores y ajenos. Ello se debe a que la existencia contemporánea carece de meta. Va andando sin rumbo.

La vida ha dejado de ser un «camino» y se ha convertido en «habitación». Y esta metáfora es mucho más rigurosa de lo que se piensa al pronto.

La humanidad—ente ideológico y conceptual—ha perdido una de las más elevadas de sus preocupaciones: la religiosa. «Este mundo es el camino—dice Manrique—para el otro que es morada». Pero henos aquí que «el mundo» ha dejado de ser «camino». Se ha transformado de súbito en mansión, sin más, posibilidad que radicarnos en forma permanente y sin posible trasmigración. La religión de divina ha bajado de rango y es

apenas humana, y en este tránsito ¿por qué no decirlo? ha bajado de importancia, acaso perezca. La religiosidad no sólo se ha ausentado, tal vez para siempre de la víscera cordial humana, es decir, de la generalidad. Diferente, pues, la lidia entre el cielo y la tierra para conquistar el alma se ha perdido uno de los factores de más importancia afectiva y la época se mueve con movimientos de acento sensual. Parece que «el hombre por causa del sábado fué hecho» y no a la inversa como predica el evangelista. Se ha tergiversado nuestra situación: vivimos para el precepto, para la ley, cuando debieran ser precepto y ley, servidores del hombre.

La organización social es una máquina de espantable complicación y se ha sublevado contra su creador... Y lo tiene en estado agónico o lo hará pasar por un trance regresivo, de decadencia.

d) *El hombre*.—Pero es oportuno tratar del libro que sirve de título al propuesto juicio crítico.

El hombre es el rey de la naturaleza, dice la conocida sentencia. Pero el cáriz regio no pasa de ser una burla. «El hombre no es un simple; no es «por naturaleza bueno»; no es tonto; no es un semi-mono con tendencias técnicas, como lo ha descrito Haeckel y lo ha pintado Gabriel Max. «Es un ser diverso del mono. Es, expresándose con rigor, un forastero en el «sistema» de la clasificación biológica». «El hombre, en su destino, es decir, por su alma es un animal de rapiña». (p. 29).

Pero ¿cómo siendo de este linaje rapaz ha llegado a ser lo que es? Por su peregrinación evolutivo-histórica: «El hombre es el creador de su táctica vital. Esta es su grandeza y su fatalidad. Y la forma interior de esa vida creadora llamémosla cultura, poseer cultura, crear cultura, padecer por la cultura. Las creaciones del hombre son expresiones de esa existencia, en forma personal.» (p. 31).

Ya queda dicho aquí y más arriba lo que es la cultura; pero ¿cómo se generó? Es evidente que la compleja civilización actual, se debe a la técnica, producto del intelecto y de la mano.

Pero antes de continuar vamos a hacer un paréntesis acerca de las manos. Nosotros tomamos siempre las manos como motivo poético, posiblemente por reminiscencia de aquel verso del «cantar de los cantares»: son «sus manos como anillos de oro engastados de jacintos.»

Mas he aquí ahora que Spengler nos las presenta como un «arma»: «El hombre—dice en la p. 23—se ha hecho hombre por la mano. La mano es un arma sin igual en el mundo de la vida movediza».

Es atribuir grande importancia a nuestras extremidades superiores. El elogio no es precisamente lírico; pero es elogio... El filósofo al hablar del hombre, no olvida las manos.

e) *La técnica*.—Al flanco de la creación natural, se levanta la humana, la artificial. Esta actividad creadora, que se verifica «contra-naturaleza» y que nos asemeja a Dios, se llama técnica, cuando tiene por objeto la domeñación de las fuerzas naturales en beneficio de los grupos sociales. No es otra la idea de esta proposición: «Con la mano, el arma y el pensamiento personal, el hombre ha llegado a ser creador.»

Por lo tanto, el concepto «arte» se contrapone al de «naturaleza». Esto explica que el hombre con técnica más y más perfecta, se aleja de la naturaleza y su psicología, por ende, se artificializa, y su vida es la «historia de un rebelde», historia trágica, porque «la naturaleza es más fuerte» y «el hombre sigue dependiendo de ella.» Es tragedia, además, porque «la lucha contra la naturaleza es una lucha sin esperanza.»

La «técnica maquinista acaba con el hombre faústico y llegará un día en que se derrumbe y se *olvidarán* los ferrocarriles y los barcos de vapor, como antaño las vías romanas y la muralla de China, y nuestras ciudades gigantescas con sus rasca-cielos, lo mismo que los palacios de la vieja Memphis y de Babilonia. La historia de esa técnica se aproxima rápidamente a su término inevitable. Está carcomida por dentro, como todas las grandes formas de cualquier cultura». (p. 89).

Y, sin embargo, por la técnica se tienen las comodidades materiales que nos hacen más llevadera, «l'espace d'un matin», que es la vida. ¿Es la «aurora» que precede a la muerte o es el nacimiento de una nueva alma, alma que *olvidará* la forma de la civilización actual, como lo subraya Spengler?

f) *Vida y lenguaje*.—Vivir es un esfuerzo. ¿La vida consciente? Pura abstracción. La vida racional es singular, es soliprista con seguridad. El yo, un «retazo de vida»; trozo que no posee «comienzo ni fin». La ciencia explicadora de los primeros principios y de las causas finales—la metafísica—es ciencia que nos consuela poco. Somos sólo una parte de la colectividad vital; pero parte viva e independiente: «La vida—dice un sutil crítico portugués—no sería más que la conciencia de una sucesión de fenómenos sin comienzo ni fin, susceptibles de ser penetrados por nuestro espíritu...»

En esta sucesión de fenómenos que es la existencia, el lenguaje ocupa un lugar preponderante. «Hablar significa comunicar con otros el pensamiento.» El lenguaje es el medio de establecer la primera *empresa*: la de pensar.

Para Spengler «el lenguaje no se produce monológicamente, sino dialógicamente. Las series de oraciones no se siguen en forma de discurso, sino como diálogo entre varios hombres. Su finalidad no es una comprensión basada en la meditación, sino un mutuo acuerdo, por medio de preguntas y respuestas.» (p. 48).

El idioma es, después de enriquecerse, el conjunto espiritual que sirve para transmitir en forma verbal o escrita la experiencia de la humanidad, suponiendo como posible la transmitibilidad de la experiencia.

g) *Estado y empresa.*—Empresa es una reunión organizada de personas para ejecutar algo. Hay en el elenco empresario dos rangos de ejecutantes: de un lado el técnico, es decir, la persona que manda. Del otro costado está el grupo que obedece. De suerte que ha de reconocerse, según el pensador comentado, que existen dos modos de obrar en la empresa.

Es indudable que gobernar es una misión difícil, porque toda dirección, del linaje que sea, es un acontecer de doble faz. es mandar a alguien, ordenándole algo. En otros términos, hay un sujeto que ejecuta, lo que ha ordenado el director.

Se produce, por tanto, una diferencia natural de jerarquía «entre los hombres que han nacido para mandar y los hombres que han nacido para servir, entre los dirigentes y los dirigidos de la vida.»

Nuestra existencia viene adscrita al destino que le corresponde someterse. «Destino que nos condena a determinadas posiciones, concepciones y producciones». (p. 20). Somos «de una época, de un lugar, de una raza, de una índole personal.» No existe el «hombre en sí», abstracto.

La empresa social, el hecho de vivir en una sociedad, significa el asentimiento del hombre, sedentarismo que produce el «derecho del más fuerte, derecho que el más débil ha de seguir.» Derecho dictador de normas sobre el vencido, normas jurídicas que establecen la paz y la faena.

La paz, por consiguiente, consiste en la ordenación de las fuerzas de empresa. Ello requiere un instrumento: el Estado. Según nuestro autor: «el es orden interior de un pueblo para los fines exteriores.» (p. 57).

El hombre político es, por lo tanto, o mejor, debe ser naturaleza directora.

h) *La vida y su contenido.*—Acerca de la vida no se concluye de hablar ni escribir. Y ello es lógico, toda vez que cada cultura, época o nación, presenta una tonalidad singular.

Ha dicho Ortega y Gasset que «vida es lucha con las cosas para sostenerse entre ellas.» En este forcejeo con las cosas de-

bemos admitir un duelo entre dos universos. «La lucha de la naturaleza—dice Spengler—interna contra la naturaleza externa, ya no es sentida como una miseria, sino como gran sentido de la vida, un sentido que la ennoblece.» (p. 29).

De manera que nuestra condición de luchadores es la que le da «sentido» y la «ennoblece». Pero frente al espectáculo existencial, la civilización no responde, a pesar de su riqueza de comodidad exterior, al estilo vital que se siente nacer. El hombre padece de angustia por lo que vendrá. Acaso nunca en la historia se haya comentado más este estado de crisis humana. Es Nietzsche quien anuncia el advenimiento de la nueva etapa humana, con su célebre principio: «voluntad de poderío», caracterizado por la «lucha cruel y sin merced.»

El nuevo estilo de vida es lo que falta y esta falta debe ser la ideal imitación para los pueblos que sufren este violento cambio de semblante vital.

De allí, también, que la situación del alma humana sea dramática, porque pertenece tanto al mundo en «torno» como a su íntimo y particular hado o azar.

i) *Masa y personalidad.*—La división anotada: hombre que manda y hombre que obedece tiene raíces psicológicas hondas. No sólo se basa en la capacidad y diferenciación para el trabajo. Es necesario considerar asimismo, las calidades temperamentales.

Al referirse a este punto, Spengler se entusiasma y escribe: «El inventor quiere gozar para sí del triunfo sobre difíciles problemas de la riqueza y fama que el éxito proporciona.» (p. 75).

Las grandes victorias «son expresión de la personalidad y no del pensamiento utilitario de las masas, que se limitan a presenciar y han de aceptar las consecuencias tales como son.»

Al lado del «enjambre de espíritu nativamente directores», se desarrolla la masa. Esta no tiene vida organizada propia, de suerte que es indispensable que tenga quien la ordene. De lo contrario, es horda incapaz de acción constructiva.

No tiene futuro que es «el horizonte de los problemas», «como dice Ortega y Gasset; pues carece de ellos. «La vida que es una operación que se hace hacia adelante», se le presenta quimérica y abismática. ¿No se ha dicho de la masa que «es la ola humana»; que «tiene la ironía de la nube»...

j) *Maquinismo.*—Hemos indicado que el «arte» se levanta como un valor contra-natural; que la técnica es el resultado de la ciencia positiva y pragmática; que el hombre se ha apartado de las fuentes de la contemplación y su alma se ha urbanizado

en las calles y ágoras; que el campo padece orfandad de brazos y cerebros.

La civilización desemboca torrentosa a causa de la técnica maquinista, cuyo desarrollo «ahora marcha hacia su plenificación, hacia su término». «Nos hallamos hoy—continúa—en la cúspide, allí donde comienza el quinto acto. Las últimas decisiones sobrevienen. La tragedia acaba.» Porque no debemos olvidar que toda gran cultura pertenece al género trágico, según el pensamiento spengleriano.

El señor del mundo—el hombre—que ha forjado sistemas científicos y creado religiones; que ha conquistado y descubierto continentes, se encuentra en trance de agotamiento espiritual: «es el esclavo de la máquina»: Esta, cual el personaje de D. Miguel de Unamuno, se ha levantado en guerra contra su padre intelectual. ¿Quién va a triunfar? ¿El hombre o la mecánica organización?

k) *Alma faústica*.—El método es de amplias comparaciones sintéticas. A veces es sólo signo elíptico, tal es su laconismo. Procede más bien por intuición que por observación.

Las culturas son el alma de las civilizaciones. Es lógico que estas culturas *devengan*, se transformen desde el acto bautismal hasta el acta de defunción. Es lógico, asimismo, que a cada civilización corresponda un alma con fisonomía peculiar.

Spengler llama *alma apolínea* a la que dió origen a la civilización griega; *alma mágica* a la de los árabes, y *alma faústica* a la de la cultura occidental. El historiador Alberto Edwards, dice a propósito: «La primera, eminentemente plástica, se deleita, como hemos dicho, en la armonía de lo cercano y lo presente; la segunda se siente en un mundo rodeado de misterios, juguete de las fuerzas ocultas, y su fórmula es la magia, la cábala. La tercera, toda función, movimiento, se complace en las perspectivas lejanas, como si aspirase a identificarse con lo infinito, en el tiempo y en el espacio.»

Pero esta «alma faústica», enamorada de lo ilimitado, constructora de una civilización, va agotando su propio destino. Es un alma moribunda. ¿Qué impulso darle para que se renueve? ¿Qué alma vendrá a remplazarla? De ¿qué composición cultural va a ser la nueva psiquis colectiva?

l) *Gloria, hazaña, historia*.—Es frecuente que la gente del pueblo diga: «más vale una vida corta, pero chicoteada». Con lo cual indican de una manera bastante plástica que su concepto de la vida es una especie de carrera veloz que, dado sus duras peripecias, es preciso andarla lo más ligero que se pueda.

Recuerda Spengler el pasaje en el cual se interroga a Aquiles,

si prefería una vida larga o breve. A lo que respondió: es mejor vivir poco con hazaña y gloria, que soportar una vida larga.

La humanidad arrastra pesadamente una cultura de alma corroída, sin gallardía, pues carece de vigor vital.

Es hacedero que cuando un hombre desempeña un puesto lo renuncie, o se retire. Pero en la vida no cabe renuncia, toda renuncia es una especie de suicidio. Y ¡vaya que hay clases de suicidios!

La historia universal no admite «marchar atrás», para usar una frase automovilística. «El tiempo y, por consiguiente, la vida no son reversibles». «La historia del hombre en conjunto es trágica». «El tiempo no puede detenerse; no hay prudentes retornos, no hay cautelosas renunciaciones. Sólo los soñadores creen en posibles salidas».

La forma apodíctica en que está dicho, el acento de ensueño un tanto místico parecen anunciar un hundimiento social. «El peligro—dice—es grande y es deplorable pretender engañarse.»

La gloria del hombre actual está, en consecuencia, en vivir de cara ante este terrible anatema de ocaso cultural; en no desmayar ante la trágica agonía que hoy cursa la vida colectiva.

m) *Optimismo y cobardía*.—A esta «altura de los tiempos», no es posible mantener optimismo. ¿Cómo juzgar las cosas bajo el aspecto favorable? Todo es infausto. Carecemos de una dirección vigorosa, de una finalidad elevada. Vamos por la senda obscurecida de las comunes angustias.

El universo está plagado de imperfecciones. Los arquetipos ejemplares son pocos numerosos. La vida ha perdido su valor eterno y es sólo lo que es: entidad temporal cuya caducidad se prevee como irremediable «aniquilación».

¿No es cobardía mantener ideales, cuando éstos han decaído hasta quedar vanos de importancia?

Sería candidez taparnos los ojos o volver la espalda a una realidad áspera en demasía.

n) *¿Vuelta a la naturaleza?* —La civilización mecanicista ha llegado a una verdadera saturación. La cultura—su alma—carece de supuestos vitales que le den un «sentido». La humanidad va a la deriva. Domina por doquiera un sentimiento trágico de la vida» para usar del sugerente título de una de las obras medulares del catedrático salmantino.

El hombre de hoy ha adoptado una actitud de fuga ante tanta complicación. Busca formas sencillas de existencia. Se regresa a la madre naturaleza en ademán de arrobadora contemplación. Las personas de talento se dedican a las puras y desinteresadas especulaciones metafísicas.

El hombre se repliega en sí mismo y deja las actividades sin «alma», para refugiarse en la humildad, pero sana realidad.

La ciencia y el arte deben buscar el verdadero sujeto de sus preocupaciones: el hombre. Porque hasta ahora la civilización ha ido omitiendo el humano componente y se ha «deshumanizado», hasta llegar a lo que es en la actualidad: civilización automática e impersonal.

¿Será menester insistir en comparaciones históricas para encontrar el medicamento de los males que aquejan a los pueblos? ¿Será necesario retornar a la naturaleza, como lo han formulado profetas y pensadores? ¿Quién podría predecir el rumbo de los días que vendrán?

ñ) *Conclusión.*—He tratado de exponer el pensamiento de Spengler. Tengo la impresión, un poco penosa, que no he sabido cumplir. Es la tesis del autor de gran complejidad. De modo que si he logrado aclarar algo su modo de considerar al «hombre y la técnica» sería para mí satisfactorio. El propósito ha sido ese: dar una visión sintética sobre tema tan grávido de significado: la «filosofía de la vida.»

No es oportuno que insista sobre la metodología del autor estudiado. Debo agregar que, como pensador intuitivo, se eleva, en repetidas veces, a las puras regiones de la poesía.

Spengler, a pesar de su actitud de pesimismo filosófico, contribuye a fertilizar nuestra mente y nos obliga, dado al espíritu de contradicción, tan común en nosotros, a adoptar propósitos de pulcritud crítica acerca del momento en que vivimos.—N. PINILLA.

## AMERICA EN EL LIENZO

DAVID CRESPO GASTELÚ

**P**OR razón de su verticidad, la influencia occidental se expande hacia todos los confines. Domina, se afirma, resbala, matiza, en continuada resonancia la vertebración espiritual del mundo.

Pobre en vigor ideal, más rica en materiales energías, la del Norte nos penetra activamente por mecánicos impulsos movida.

Entre ambas calidades habría de fluctuar lo americano: materia, espíritu, que vienen de afuera hacia adentro.

No es ésta, por fortuna, la realidad. Rompiendo férreas leyes, liberándose del ritmo actual, existe, sin embargo, una recia



y primitiva fuerza de enérgico vigor, un soberbio terral que ciñe en ancho abrazo las obscuras potencias anímicas del alma americana.

«Standard», progreso, «confort», de afuera. Pero emoción, capacidad artística, belleza, de lo interior. Cuando no riqueza intacta de vernáculos melodías, temario maravilloso de nuestra pictórica, que por nuestra es múltiple, diversa, rica en el colorir.

América, la nuestra, sustentada en espléndidos paisajes físicos. América, la nuestra, animada por profundos sentimientos de fidelidad hacia su magnífica grandeza natural. Tierras que ascienden hacia el cielo; tierras que se recuestan sobre el mar Cumbre y llano; sierra y pampa. Trópico de las lujuriosas vegetaciones. Altiplano de las profundas soledades.

Si alguna definición hubiera de darse al sentido último de la pintura americana, diríamos que ella debe ser—no lo es aún—esencialmente regional. En lo geográfico, en lo humano, en lo típico, distintas características constituyen lo representativo de las valencias regionales. Interpretar esas calidades, lo que de particular existe en ellas, es hacer pintura americana.

México en Diego María de Rivera; el Perú en Sabogal y en Camilo Blas; Argentina en Gutiérrez Gramajo; y ahora, sin pretensiones, modesto, honradamente afirmado en su arte, David Crespo Gastelú—Bolivia—agudo intérprete de la altipampa boliviana. De la altipampa que se alza más allá de las altas sierras, en el áspero y bravío dorso de la cordillera. Cuatro mil metros verticales.

Meseta de vastedad oceánica en el corazón del Ande, no han teñido aún la paleta los pinceles capaces de dar forma a su tremenda arquitectura, de impetuosa, irregular morfología.

Mundo exterior gravitando duramente sobre los hombres. No misticismo occidental. Temor de Dios que, como en las legendarias teogonías, descansa en la presión cósmica de todas las fuerzas naturales. Fornida roca. Montaña que se yergue. Llanura escueta. Látigo del viento.

Elemento vital soportando la presión del contorno físico, el hombre de la altipampa lleva en su interior la limitación de una actitud racial contenida, que no quiere vivir la civilización contemporánea. Orgullo aimará aprisionado en su fiereza, en sus ancestrales vivencias. El residuo europeo habita la urbe. El indio—auténtico poblador altipámpico—se asienta estoicamente en las elevadas mesetas, donde alienta todavía el heroico espíritu de los Apus, creadores de la pretérita grandeza americana.

Este sujeto humano que soporta tremendamente la energía

física del medio geográfico, y huraño en su sobria soledad, constituye la verdad temática de la pintura de Crespo Gastelú.

Espíritu de la tierra. Pero también espíritu de su poblador, Difícil dualidad que el artista logra en mérito de una concentrada observación, de tenaz, perseverante, estudio en innúmeras investigaciones fraguado. De aquí que pueda dar movilidad a un paisaje eminentemente americano, que le es familiar.

No hay «snobismo» ni postura preconcebida. El conocedor acumula materiales; el intérprete los ordena y los configura. Identificado con su arte y con el medio que lo nutre, Crespo Gastelú da espléndidas versiones del alma y el paisaje aimarás.

No acude a viejas técnicas, gastados cánones o sabias influencias, valiéndose, por lo contrario, con inteligente comprensión artística, de un más dócil instrumento para realizar su obra. Es la suya una pintura elemental, de noble simplicidad, cuyo alimento plástico, es frugal, siendo, en mérito de estas condiciones la llamada a expresar este mundo parco, sobrio, patético que es la vida aimará en el ancho escenario de la altipampa. Actitud vital aguda, fresca, espontáneamente captada; ambiente primitivo, seguramente, en permanencia de novedad por lo característico, que encuentra en sencillas formas expresivas su más absoluta posibilidad real.

Por su clara retentiva de lo indígena, el artista, en pocos trazos, con dibujo limpio, nítido, diáfano, precisa los rasgos esenciales de motivos entrevistos, mediante fina percepción visual.

Línea depurada, de consumado dibujante, que se rustifica a veces para mejor reflejar la tosca y grata cordialidad del panorama primitivo. Línea hábilmente estilizada que es toda una técnica de estudio psicológico. O un secreto para animar el lienzo con movibles actitudes.

Colores planos, uniformemente desplazados, que tienden a lo decorativo, sin bruscos agolpamientos, es el suyo un poético y dulce cromatismo que tiene la suavidad, la indefinida tristeza del medio.

Crespo Gastelú abarca diestramente zonas físicas y espirituales. En todos sus lienzos arde la llama suave de la emoción indiana, parca, sobria, en apariencia siempre contenida, siendo, sin embargo, la que más activamente se realiza en relación al lugar.

La vida, el escenario aimará, constituyen esta pintura con la grandeza de su soledad, con la sobriedad de su movimiento. Paisaje, vivienda, indumentaria, actitudes, matices, todo es retenido por este sagaz observador que está creando una sana, vigo-

rosa versión del universo indígena tan recia y singularmente afirmado en lo aimará.

Bolivia en Crespo Gastelú. Pero América en sus lienzos. América, temario artístico de viva riqueza emocional. América, mesurada y enérgica anticipación de una cultura que se nutre en jóvenes y cálidas raíces.—FERNANDO DIEZ DE MEDINA.

La Paz (Bolivia)—1932.

## ASPECTOS DE LA LITERATURA RUSA POST-REVOLUCIONARIA, PILNIAK Y GRADKOV...

**L**A humanidad actual vive una etapa nueva: la vida cambia sin cesar, pero parece que en determinadas épocas y lugares este proceso de renovación vital se acelera; produciéndose formas de vivir casi enteramente inéditas y opuestas a las anteriores.

La humanidad entera es una incógnita, y lo ha sido siempre.

Hoy día, Rusia es una incógnita de la humanidad; Rusia y EE. UU.

En ambos países la vida está adquiriendo tonalidades nuevas y matices imprevistos. Los rusos y los yanquis viven una vida de avanzada, seguramente no la mejor; pero sí la última y la más nueva a que se ha llegado en nuestro planeta. Estados Unidos, el gran representante del capitalismo; con una raza que consulta las mejores del mundo, y Rusia que se dice portadora del comunismo, y que aun puede llegar a algo nuevo e inesperado; son sin duda los dos grandes sujetos históricos del momento. Son los dos países que sacan fuerza del presente y juegan con la historia.

Sea como fuere, el hecho es que las vivencias más novedosas, las reacciones humanas más inesperadas e interesantes, se producen en estos dos países.

Del punto de vista literario en ninguna parte del mundo la vida ofrece un espectáculo más joven y fuerte que en Rusia. El novelista es ante todo un enamorado de la vida, y ante el novelista ruso contemporáneo la vida está bailando una danza fantástica.

¿Es la revolución rusa un acercamiento hacia Occidente, o Rusia da una solución asiática a sus problemas?

¿Es el movimiento actual una continuación del iniciado por Pedro el Grande, o constituye el comunismo una nueva lepra oriental?

Desde el punto de vista externo, el caso de Rusia es el de un pueblo semibárbaro que ha adaptado y adapta con una violencia inaudita, los procedimientos civilizadores y la alta técnica de Occidente; sin haber dado una solución propia a ninguno de los grandes problemas de la cultura, y estando sólo en vías de hacerlo. Pero el ruso no busca en la máquina lo que busca el occidental; el ruso, aunque hace *meetings* contra Dios, está indudablemente poseído de un fervor religioso de gran alcance. Un pueblo que niega en manifestaciones públicas la existencia de Dios, es porque lo tiene muy presente.

Rusia desprecia a Occidente y al mundo entero; se cree el pueblo elegido, el portador de una nueva cultura. Este desprecio se convierte en amor a las masas humildes de todos los países; lo que encubre un positivo resentimiento a las minorías creadoras de la cultura.

La revolución rusa tiene como antecedente la liberación de las masas, pero esto entraña también la negación, la repulsa a la Cultura de Occidente, que es toda ella aristocracia.

El tema de la superioridad de la raza eslava sobre la Cultura Occidental ya decadente, es el *leit motiv* de las mejores novelas rusas del siglo XIX.

Dostoiewsky no lo podía disimular cuando decía en los salones literarios de Europa, ante un público de damas elegantes y poetas lánguidos y perfumados:

«El último de mis mujiks, vale más que todos vosotros.»

El gran novelista resume en los labios de Ivan Karamasoff lo opina de Europa y su cultura:

«Me voy a Europa—dice Ivan Karamasoff a su hermano Alioschaya—sé que voy a un cementerio, pero sé también que es el más querido de todos los cementerios. Allí están sepultados muertos antiquísimos. Las lápidas de sus tumbas hablan de una vida pretérita tan cálida, de una fe tan apasionada de sus propias hazañas, en la propia verdad, en la propia lucha, en el propio conocimiento, que, lo se de antemano, me prosterñaré en el suelo y besaré esas piedras, regándolas con el llanto.»

---

Los escritores rusos contemporáneos pueden dividirse en varios grupos:

Los emigrados que combaten al régimen soviético, entre los

que se cuentan Ivan Bunin, Mereschkowsky, Kuprin, Schmeliov, Remisov, etc.

De todos ellos sólo Ivan Bunin ejerce influencia en los literatos rojos. A pesar de ser anti-bolchevique a Bunin lo prefieren en Rusia casi todos los escritores jóvenes.

Otro grupo lo formarían los escritores rusos del antiguo régimen, que al producirse el movimiento revolucionario de Octubre, en lugar de huir, han preferido aprovechar los materiales abundantes que ha suministrado el nuevo orden social. Se puede citar entre ellos a Prischvin y a Sergeief-Zensky.

El resto de los escritores están en su casi totalidad con la revolución. Su punto de divergencia son las relaciones con el partido, y las tendencias personales al enfocar el movimiento revolucionario.

La literatura rusa de extrema izquierda, netamente comunista, está formada por la Wapp (Federación Panrusa de Escritores Proletarios), entre los que conocemos a Alejandro Fadiiev, autor de *La Derrota*, y a Levedinsky con *La Semana*.

Con iguales tendencias y divergiendo sólo en el estilo, el grupo de escritores La Fragua—cuyo máximo representante es Fedor Gladkov—hace la propaganda más o menos artística del régimen soviético.

Pero el grupo de escritores de mayor éxito en Occidente, y cuya labor literaria trata de substraerse al rumbo propagandista y pedagógico, que impone el partido a los escritores que forman en sus filas, es el de los *poputschiki*, o sea aquellos escritores que sin aceptar del todo, la doctrina comunista, ni mucho menos las directivas del partido, *marchan con la Revolución*.

Sus principales representantes son Constantino Fedin, Boris Pilniak, Vselvolod Ivanov, Leonidas Leonov, Lidia Sifulina, Zamiatin, Ilia Erenburg etc.

Existe entre ellos tendencias de izquierda y de derecha, pero estas son terminologías políticas; lo que hay es una realidad—la revolucionaria—apreciada por escritores de temperamentos diferentes.

Hay escritores como Zamiatin, Boris Pilniak que miran irónicamente el régimen actual. Aplauden con tibieza, son muy amigos de la comparación, y están a la expectativa modificando sus juicios al menor fracaso.

Zamiatin ridiculiza abiertamente al funcionario soviético en su *Fitá*.

Un buen día el funcionario Fitá omnipotente y optimista, conversa con algunos cocheros de punto: «El punto se hallaba

junto a la catedral. Un cochero miró hacia el monumento levantado en honor de Fitá, miró luego a la catedral, y dijo a Fitá:

Pues ya ve... Hace poco lo estábamos hablando. Nos resulta muy molesto tener que dar un rodeo para llegar al otro lado de la catedral. Nos hacía falta un camino que atravesase la plaza....

Fitá era pronto en sus decisiones, veloz como un proyectil... Inmediatamente, a la oficina, al pupitre. ¡Y ya está listo!»

Bando N.º 741:

«Queda ordenada, a partir de esta fecha, la inmediata desaparición de la catedral, de origen completamente desconocido, sin que valga en contrario ningún decreto que anule el presente bando. Sobre las ruinas, se trazará un camino recto que pueda ser utilizado por los señores cocheros de punto.

Para evitar entorpecimientos; la realización de lo arriba dicho debe ser encomendado a los sarracenos.—Fitá.»

Una vez terminado el camino, en unos postes de negro y amarillo escribieron esta leyenda:

«En tal año, mes y día, el gobernador ejercitante, Fitá, ordenó el derribo de una catedral de origen desconocido que se alzaba en este lugar. Y el mismo Fitá ordenó construir este camino, con el fin de facilitar el tránsito a los cocheros de punto. El trayecto de los coches fué acortado en unos cien metros.»

La plaza del mercado adquirió así, por fin un aspecto de civilizada.»

Muchos y muy interesantes decretos dictó Fitá en su gobierno. El último, y a cuyo rigor él mismo no pudo librarse, es el siguiente:

«Bando N.º 980.

«Vengo en disponer, que desde el día de mañana, todos los habitantes de la provincia de mi mando, se vuelvan completamente idiotas.— Fitá.»

Escritores como Zamiatin son los que hicieron hacer a Trotsky algunas declaraciones singulares.

He aquí lo que en cierta ocasión escribió Trotsky de los intelectuales:

«Son hombres que sólo sirven de estorbo. Con sus dudas eternas, con sus afirmaciones tímidas, con sus negaciones condicionales, sirven sólo para embarullar, para hacer perder el menguado seso de que dispone la turbamulta humana.

La gente se ha acostumbrado a admirarlos, y hasta a venerarlos, sin darse cuenta de que todos los artistas son unos zán-

ganos, unos parásitos que sólo sirven para perder el tiempo y hacerlo perder a los demás.»

«El arte puede, a lo sumo, entretener y admirar a los niños, y a los hombres que no han alcanzado un nivel intelectual elevado.»

«Los intelectuales son unos camaradas que no sirven para nada útil o que, en caso contrario, se pasan la vida burlándose de sus conciudadanos y de la humanidad entera.»

«En Inglaterra se envanecen mentando a Milton y Shakespeare; en España nombrando a Quevedo; en Italia se venera a Petrarca.

Ninguno de estos hombres sintió amor por sus semejantes, ni a ninguno le importó un bledo el destino de la humanidad. ¿A qué cuidarse de ellos?»

Esto es lo que escribió en cierta ocasión el compañero Trotsky, condenado ahora a ganarse la vida escribiendo voluminosos libros.

---

Boris Pilniak es un *escudero* de la literatura rusa. Se llaman escuderos o acompañantes en la moderna literatura rusa, a los escritores no formados en el comunismo, pero que se han sumado a la causa de la revolución.

Su novela *El Año Desnudo* lo coloca entre los mejores escritores de la revolución. Después publicó *Caoba*, que fué duramente atacada por los comunistas y le costó, perder el puesto de presidente de la Sociedad de Escritores Soviéticos. Duramente atacado por esta obra, Pilniak se ha reconciliado con la revolución y con el partido, en su última obra y la más notable, considerada por la crítica alemana como la mejor novela de la post-revolución. Esta novela es *El Volga desemboca en el Mar Caspio* de la cual *Caoba* constituye un capítulo.

En *Volga...* Pilniak hace desfilar a una serie de personajes del antiguo régimen, que a medida que tropiezan con el nuevo estado de cosas se van suicidando... El asunto de la obra es el siguiente:

Algunos ingenieros se proponen cambiar el curso de un río; empresa netamente revolucionaria y que es un símbolo de la revolución misma.

Alrededor del río se junta gente que está a favor, o que oculta un resentimiento invencible al nuevo estado de cosas.

*Volga desemboca en el Mar Caspio* es una epopeya simbólica. Todo sucumbe en ella, partidarios y enemigos, y todos apare-

cen ante el lector con suficientes méritos para imponer su sistema de existencia.

Boris Pilniak, continuador, en cierto modo, de Dostoiewsky, no hace distinguos de simpatía entre comunistas y no comunistas; presta atención al sufrimiento humano, a la experiencia extraña, venga de donde venga.

El monolito que cambiará el curso natural del río se construye, pero va dejando tras de sí un reguero de cadáveres, de vidas destrozadas para siempre, de pasiones venenosas, que atacan con igual fuerza a los de la izquierda y a los de la derecha.

Pilniak, prescinde de la meta revolucionaria, del fin, del llegar. Sólo quiere observar regocijado o triste, pero siempre comprensivo. Pilniak es un espectador emocionado de la maravilla vital que se aparece ante sus ojos. El mismo parece que quiere comunicarnos su fórmula mental en su obra anterior. *El Año Desnudo*, por boca de Andrés un joven noble del antiguo régimen, que vive muy a su gusto en la realidad revolucionaria:

«Renunciar a todas las cosas, no calcular más el tiempo, no poseer nada, ser igual que un mendigo, no vivir más que para ver; comer no importa el qué, patatas o agrias coles, vivir en cualquier choza libre o esclavizado. ¿Qué importa? La tormenta podrá trasformarlo todo, pero el alma debe seguir fría y serena, capaz sobre todo, para ver.»

«En *Volga...* existe la obra revolucionaria, cambiar la ruta natural del río, pero ella es sólo el motivo que reúne a la gente. El escritor da importancia en su obra a la experiencia individual.

En *Volga...* hay frases reveladoras:

La pequeña Lissa pregunta a su padre, el ingeniero Laszlo al servicio de la revolución:

«¿Díme papá, vivimos nosotros o jugamos? Mira, mamá y tú vivís, y Miska y yo jugamos a las muñecas.

¿Es también vivir lo que hacemos Miska y yo, o nada más que jugar?

La técnica de Pilniak es novísima, no se desdeña ninguno de los recursos modernos. Su prosa es nerviosa, objetiva, cinematográfica. Tiene una franca tendencia a la caricatura de alto estilo. Lo mismo que Constantino Fedin en *Las ciudades y los años*, Pilniak coge todos los capítulos de *Volga...* y los baraja como un naípe. Personajes que se mueren pueden aparecer capítulos más adelante tomando el desayuno.

En *El Año Desnudo* aparece el subconsciente revolucionario,



el gran papel que desean los rusos para su tierra, el resentimiento contra la cultura europea y la nueva tabla de valores.

Un personaje sostiene:

«Nuestros grandes pintores han sido mejores que Vinci, Corregio Perugino; aquellos grandes pintores fueron Andrés Rublef, Prokop Chenin y todos los pintores anónimos de Novogorod, Skof, Suzdal y Kolomna, cuyas obras están dispersas por todas las iglesias, por todos los conventos.»

«También he estado en Europa», continúa, he viajado mucho por el extranjero y me he sentido perdido. Llevan los hombres sombreros hongos, levitas, fraques, smokings; hay tranvías automóviles, elegancias *chic*, hoteles con todo confort, con restaurantes, salas de baño, bares, ropa fina y un personal numeroso de mujeres para satisfacer los gustos depravados de los clientes. Todo está muerto, no queda más que mecánica, técnica, confort...»

«El arte europeo de hoy es en pintura el cartel o alguna protesta histérica; en literatura, la bolsa los espías, lo obsceno con retórica nueva, o bien aventuras entre salvajes. La civilización europea es un callejón sin salida. Desde Pedro *el Grande*, Rusia ha querido adaptarse a esa civilización. Rusia no la aceptará nunca en su esencia. La revolución ha puesto frente a frente: Rusia y Europa...»

En otros pasajes se interpreta el movimiento revolucionario como algo que no tiene nada que ver con la Europa ni con la Rusia civilizada. Alguien habla en una reunión y dice fuera de sí:

«No existe la internacional, no hay más que la revolución popular rusa, nuestra revolución, eso es todo lo que hay.»

¿Y Karl Marx?

¡Karla Marxoff es un alemán, es decir un estúpido jumento!

¿Y Lenín?

¡Lenín salió de los mujiks; ese es un bolchevique! ¡Vosotros no sois más que comunistas!»

A un intelectual comunista la revolución le parece un cuento:

«Mirad lo que ocurre a nuestro alrededor. La Rusia de hoy vive un cuento que inventa el pueblo a su placer. Es el pueblo quien crea la revolución, y la revolución se desarrolla como en los cuentos.»

«¿Es que el hambre y la muerte no tienen el aspecto de cualquier cuento? ¿Es que en su retroceso al siglo XVII, no mueren las ciudades como en los cuentos? ¿Es que no reaparecen las fábricas como en los cuentos?»

Un escritor que afronta los mismos problemas que Pilniak,

dándoles, eso sí, una solución más convencional y colectivista, y más optimista también; es el cantor de la revolución de Kuban: Fedor Gladkov.

*Cemento* de Gladkov, es la brusca presencia del bárbaro ruso en el campo del maquinismo y la supercivilización.

*Cemento* es una síntesis del esfuerzo anónimo en la marcha revolucionaria.

Gladkov enaltece y avalora la experiencia colectiva, prestando cierta atención a las dudas individuales, al par que despreciándolas.

Glieb, el personaje central, es el héroe obrero-soldado-campesino. El hombre nuevo, fuerte, rebosante de actividad y algo convencional.

En las novelas de Gladkov, el intelectual sabe sobreponerse a su propia sensibilidad y ayudar al movimiento revolucionario; de lo contrario sufre el riesgo de ser fusilado o ser puesto en ridículo por el autor.

Se hace una requisición en la casa de un viejo intelectual ratón de biblioteca, padre de uno de los comunistas encargado de desvalijarlo. No ofrece la menor resistencia; al contrario se cree en la obligación de declamar:

«La verdadera libertad, amigos míos, reside en la negación completa de las imágenes geométricas y de sus encarnaciones materiales. Los comunistas son sabios y fuertes, porque han trastornado toda la geometría de Euclides. Los apruebo y los amo por su alegre revolución, llevado a cabo contra la perpetuidad y contra todas las formas del fetichismo.»

Refiriéndose al saqueo de que es objeto, agrega:

«No dejéis nada amigos míos, seríais inconsecuentes, y eso me haría daño. Estar sujeto, aunque sea sólo por un pedazo de hilo podrido al muro de un cabo, de un prisma, de un triángulo, es más espantoso que ser asfixiado bajo estos montones de cosas.»

Una muchacha que llega en un buque inglés conversa con un comunista en el muelle, y le dice:

«Hay entre vosotros tantos héroes y tantos malhechores, y también tantos caníbales.»

«Sea, dice el comunista, pero marchamos hacia los siglos. Los malhechores que están entre nosotros, serán olvidados, pero se recordará a los creadores y a los héroes. La inmortalidad es el sufrimiento y la sangre. Somos los hombres de la acción despiadada y nuestros pensamientos, nuestros sentimientos, lo que se llama necesidad es la incontestable verdad histórica.»

Se trata de aprovechar al hombre como se aprovecha una máquina, para el triunfo de la revolución. Se aprovecha la fuerza, venga de donde venga:

Un grupo, de comunistas se acerca a un buque inglés a convencer a los marineros. Oigamos lo que dice el jefe mientras avanzan hacia el buque en una lancha a gasolina:

«Son trecientos sobre ese barco y catorce oficiales. Cuando se han negado a recibirles en Tuapse, han dicho: «El barco no regresará. Que nos lleven aquí o allá. Desembarcaremos y que nos fusilen si quieren.»

«Esto dicen los tripulantes. Es magnífico. Nos traen ahora una fuerza prodijiosa. Es preciso acogerla. Acogerla y transformarla.»

.....

«¿Ves? El trabajo huele en todas partes igual. ¿No es verdad, inglés?

¿Qué palabra tenéis para llegar al fondo de vuestra alma? ¿Cuál es vuestra palabra de mayor significación? Grandes, cosas, grandes palabras. Así, camaradas ingleses, hay que plantear la cuestión.

Nosotros somos indigentes, comemos carne humana, para no morirnos de hambre, pero tenemos a Lenín.

¡A Lenín, inglés! ¿Dónde está vuestro Lenín!»

En *Cemento* no hay dudas sobre la revolución. Se pasa por sobre la injusticia, el hambre, la traición, la muerte; lo importante es llegar a la meta, o por lo menos acercarse a ella lo más posible.

Trabajo, fuerza, optimismo. Se hace el doble de lo que se exige, porque se trabaja para vivir, sino para hacer triunfar la revolución; para hacer triunfar la Rusia sobre el mundo entero.

El obrero Glieb habla en un *meeting* monstruo, y dice palabras pesadas y rotundas como puñetazos.

«¡Debemos recobrar nuestro puesto en Europa, camaradas! Debemos llegar. ¡Nuestra sangre ha sido la señal, nuestra sangre ha incendiado el universo!

Construiremos el socialismo camaradas y nuestra cultura proletaria.

¡Marchamos hacia la victoria camaradas!»

Gladkov es el discurso, el manifiesto de la revolución, no propiamente su estricta realidad; sin embargo en su obra hay mucha fuerza.

En su novela *La Nueva Tierra o El diario de una Maestra*, Gladkov intenta hacer el perfil del hombre nuevo, que según él está en vías de producir la Rusia de los Soviets.

En esta obra lo pedagógico, convencional y amanerado llega a extremos desagradables.

Gladkov, empieza por pedir un lenguaje nuevo, para pintar el nuevo estado de cosas.

«Quisiera relatar lo vivido con palabras nuevas, con esas palabras que han sido pronunciadas por alguien en alguna parte, pero que, sin embargo, permanecen escondidas en lo ignoto de imágenes vetustas.

Las palabras sobreviven a las mayores revoluciones, y a series enteras de generaciones.

Las clases mueren, pero las palabras siguen viviendo aún mucho tiempo.

¿Cuándo alcanzará la humanidad tal armonía en sus acciones que la revolución de la vida se traduzca parejamente con la revolución del verbo?

¿Pero qué le vamos a hacer?

Dejemos ésto... Hablaré de las cosas nuevas con palabras viejas.

La novela está hecha a base del diario de una maestra que está a cargo de la casa-cuna y jardín infantil de una colonia agrícola comunista, que se llama *La Nueva Tierra*.

Gladkov, como Lidia Seifulina, en su *Virineya*; nos presenta el tipo de mujer soviética, que quiere tener un hijo a toda costa.

La mujer que desprecia al marido, al amante y al hogar; y que sólo pide al hijo que saldrá redimido de todas las miserias; que no conocerá la etapa de la lucha, de la indecisión, del hambre, de la duda.

El nuevo ser que vivirá en pleno triunfo revolucionario. El hombre de una época nueva; quizá el forjador de una nueva cultura.

Oswald Spengler dice que en la etapa final de una cultura, la mujer no quiere tener hijos. En Rusia la mujer busca afanosamente el hijo dentro o fuera del matrimonio. Su existencia se le hace forzosa, inmediata. Sólo en el hijo puede ella hacer verdadera obra revolucionaria. Crear el nuevo tipo de hombre.

Las páginas declamatorias, falsas, convencionales abundan en la obra. Un hombre que se ausenta para estudiar nuevos adelantos agronómicos para usarlos en beneficio de la comunidad, le dice a su esposa al despedirse:

Admitamos, pues, que te enamores... Bueno, pues... Tú, Lushok, puedes disponer de ti libremente.... Yo no puedo obligarte.... Para esos somos los dos comunistas. Pero una cosa te pido, nada de secretos. Que no sea un adulterio vulgar....

Eso según nuestra manera de ver las cosas, es peor que el robo a la propiedad colectiva. . . .»

En la comunidad se asiste a gestos de gran solidaridad:

«Los obreros decidieron con aclamaciones entusiastas trabajar una hora más, y rebajar en un veinte por ciento los jornales.»

Esta es sin duda la ventaja moral del obrero comunista sobre todos los obreros del mundo. Estos últimos no trabajan por ningún ideal, apenas para vivir mediocrementemente y conservarse vivos.

También aparece en las páginas de Gladkov, el mujik, todo recelo y reacción; que exclama al ver las potentes máquinas, que fecundan la tierra:

«Oh! En nuestro tiempo; como temíamos al pecado! Temíamos a Dios, entonces, y recibíamos al padrecito con temor; pero ahora!

. . . Esos caballos infernales!

¡Mira cómo deshacen, cómo rompen el cuerpo de la madre tierra!

¡Con truenos, con fuegos, con estallidos. . . !»

Es el mismo mujik que nos presenta Vselvonod Ivanov en su *Tren Blindado 14-69*.

«Un campesino le dice al caudillo rojo, Nikita Verchinin, mujik como él:

¿Y la Internacional? ¿Qué te parece la Internacional?

Guiña un ojo y dice aún más bajo:

Yo sé, sí; allí no hay nada. Detrás de una palabra tan difícil nunca se encuentra nada bueno.

La palabra debe ser sencilla; por ejemplo: el sembrado.

Esa es una palabra buena.»

.....

Gladkov presta cierta atención a las lágrimas e inquietudes de sus personajes, pero sus héroes centrales no son las *almas ardientes* y desquiciadas de Dostoiewsky.

Gladkov como Gorki, toma sus personajes de la masa obrera, del elemento animal y voluntarioso del alma rusa; de ese hombre que ha hecho posible la organización soviética y el Plan Quinquenal.

Gladkov como Pilniak hace sucumbir a muchos personajes en favor de la obra, pero sus héroes centrales: Gliob Tchmalov. Badin, Dascha Tchumalova, siguen adelante sacrificándolo todo alegremente en favor de la revolución.

Por el contrario, Pilniak nos descubre la tragedia del intelectual, del ingeniero, de las personas cultivadas; puestas al

servicio de una renovación brutal de los valores en favor de la masa.

Gladkov analiza, mejor dicho, aplaude el temperamento del obrero fanático de su causa, y puesto a trabajar en favor de ella.

Pilniak presenta la lucha del burgués, del intelectual, de la minoría escogida que trabaja dolorosamente en su propia destrucción.

En Gladkov, como en Gorki, todo es sano; el esfuerzo, el lenguaje, la sensualidad.

Pilniak como Dostoiewsky, analiza más, y busca lo atormentado del idiota, del inocente, del frenético gozador, el anticuario, el intelectual.

Las mujeres de Gladkov, la Dascha Tchumalova, lo sacrifica todo a la revolución; el hogar, el marido, el hijo.

Las mujeres de Pilniak buscan ansiosas su propia felicidad en el torrente revolucionario; y la revolución se ríe de ellas y las atropella incondicionalmente. Para Pilniak lo primero es la felicidad humana, subjetiva. ¿La consigue el nuevo estado de cosas?

Gladkov sólo espera el triunfo económico, social; lo que espera y teme el mundo de Rusia, lo que espera Rusia de sí misma.

Ambos autores coinciden en el acento nacionalista, en la revisión de los valores occidentales y en la negación de los mismos.

El problema individual y el problema colectivo.

Pilniak y Gladkov.—JUAN URIBE—ECHEVARRÍA.

## LA DOGMATICA DEL PROGRESISMO

**E**L siglo XIX hizo una campaña destructora contra las creencias, y levantó monumentos a la credulidad. Max Beerbohm satiriza una de sus flaquezas representándolo gráficamente por un personaje de patillas, mofletudo y satisfecho, que lleva una corbata blanca. Todos los deseos de este hombre se reducen a ser cada vez más gordo, a tener una corbata cada vez más grande y a sentirse cada vez más convencido de su felicidad. El siglo XX es un joven con gasa de luto, que clava su ansiosa mirada en un enorme signo de interrogación. El personaje gordo,—la *Idea del Progreso*, historiada con penetrante crítica por Bury—, había sido en gran parte la exalta-

ción de «los adelantos de las luces». Aun admitiendo que todo en el hombre fuera estable, y que su actividad pudiera reducirse a un cuadro de funciones permanentes, registradas por la estadística, —la física social de Quetelet,— el progreso vendría de una forzosa concatenación de cambios, resultante de las conquistas intelectuales.

Sabemos por Tocqueville que desde 1780, todo el mundo había abandonado en Francia la palabra decadencia. Creíase, por lo contrario, que los progresos ya no tendrían límite. Veinte años antes, nada se esperaba de lo porvenir. Pero entonces nació la doctrina de la perfectibilidad continua e indefinida. Todo era estimulante; todo propicio a las teorías renovadoras. Los filósofos se exaltaban declarando que con la mecánica, la historia natural y la química, la felicidad humana estaba segura. Nicolás de Saussure se entregaba a experiencias para mejorar el trigo y la vid; Daubanton perfeccionaba el ganado ovejuno en el Rosellon, y Turgot pedía a España carneros merinos; la Academia premiaba los trabajos de Dransy sobre la moltura económica, calificada así porque la patrocinaban los economistas; Partimentier escribía su tratado del *Perfecto panadero*, y antes de que iniciara el apostolado de la patata, —el bulbo filosófico, y después patriótico,—hubo magnates que se dedicaron a esta propaganda. Los trabajos de Darcet para el reconocimiento de las arcillas y la fabricación de la porcelana dura, daba un aspecto de magia a la química. Lavoisier aparecía en las obras de los pensadores como un redentor de los obreros industriales, pues de él se esperaba que conjuraría los peligros del saturnismo y de la hidrargiria. En suma: el progreso se obtendría por los medios de que dispone una clase ilustrada.

Nótese la diferencia entre estas actividades y las de Inglaterra, donde las repercusiones de los inventos de Watt y Arkwright daba inmensa actividad a la explotación del carbón de piedra y del hierro, abriendo la era de la supremacía industrial.

La ciencia en Francia era más de gabinete que de aire libre, y si salía, al campo lo hacía más con fines agrícolas que industriales. De allí el tinte especial de los escritos franceses dedicados a la transformación. De allí el progresismo.

\* \* \*

Para encontrar algo semejante en Inglaterra, hay que buscar manifestaciones individuales, y en todo caso, no existe la corriente literaria del progresismo. El progresismo inglés em-

pieza a formarse mucho más tarde, y va por cauce distinto, como veremos. Cuando Tennyson vió inaugurarse la línea del ferrocarril de Liverpool a Manchester, en 1830, sintió la emoción lírica de un cambio indefinido, sin otra condición que desenrollar las armoniosas cintas metálicas por donde corría la locomotora. Era algo semejante a lo que había sucedido como consecuencia de los rápidos adelantos agrícolas realizados en Francia durante la segunda mitad del siglo XVIII. Pero vino la diferencia.

En 1859, Inglaterra consagró la afirmación dogmática del progreso, llevándola a un terreno científico. Después de haber formulado la doctrina de la evolución, Darwin avanza una profecía, fundada en la historia de todos los seres vivos. «Siendo descendientes por línea directa de los que existían mucho antes de la época siluriana, podemos estar seguros de que nunca se ha roto la sucesión ordinaria por generación, y de que nunca ha habido un cataclismo universal. De aquí que nos sea dado ver con cierta confianza hacia un porvenir indiscutido, que será igualmente de inapreciable duración. Y como la selección natural obra sólo en bien de cada ser, y por su acción propia, todo el ambiente corpóreo y mental tenderá a progresar en el sentido de la perfección».

Esta patente de adelanto indefinido es de 1859, como he dicho; pero ya en 1851, Spencer había publicado una *Estática Social*, con un largo subtítulo que habla de la felicidad humana y de sus condiciones. Allí se afirma que «la Naturaleza, en su infinita complejidad, siempre crece hacia un nuevo desarrollo. . . . También el hombre obedece a la ley de la variación indefinida.» El mal resulta de la falta de adaptación del organismo a sus condiciones; pero «el mal tiende perpetuamente a desaparecer. Por virtud de un principio esencial a la vida, esta falta de adaptación de los organismos a sus condiciones, siempre va rectificándose, y los unos a las otras continúan la obra de modificación, hasta realizarse la adaptación perfecta. Esto se aplica a la esfera mental lo mismo que a la física». La seguridad para Spencer era tal que afirmaba: «El último desarrollo del hombre ideal es lógicamente cierto, tan cierto como cualquiera otra conclusión en que depositemos una fe implícita: por ejemplo, que el hombre es mortal».

La civilización representa las adaptaciones que se han realizado ya. El progreso significa los sucesivos pasos que han de darse en esta operación.

\*  
\* \*



Sin quererlo, por el hecho de haber adoptado la doctrina evolucionista, el feliz progresismo francés, con su ley y su causa,— ley que nadie había visto y causa que todo el mundo desconocía,—se vió cubierto de sombras. Huxley, tan autorizado como Darwin y como Spencer, declaró que no creía una sola sílaba de lo que afirmaba Spencer y Darwin. Para Huxley, nada hay tan depresivo como el estudio de la evolución humana. ¿Qué contienen los anales de la Historia? A él sólo le dicen que el hombre es un bruto, algo más inteligente que los otros, pero igual a ellos. Ya Renan, en un momento de mal humor, había arrojado los libros, reconociendo que la historia de la humanidad es la historia de Troppmann, el célebre asesino. En momentos plácidos llamaba al hombre el buen gorila. Era el límite de sus concesiones. Para Huxley hay una lucha entre las fuerzas cósmicas y las éticas. «La teoría de la evolución se niega a autorizar las predicciones del milenio».

Estas reservas de Huxley no trascendían al público. En las obras de propaganda se utilizaban las firmas de Darwin y Spencer, como las de los médicos eminentes que dan prestigio a las drogas patentadas. Evolución venía a ser sinónimo de progreso. Un progreso basado en la ciencia, con antecedentes desprendidos de la geología, de la paleontología, de la biología... ¿Qué más podía pedirse? Decir evolución era decir progreso, con un tono que imponía respeto. El que negaba el progreso era un retrógrado. Se le desdeñaba. Pero el que negaba la evolución era un inculto.

No hay nada que origine tantas dificultades como la mezcla de dos términos, pertenecientes a dos disciplinas extrañas entre sí. ¿Pero qué más daba? Para evitar esas dificultades, se suprimía toda diferencia

\*  
\* \* \*

Sin embargo, ha sido necesario distinguir y justificar las dos palabras. Algunos escritores pretenden que una de ellas,—evolución,—fué destinada por los biólogos para describir la índole del cambio que se efectúa en una serie orgánica mediante la acción hereditaria conjugada con la selección natural, y que no tiene aplicación al desarrollo de la cultura. Aquí el proceso, por muchas razones que explican, debe llamarse de otro modo: elaboración, por ejemplo. Una inteligencia que se comunica con otras, llega a hacerse más comunicable; es inteligencia superior.

Para medir el adelanto de una sociedad, hay que estimular

dos órdenes de hechos: los que concurren a la organización de conjunto y los que determinan el valor afirmativo de la personalidad humana. El alto grado de organización asegura a algunas sociedades no sólo la supervivencia, sino la superioridad con relación a otras, pero sacrificando el desenvolvimiento individual o la elaboración de la cultura. La nación esclavista, y por lo mismo más capacitada para la especialización de la guerra, podía resistir el choque de nómades agresores, y aun dominar a pueblos agricultores libres. Tenía, pues, mayores probabilidades un tipo que no era superior, puesto que sacrificaba ciertos aspectos de la vida individual. Una organización realizada en este sentido, como la del pueblo moderno que lleva hasta su último extremo la división del trabajo, no puede decirse que sea un progreso, aun cuando el desarrollo tenga la horrible perfección de una colmena. El invento de Eli Whitney, para despepitar algodón, produjo consecuencias en diferentes órdenes. Abaratando el algodón, creó la industria típica inglesa, y en los Estados Unidos extendió el régimen de la esclavitud negra, llevándolo a los inmensos territorios de Mississippi, Luisiana y Tejas.

La estimación del progreso es difícil, por la complejidad que revisten los fenómenos. Anticiparlo y dirigirlo es más difícil todavía. No siempre sabemos si un cambio da como resultado una destrucción o una creación. Aun en presencia de hechos consumados, queda la duda, y sólo una larga perspectiva histórica permite formular juicios con acierto. Prácticamente, salvo casos en que la evidencia resulta incontrovertible, la cuestión se resuelve como dogma por el grupo de mandarines encargados de fabricar la retórica de los que mandan. La concepción dominante del progreso pertenece a los instrumentos de gobierno, como el dinero, el crédito, la urna electoral, los cañones y los aeroplanos.

\* \* \*

Generalmente la concepción adoptada toma como molde un plan indefinido que ha de realizarse en lo futuro, o se busca un modelo distante, que se conoce poco, o no se conoce del todo. Inglaterra fué el original que tuvieron a la vista los filósofos franceses del siglo XVIII. Después, todo el continente europeo hizo su parlamentarismo, según la representación mental que cada país tenía del parlamento británico, y los medios de que podía disponer para la copia. Francia, a su vez, sirvió de modelo. Los Estados Unidos exportaron su federalismo para congre-

sos constituyentes urgidos de fórmulas. A veces la antigüedad fascina, como pasó con la Francia revolucionaria. Las locuras no son nuevas. Podría escribirse un libro más apasionante que *La idea del progreso* para referir lo que se ha intentado cuando el dogma se hace activo. Rousseau citaba a China como un país ejemplar en materia de impuestos, y los fisiócratas se conmovían pensando que el Emperador labraba una vez al año la tierra con sus propias manos, para honrar así las artes útiles. Esto y la organización de concursos como método de proveer todas las plazas, los elevaba al éxtasis. China fué el jardín antológico de los utopistas intelectuales.

Después vino el gusto por lo inédito. Rusia ha organizado sus catástrofes en serie, valiéndose de una receta sacada íntegramente de la fantasía.

El esfuerzo de reacción más patente y caracterizado es el de las construcciones teóricas, porque no se prefigura lo futuro sino con imágenes del pasado, y así se contraría la obra espontánea de la creación social,—aunque no siempre con eficacia, afortunadamente.—CARLOS PEREYRA.

## NOTAS Y DOCUMENTOS

MEMORIA DE LA ADMINISTRACION GENERAL 1929-1930-1931.—Continuación.

REPRESENTACIÓN DE LA UNIVERSIDAD EN CONGRESOS Y ACTOS CONMEMORATIVOS.

La Institución se hizo representar por su Presidente Sr. Molina y el Secretario General, Sr. Cruz Ocampo, en el Primer Congreso Interuniversitario que se celebró en La Habana, en Febrero de 1930. Con este motivo la Universidad de Concepción obsequió a la de La Habana, que conmemoraba el Segundo Centenario de su fundación, una copia de la estatua de «La Quimera», obra del escultor chileno Nicanor Plaza y una colección de libros de autores nacionales. El Presidente presentó ante aquella asamblea un trabajo sobre «Contribución de la Universidad en la formación del carácter», y el Secretario General, otro, referente a las «Relaciones del Estado con las Universidades».

También el Directorio comisionó al Secretario General, don Luis D. Cruz O. para que, aprovechando su viaje de estudios, representara a la Universidad en el Cuarto Centenario del Colegio de Francia.

Como anteriormente se ha expresado, la Institución estuvo representada por el Dr. Ottmar Wilhelm en los Congresos de Sexología de Londres y de Zoología de Padua, verificados en 1930.

En 1931 asistió al Congreso de Electro-radiología y al 8.º Congreso

Internacional de Odontología celebrados en París, don Arturo Salas Quezada, como delegado de la Universidad de Concepción.

En el Congreso Pedagógico verificado en Santiago en Septiembre de 1929 por iniciativa de las autoridades educacionales del país tuvo una actuación importante el Director de la Escuela de Educación, don Samuel Zenteno Araya. De ello deja testimonio, a más del trabajo mismo de dicho Director, una conceptuosa nota que con este motivo dirigió el Ministro de Educación al Presidente de la Universidad y en la cual agradece el concurso que de esta manera prestó la Institución al Gobierno.

*Conmemoración del centenario de don Diego Barros Arana.*—La Universidad encargó en ocasión tan solemne al distinguido pintor, don Pablo Vidor un retrato del ilustre sabio, que hoy decora la sala de sesiones del Directorio, y celebró una velada literario-musical en que dieron sendas conferencias el Profesor de la Universidad, Dr. Alcibíades Santa Cruz y el Profesor del Liceo don Oscar Aguilar Vidal.

*Centenario de la Industria Salitrera.*—Para celebrarlo se dieron conferencias especiales en la Escuela de Ingeniería Química Industrial.

### REFORMA DE LOS ESTATUTOS

En Junio de 1929 quedó terminado el proyecto preliminar de reforma de los Estatutos para cuyo estudio—iniciado antes—el Directorio

elegido ese año designó una comisión compuesta de los señores Enrique Molina, Julio Parada, Alberto Coddou, Ernesto Fischer y Luis D. Cruz O. Desde esa fecha se trabajó en dicha reforma hasta la presentación del proyecto en Noviembre de 1931.

El 21 de Enero pasado se dió por terminado el estudio de los Nuevos Estatutos y se acordó tramitar legalmente la reforma. Para este efecto, se convocó a la Asamblea de socios que le dió su aprobación el 10 de Marzo del presente año.

Actualmente se hacen los últimos trámites para ponerlos en vigor.

El criterio con que se ha procedido a efectuar la reforma ha sido principalmente realista, es decir, acomodado a lo que la realidad ha señalado en los once años de vigencia de los Estatutos por los cuales se rige todavía la Universidad. El proyecto aprobado, en vez de acoger grandes reformas teóricas, recoge todas las indicaciones útiles que ha proporcionado la experiencia. Se han salvado omisiones, se han corregido normas que resultaron ineficaces o insuficientes, se han deslindado mejor las atribuciones de los diversos organismos, alejando así la posibilidad de conflictos de autoridades y se han suprimido reglas que ya no son necesarias para la vida universitaria.

Al iniciarse el estudio de la reforma se pensó que podrían considerarse en ella los problemas de la enseñanza. Pero a medida que el trabajo avanzaba, se pudo ver que no había ventaja en que tales asuntos se consideraran dentro de los Estatutos de la Sociedad, que sólo deben limitarse a organizar la Universidad y dotarla de los mecanismos suficientes para que realice su labor sin dificultades.

#### CONSTRUCCIONES NUEVAS

Como más adelante se ha expresado, uno de los propósitos más firmes del Directorio ha sido el de ha-

cer avanzar rápidamente la edificación. A fin de completar el predio ubicado en la barrio de La Toma, asiento de la futura ciudad universitaria, cuyos planos de distribución fueron ejecutados en 1931 por el urbanista austriaco, Dr. Carlos Brunner y para que en dicha propiedad pudieran tener cabida holgada los pabellones indispensables a la Institución, el Directorio compró a don Anfión Varela en el citado año un terreno de 15 hectáreas de extensión por la suma de \$ 250,000.

En 1930 la Institución cedió gratuitamente a la Junta de Vecinos el terreno necesario para la apertura de la nueva avenida que por acuerdo del Municipio se denominará «Avenida Universidad».

En el plano del Dr. Brunner se consultan los siguientes pabellones, fuera de las Escuelas Dental y de Ingeniería Química, ya concluidos y del Pabellón de Anatomía, casi terminado:

Escuela de Medicina. Edificio Central, Instituto de Bacteriología.

Escuela de Educación.

Escuela de Ciencias Jurídicas y Sociales.

Instituto de Matemáticas y Física.

Pabellón de Ingeniería.

Pabellón de Ingeniería Eléctrica.

Pabellón de Arquitectura.

Escuela de Bellas Artes.

Instituto de Botánica.

Instituto de Química y Farmacia.

Instituto de Anatomía.

Instituto de Fisiología.

Instituto de Biología.

Biblioteca.

Aulas y Administración.

Casa de Estudiantes: una para hombres y otra para mujeres.

Casa para el Presidente.

Club para Profesores.

Canchas de Tennis.

Estadio (con tribunas).

Casa de Deportes.

Piscina grande (con tribunas y terraza).

Las informaciones anteriores demuestran que la Corporación dirigente ha afirmado en definitiva su

resolución de concentrar en el futuro todas las reparticiones de la Universidad en el barrio de La Toma, para formar la ciudad indicada.

*La Escuela Dental*, comenzada en 1927 se concluyó en Diciembre de 1930. Su instalación cuesta \$ 500,000. De esta cantidad se han pagado ya \$ 320,000 y se deben \$ 125,000 a la Co-Dental S. A., y el resto a otras firmas comerciales. La obra de construcción, encargada a don Arnoldo Michaelsen en 1927, ha costado \$ 810,000.

El edificio proyectado para Oficina de la Lotería, Oficinas de Administración y Biblioteca Central, cuya construcción se contrató también con el arquitecto, Sr. Michael sen en Diciembre de 1928, por la suma de \$ 810,000, fué entregado a fines de 1930. En su instalación excluyendo la sección que a las Oficinas de la Lotería corresponde, se ha invertido la cantidad de \$ 91,841.55.

Desde el otoño de 1931, las Oficinas de Administración y la Biblioteca funcionan en el nuevo local. Anexo a este edificio y comunicado con él por la sección correspondiente a la Biblioteca, el antiguo Salón Filarmónico del Teatro Concepción se transformó en 1931 en una sala de Lectura y Conferencias, arreglo en el que se ha invertido, incluyendo el mobiliario, la cantidad de \$ 81,870.50.

La Escuela de Ingeniería Química, ubicada como la Escuela Dental en el predio universitario de La Toma comenzada en 1929, se terminó en 1930. La recepción definitiva se efectuó el 27 de Febrero de 1931. Su edificación se contrató con el arquitecto, don Francisco Núñez Marín, por la cantidad de \$ 283,138. En 1930 se acordó la

construcción de un nuevo pabellón para esa Escuela, el cual ha importado \$ 60,000. Para la instalación se consultó en el Presupuesto de 1930, la suma de \$ 135,000 y en 1931 la de \$ 46,000, cantidad que por las economías que impuso la crisis se redujo más o menos en un 20%.

A fines de 1930 se abrieron propuestas para el Pabellón de Anatomía. La obra fué contratada con el arquitecto, don Jorge Rivera Parga por la suma de \$ 1.195,823.40. En la actualidad se encuentra casi terminada. En 1931 se acordó completar el Instituto agregando en una de sus alas un segundo piso de Microscopía. De destinó al efecto la cantidad de \$ 27,821.58.

El Teatro Concepción adquirido por la Universidad, el 19 de Diciembre de 1929, ha sido convenientemente refaccionado. Para cumplir los compromisos que el Instituto contrajo con la Sociedad vendedora y que ésta tenía con diversas instituciones de crédito, se erogó la suma de \$ 252,757.85. En reparaciones se han gastado \$ 224,638.75.

En 1929 se acordó dar la suma de \$ 40,000 para un Pabellón en el Hospital de la ciudad que sirve a la Escuela de Medicina.

A la inauguración de los nuevos edificios de las Oficinas de Administración, Escuela Dental y Escuela de Ingeniería, se le dió gran solemnidad. Asistieron a ella especialmente invitados el Ministro de Educación Pública, representantes del Congreso, de la prensa, de la Universidad de Chile y otras personalidades. Como números más importantes del programa de festividades deben recordarse una velada en el Teatro y un banquete en el Club Concepción.

## BIENES DE LA UNIVERSIDAD DE CONCEPCIÓN, EN 31 DE DICIEMBRE DE 1931

*Bienes Mobiliarios*

125 Acciones de la Cía. General de Electricidad Industrial y 33 Acciones de la Cía. de Gas de Concepción. ....	\$ 7,900.—
Bonos en Custodia, en el Banco Central de Chile, de la Caja de Crédito Hipotecario. ....	12.346,715.84

*Muebles y útiles en todas las reparticiones*

Valor de los Muebles y Utiles existentes. ....	\$ 2.414,045.74
--	-----------------

*Farmacia Modelo*

Valor de las existencias en esta repartición . . . . .	82,822.60
--	-----------

*Propiedades Raíces*

## Valor de compra

O'Higgins N.º 850 (para edificar la Escuela de Medicina y Farmacia). ....	\$ 90,000.—
Caupolicán N.º 1-17 (Instituto de Fisiología). ....	358,500.—
Predio de la Toma, asiento de la Ciudad Uni- versitaria. ....	\$ 300,986.30
Predio de La Toma, comprado a don Anfión Varela. ....	250,000.—
	550,986.30
Teatro Concepción (para cumplir los compromisos que con- trajo con la Sociedad vendedora). ....	252,757.85

## Construcciones y adaptaciones

O'Higgins.—Construcciones (Escuela de Medicina y Far- macia). ....	738,442.24
Caupolicán.—Adaptaciones (Instituto de Fisiología). . . . .	70,922.37
La Toma.—Escuela Dental. ....	973,043.40
La Toma.—(Escuela de Química Industrial). ....	369,171.—
La Toma.—(Pabellón de Anatomía). ....	970,012.96
La Toma.—(Pabellón antiguo de Anatomía). ....	53,031.80
Teatro Concepción.—(Edificio de las Oficinas de Administra- ción General). ....	880,827.70
Teatro Concepción.—(Otras reparaciones). ....	224,638.75
	<u>\$ 5.532,334.37</u>

## CONTRATACIÓN DE PROFESORES

La Universidad ha contratado en el trienio 1929-1931, a los siguientes Profesores:

En 1929, al Dr. Liborio Moraga, para la cátedra y el Laboratorio de Bacteriología, por cinco años.

En 1930, al Dr. Enrique Soler-vicens, como Subdirector del Instituto de Anatomía e Histología.

En 1931, a don Domingo Almen-dras, para profesor de Matemáti-cas del Instituto de Física y Mate-máticas, por el término de cuatro años; a don Karl Henckel, como Profesor de Histología para las Es-cuelas de Medicina y Dentística, por cinco años; a don Ernesto Her-zog, como Profesor de Anatomía Patológica de la Escuela de Medi-cina, por el término de tres años.

## OTROS ASPECTOS DE LA LABOR AD-MINISTRATIVA

En 1930 el Directorio acordó una subvención de \$ 15,000 para la im-presión de las publicaciones del Con-greso de Patología celebrado en Concepción bajo los auspicios de la Universidad.

Ese mismo año se creó y se re-glamentó el servicio médico uni-versitario a solicitud de la Federa-ción de Estudiantes.

En 1931 se acordó ofrecer una beca al mejor alumno que termina sus humanidades en cada uno de los

Liceos completos de la región de Talca al Sur del país.

## NOMBRAMIENTOS DE DIRECTORES DE ESCUELA

En el año de 1930, se nombró a don Arpelices Morales Director de la Escuela de Ingeniería Química Industrial y se creó el cargo de Di-rector de la Escuela de Farmacia, designándose para ocuparlo al Sub-director, don Ernesto Mahuzier, que ha conservado su puesto de Subdirector de la Escuela de Me-dicina, sin remuneración alguna.

## ACUERDOS ESPECIALES EN FAVOR DE LOS ESTUDIANTES

En el período en que se ocupa esta memoria, el Directorio ha ma-nifestado vivo interés por los estu-diantes y sus centros. Es así como se ha establecido el servicio gra-tuito para los alumnos de la Uni-versidad; se ha subvencionado la Casa de Asistencia Social fundada por la Federación de Estudiantes; se ha otorgado mayor cantidad de becas que en los años anteriores, fuera de las que ya se habían con-cedido a los damnificados por el terremoto de Talca, que se han mantenido hasta ahora; se ha ayu-dado a la Federación Universitaria de Deportes y se rebajaron en un 50% los derechos de matrícula co-rrespondientes al segundo semestre de 1931.



## LOS LIBROS

### NOVELA

LOS CARDOS DEL BARAGÁN, por *Panait Istrati*.

Sin ese realismo rayano en la obscenidad que ha llegado a constituir una de las características de la producción novelesca de Panait Istrati, su obra «los Cardos del Baragán» (1) presenta los méritos relevantes que le han dado ya al escritor rumano justo renombre universal. Sus cualidades de narrador veraz y animado que siente la tragedia de su pueblo, aparecen en esta novela con toda la pasión comunicativa de quien ha escrito con sangre y sentido en carne propia la humillación de saberse expoliado.

Como en sus demás obras, Panait Istrati evoca recuerdos de su niñez, acontecimientos que presenció y que le dejaron una emoción indeleble; él no hace ahora nada más que contarnos su vida. Y en la naturalidad y fluidez con que relata, en la caracterización de los personajes del bajo pueblo que pinta en los tonos sombríos que dan la miseria y la injusticia y en las descripciones coloreadas de su tierra, radica, sin duda, uno de sus mayo-

(1) Colección Osiris. Santiago de Chile.

res prestigios. Acaso fué ello lo que impulsó al autor de Juan Cristóbal a saludarlo como un escritor de la estirpe de los Gorkis.

El vagabundo que desde la infancia se rebela a la quietud del hogar, se siente irresistiblemente atraído por el desierto del Baragán, donde sólo crecen los cardos y donde la miseria humana encuentra su expresión más dolorosa. Ese vagabundo con vibraciones de poeta es Panait Istrati para quien «ver a un pájaro que vuela entre las montañas es un espectáculo que produce un sentimiento de piedad. Se lleva la tierra, en su vuelo, hacia lejanos horizontes...» Y mientras él no podía realizar su sueño de ir en busca de esos lejanos horizontes, se alegraba con «tenderse boca arriba, mirando al infinito porque da una sensación como si la tierra se levantara hacia el cenit. Es la más bella de todas las ascensiones que puede permitirse el pobre despojado de bienes.»

Pero pronto se le presenta la ocasión de cumplir su aspiración de caminar... Sale con su padre a vender pescado seco, y así puede recorrer el desierto del Baragán, que era para él, «niño inquieto, el mayor atractivo, lo enigmático, lo

que se mira con veneración por lo grande, por lo libre, por lo bello. . . » Separado de su padre, absolutamente libre ya, emprende viajes sin itinerarios ni proyectos, atraído sólo por lo desconocido. Su vida no es nada más que la de un errabundo que camina en busca de horizontes insospechados, experimentando el goce de sensaciones inéditas. A través de su bagabundeo, bajo las inclemencias del Baragán, convive Panait Istrati con el campesino rumano; él, hijo del pueblo, ve cómo se le explota y cómo es víctima de las injusticias de una sociedad egoísta y acaparadora en sus placeres.

Hay un hecho trágico que ha conmovido el alma de Istrati, y que pinta en trazos vigorosos y llenos de humanidad. Los habitantes de una aldea padecen hambre, y la autoridad permanece sorda ante el clamor angustiado de los aldeanos. No son oídos en sus peticiones; por eso ellos deciden hacerse justicia; destituyen a las autoridades violentamente, requisan alimentos, castigan a los inescrupulosos. Y el pueblo fué feliz; se comió entonces como nunca, se bebió buen vino y en abundancia, y se habló mucho. Pero cuando estaban en lo mejor de su regocijo, aconteció lo de siempre. Dejemos que Panait Istrati nos lo cuente:

«Súbitamente, se oyó el silbido de un cohete, que cortó el aire. Un cañonazo partió del montículo más próximo, e hizo temblar al pueblo entero, y un obús estalló sobre uno de los carros de la plaza.

.....

«Así empezó el bombardeo de Tres-Villas, demostrando a los campesinos que si podían morir de hambre, sin que nadie se metiera con ellos, no sucedía lo mismo si intentaban hacerse con los medios de vida necesarios. Esto estaba prohibido. . . según de quién se trataba. . . »

A pesar de que no creemos que el arte tenga finalidades interesadas y precarias y de que pueda servir de cátedra, consideramos que el artista ennoblece su misión de creador de bellezas cuando bucea en el alma del pueblo presentando escuetamente su vida misérrima y sombría. De esa pintura descarnada, acaso sin más emoción que la que nace de la propia creación, fluye un profundo sentido social, que nosotros debemos recoger como la manifestación de una realidad que hay que corregir. Así, por la lectura de esta novela de Panait Istrati que hemos comentado, sabemos ya cuál es la situación del campesino rumano; pero como Panait Istrati relata los recuerdos con fervor comunicativo, hubo también en nosotros una crispación de protesta.—*Milton Rossel.*

LAS LANZAS COLORADAS. Es el último número de Biblioteca *Zig-Zag*.

*Las Lanzas Coloradas* es el título correspondiente al N.º 56 de la simpática colección Biblioteca *Zig-Zag*, a la cual debemos el conocimiento de autores realmente valiosos, como Maurois, Zweig Lajos y otros. No menos valiosos es Uslar Pietri, el

joven novelista venezolano autor de esta obra. *Lanzas Coloradas*, es un libro que sólo puede parangonarse a otras novelas americanas de tanto prestigio como Doña Bárbara, La Vorágine y Don Segundo Sombra.

La guerra por la independencia venezolana está descrita con tal interés que causa emoción. Hay vida, alma, pasiones, heroísmo, caracteres en este libro. Hay también figuras tan bien tratadas como las de Bolívar y Miranda, amén de los personajes protagónicos, que se conquistan toda la simpatía del lector.

No hay duda de que si Biblioteca Zig-Zag continúa entregándonos autores modernos tan grandes, su prestigio crecerá más aun. Se lo merece por otra parte.—L.

LOS SALVAJES, por Miguel Artzybacheff.

El afán de vender hace incurrir a los editores en graves faltas. Hace tiempo la Colección Osiris publicó una obra de este mismo autor, *Asestino de sí mismo*. El editor había puesto, bajo el título, la siguiente advertencia: *cruda novela rusa*. La novela no tenía nada de cruda. Comparada con otras de este autor, resultaba inocente. En consecuencia, la intención del editor, al poner esa frase, era la de atraer al lector con malas artes. Ahora, bajo el título de la obra que nos ocupa, el editor reincide en tan ridícula falta. Bajo el título de la obra, añade: (*Tragedia sensual y libertina de una familia miserable, depravada e incestuosa*). Esto ya no tiene carácter literario. Es

simplemente policial o pornográfico. Comprendemos que los editores quieran vender lo que editan, pero no por eso han de rebajar las obras anunciándolas como si se tratara de producciones firmadas por Joaquín Belda o El Caballero Audaz. Debe existir la continencia en los avisos y en la propaganda.

Esta *tragedia sensual y libertina de una familia miserable, depravada e incestuosa*, es una interesante novela de Artzybacheff, el autor de *Sanin*, *El Límite*, etc. Mas que una novela, pretende ser una crítica del espíritu ruso, una exposición de la psicología de ciertas capas de ese pueblo. Artzybacheff es anti-bolchevique y se ha valido de este libro (1) para demostrar, a los que de ello quieran convencerse, que el pueblo ruso es el menos llamado para crear sistemas sociales. Así lo dice, por boca de un fiscal:

¡Triste día será aquél, en que privados del guía que nos preserva de nosotros mismos, podamos llegar a ver cumplidos todos nuestros caprichos! Como chiquillos jugando con el fuego, abrasaremos hasta los fundamentos de nuestra desdichada patria, lo destruiremos todo, lo aventaremos todo. Porque en la inconsciencia de nuestra ignorancia, hemos perdido cuantas oportunidades se nos han presentado, hemos abandonado todos los objetivos sin llegar jamás a alcanzarlos. Y hundidos ahora en un mar de utopías, despertaremos, habrientos y haraposos, como mendigos que, tras de haberlo perdido todo, ¡se pierden también a sí mismos!... Aunque ello nos duela, hemos de confesar que nuestro pueblo, al igual que otro cualquiera que haya vivido

(1) Colección Osiris. Santiago, 1932.

como nosotros cientos de años en la más completa ignorancia, no es otra cosa que una horda de salvajes cuyo ideal ha sido siempre única y exclusivamente el de una libertad anárquica, el de una libertad para la rapiña y el bandidaje. Y puede ser que no esté tan lejana la hora en que todos nosotros podamos convencernos de la verdad de lo que acabo de decir. Cuando el llamamiento al franco libertinaje agite a todo este océano de salvajes y la sangre derramada salpique hasta los cielos, para horror y admiración de Europa y de todo el mundo civilizado, entonces sabremos cómo es nuestro pueblo.

El discurso del fiscal, casi lo mejor que hay en el libro, es fuerte, aunque inocuo. El mundo civilizado y Europa no pueden admirarse ya de la sangre que se derrama, y ningún pueblo puede presumir de alta civilización. Los hechos hablan más claramente que las palabras. A pesar de su tono de polémica política, el libro de Artzybacheff es hermoso, es una verdadera novela rusa, con personajes admirablemente diseñados y con una narración y un estilo que no dejan nada que desear.—  
*Manuel Rojas.*

## BIOGRAFIA

DANTON VISTO POR UN INGLÉS, por  
*Hilaire Belloc.*

El libro de Belloc sobre Danton (1) es un libro lleno de innegable y copiosa erudición. Se ve que el autor domina la materia aunque

(1) «Danton», por Hilaire Belloc, traducción al castellano, por Carlos de Onís, Madrid, 1931.

no el material. El estilo, además, no es fluido y ameno; avanza pesadamente, casi a tropezones. Claro está que los defectos que venimos observando en la obra de Hilaire Belloc sobre Danton no surgen, ni mucho menos, de una evidente incapacidad para escribir una obra buena, o si se quiere, de primer orden, somos nosotros, más bien, quienes criticamos su estudio biográfico desde el punto de vista actual. Nosotros somos quienes entendemos el arte de la biografía en una forma totalmente diversas a la forma en que la entendían nuestros abuelos. Hace cuarenta años más o menos que Belloc escribió su libro. Desde entonces casi todo ha cambiado.

Tomad una biografía moderna, escrita de acuerdo con el temperamento moderno, de acuerdo con la apreciación que de esta rama de la historia se tiene hoy, digamos por ejemplo la biografía de Fouché, por Stefan Zweig, y comparadla con la que de Danton ha escrito Belloc, inmediatamente veréis lo que queremos decir. Mientras en la obra del escritor alemán surge en toda su extensión, con íntima, con grandiosa realidad, la figura del duque de Otranto y el autor logra esfumarse para dejar su lugar a aquel personaje extraordinario de la Revolución y del Imperio, en el libro de Belloc Danton casi desaparece bajo la pesada erudición, bajo las constantes consideraciones y comentarios; a cada instante surge el autor mientras que del personaje biografiado sólo conseguimos vislumbrar alguna que otra mueca, alguna que otra acción; sólo a raros intervalos vive

ante nosotros como hombre de carne y hueso.

Ambos son libros buenos y sirven para denotar la transformación de un arte, el arte de la biografía. Biografía e historia son dos cosas con profundas diferencias. Aquella por ser precisamente un aspecto o un derivado de esta última es que debe existir con sus propias características, sus propias cualidades y, si se quiere, sus propios defectos, pero la biografía debe ser, ante todo, biografía. Esto es lo que se ha venido a comprender sólo últimamente; hace algunos años no se tenía una idea precisa de la diferencia que existe entre el estudio de una época y el estudio de un hombre.

La historia si ha de ser responsable y seria debe ser profundamente erudita, debe abundar en informaciones bibliográficas, en citas, en continuas referencias a otras obras y a las diversas investigaciones que sobre la materia se efectúan o se han efectuado. Pero cuando se escribe la biografía de un hombre conviene deshacerse de todo aquello o si se quiere, relegarlo a una introducción o a un capítulo, así ese efecto de vida, de poderosa dramaticidad que se quiere dar al tema, que de por sí se presta para ello, puede lograrse plenamente, sin que surjan a cada instante escollos que sin duda restarán grandemente en mérito artístico a la obra. Si tan numerosas biografías se publican hoy es por que han llegado, no diré al grueso público, pero si al público lector, que no está dispuesto a leer pesados y eruditos trabajos de erudición histórica y que, por lo tanto,

ha de sorprenderse al encontrar una biografía escrita sin amenidad. Lytton Strachey es un formidable ejemplo de autor de biografías artísticas eruditas, livianas; Maurois, Ludwig, aunque inferiores constituyen ejemplos no menos estimables y así podríamos seguir citando algunos otros.

Pero seamos justos con la obra de Belloc sobre Danton, Belloc no es un autor moderno, estudiémoslo por lo tanto de acuerdo con su época, es así que nos colocamos en una situación, a la vez más justa y más favorable para él y su libro.

El primer capítulo en la obra de Belloc contiene un estudio de la Revolución francesa, en él se analiza lo que podríamos llamar las causas psicológicas de los movimientos revolucionarios, cuya esencia lo constituye el deseo de mejorar y dar salud a la organización de la sociedad, es el mero instinto de justicia expresado en términos concretos sobre un punto determinado. Es a esto a lo que el hombre justo de cualquier época se siente obligado. No se trata de una fórmula. Parece una tendencia lo más indefinida e inútil que se pueda imaginar, y, sin embargo, siguiéndola se conserva la salud del Estado y abandonándola se produce la revolución» (Págs. 20-21). Es así que cuando un Estado cuenta con un grupo de hombres que llevan a cabo las reformas solicitadas por aquel sentimiento de justicia, salvan al Gobierno y lo mantienen íntegro y fuerte, pero «cuando por el contrario, los que hacen las leyes, se olvidan del clamor de justicia, las necesidades urgentes se acumu-

lan, las cargas y la tirantez se hacen entolerales, y la gravitación hacia el tipo normal de vida que debería ser una fuerza ligera, aunque constante, actúa repentinamente con ímpetu extraordinario y violencia destructora» (Pág. 21).

Estas líneas deberían servir de lección a muchos gobiernos recalcitrantes, que esperan sostenerse por la fuerza cuando realmente su situación es insostenible, falsa, sin arraigo en la opinión pública. Desgraciadamente estos gobiernos, como son en su mayoría producto de la ignorancia y de la falta de visión política, se dan con mucha frecuencia en Sud América.

Belloc procede luego a hacer un estudio de las condiciones que imperaban en Francia en la época de la Revolución. Nos dice que no sólo Francia, sino que toda Europa de fines del siglo XVIII había caído en una especie de letargo, que ya ninguna ley o disposición era capaz de arrancarla de él, que «ni los mejores consejeros podían salvar a un rey enredado en el laberinto de la etiqueta de Versalles» (Pág. 26). Luego por aquel entonces se hizo manifiesta la pobreza, que de año en año aumentaba, y que sumía en la mayor de las miserias a las clases trabajadoras y al campesino. Como consecuencia natural de lo anterior las entradas del Fisco se reducían en forma alarmante, hasta que por fin el rey se vió obligado a convocar a los Estados Generales. Agreguemos a estas causas de índole material las novísimas ideas filosóficas que habían penetrado y arraigado en la sociedad y tenemos las dos gran-

des fuerzas que pusieran en movimiento la maquinaria revolucionaria.

«¿Qué lugar ocupó Danton en toda esta transformación? Nos proponemos en esta biografía tratar de sus hábitos físicos y morales, de sus convicciones y de las incidencias de su vida». (Pág. 56). Es así como Belloc enuncia sus propósitos y luego nos da una visión esquemática y certera de la personalidad de Danton: «Danton pertenecía a la burguesía por lo que se refiere a su clase social, y a los menos visionarios en lo que atañe a las tendencias de su espíritu. A los treinta años era desconocido en política y no ansiaba ser elegido para cargos públicos. Fué la oratoria la que de un modo accidental, le hizo destacarse en un principio.» (Pág. 56).

Extraordinaria carrera la de este hombre lleno de dinamismo, de habilidad y de inteligencia.

Procedía de un pequeño pueblo enclavado en los amenos valles de la Champaña, Arcis-sur-Aube; allí había nacido en Octubre de 1759, su padre era procurador.

Jorge Jacobo Danton estudia en su ciudad natal, luego en Troyes, luego marcha a París, donde, después de cuatro años de trabajos y de estudios, obtiene el título de abogado. Son años de juventud, Danton es un hombre robusto, de facciones duras, pero bondadosas, tiene una cara fea y unos hombros anchos... Ejerce la profesión con éxito, cuenta entre su clientela a un Ministro de Estado y a varios personajes de influencia; además contrae matrimonio con la hija de un rico hostelero,

ella se llama Antonia Gabriela Charpentier y Danton la quiere apasionadamente.

Después de algunos años y con la ayuda pecuniaria de su familia, ve realizada una de sus mayores aspiraciones: es elegido miembro del «Cour de Cassation», puesto que rinde ingresos cuantiosos y debido a lo cual era costumbre abonar una gruesa suma de dinero para lograr ocuparlo. Estamos ya en 1787 y durante los dos años siguientes, la reputación forense de Danton aumenta sin cesar. Alquila un piso en un viejo caserón situado en la esquina de la «Cour du Commerce» y de la «rue des Cordeliers»; en el piso de arriba vive Desmoulins. Tiene además su bufete en la «rue de la Tixanderie». Las calles en que se halla situada su residencia pertenecen al sector denominado de los Cordeliers, o sea de los franciscanos, debido a que los religiosos de esta orden poseían un convento en este barrio. En un barrio en el que habitan pocos nobles y muchos burgueses y los más grandes hombres de la Revolución; tiene calles angostas, sombrías, circundadas por grandes y antiguas casas.

En Abril de 1789 es elegido el Parlamento, que celebra sus sesiones en Versalles. Hay gran excitación política en París, y el Palais Royal, abierto al público por el duque de Orleans, es un centro de reunión para los hombres que desean cambiar ideas y comentar hechos. Entre esta multitud Danton es una figura prominente, aunque no la principal, Los ánimos se excitan cada vez más al observar cómo el rey

y la corte se niegan a cumplir sus promesas y viene el final trágico del 14 de Julio. Después de la toma de la Bastilla se forma en el Hotel de Ville una especie de gobierno, que aunque carecía de fuerza evitó la anarquía. No tenía autoridad, puesto que el rey no se la había concedido, sin embargo hizo una leva de 2,000 hombres por cada distrito y formó la Guardia Nacional, cuyo mando fué entregado a Lafayette. El Concejo Municipal lo integraban cinco representantes por cada uno de los distritos, tenía como presidente a Bailly. En suma, y a pesar del movimiento popular, las riendas del poder estaban en manos de la alta burguesía y de la nobleza. Luego el rey, un tanto temeroso, hace concesiones. Luis XVI confirma los nombramientos hechos por el Concejo Municipal, autoriza a los Estados Generales llamarse Asamblea Nacional, y permite que se redacte una Constitución.

Danton no pensaba siquiera entrar a figurar en la vida pública, fué una circunstancia casual la que lo arrastró a tomar una parte preponderante en el torbellino revolucionario de la Francia, su elocuencia. Se destaca en el Club de los Cordeliers, es elegido con otros cuatro como representante de este club en el Concejo Municipal, que esta en manos de los reaccionarios, de los Lafayettes, de los Baillys y por lo tanto, Danton, que no comulga con los ideales reaccionarios, permanece silencioso, apenas si terea en los debates.

Junio 1791. El rey huye de París. Danton y algunos de sus colegas del

Club de los Cordeliers piden a la Asamblea que en vista de ello se considere que ha abdicado o en caso contrario que la nación lo juzgue. Se reúnen las firmas en el Campo de Marte, donde se congrega una enorme multitud. De pronto aparecen Lafayette y Bailly con la Guardia Nacional. Choque entre la Guardia y el pueblo. Estado de sitio. Danton huye de París, se va a Arcis; mandan a prenderle y escapa a Inglaterra, donde su padrastro. Vuelve en Agosto a Francia; en Septiembre está en París. Quieren tomarlo preso y, gracias a la amnistía que ha hecho decretar el propio rey, se salva.

Los meses siguientes contienen más bien derrotas que triunfos para Danton. No logra ser elegido para la Asamblea aunque consigue un nombramiento de cierta distinción; ser el primer ayudante del «procureur»; además tiene libertad para dirigir la oposición, es el jefe de las fuerzas de izquierda.

1792. Rumores bélicos inundan París. Hay quienes desean arrastrar Francia a la guerra. Se habla de una invasión de las potencias extranjeras. Pocos saben la verdad de las cosas. El rey ha traicionado a su pueblo, Lafayette y otros lo apoyan. Han pedido a la corte de Viena el envío de un ejército liberador. En medio de todo esto cae como una bomba el manifiesto de Brunswick-Lunneborg. En él se hace saber al pueblo francés que la invasión de los ejércitos de Prusia y de Austria obedece al solo deseo de reponer al rey de Francia en sus antiguas prerrogativas, que una vez logrado su

objetivo abandonarán el suelo francés, que aquellos que respetan y quieren al rey nada deberán temer, pero los que inciten a la revuelta y se oponen a la marcha de los ejércitos aliados serán duramente castigados; no habrá misericordia para con ellos; sus casas serán arrasadas por las llamas.

En París el pueblo se apresta para la revuelta, el furor de las muchedumbres aumenta a cada instante. Lafayette solicita autorización para usar la Guardia Nacional, y el peligro de que Francia se vea envuelta en una guerra civil crece a medida que se aproxima el mes de Agosto. Son estos, días de verano, llenos de sol; enervantes, caliginosos.

Danton va a su pueblo natal para asegurar una renta a su madre en el caso de que él muera y luego retorna a París, donde se prepara la lucha, se reconcentran fuerzas, se coleccionan armas. En la noche del 9 al 10 de Agosto Danton no duerme, va a casa de Desmoulins, se recuesta en un sofá, hacia las dos de la madrugada sale y se dirige al Hotel de Ville, cuartel general de las fuerzas monárquicas, y allí toma ante sí y ante la posteridad, la responsabilidad por la muerte de Mandat, nuevo jefe de la Guardia Nacional, quien ha ordenado hacer fuego sobre el pueblo en las luchas que debían librarse al día siguiente. Entretanto el rey reconcentra algo así como 10,000 soldados, incluyendo la Guardia Suiza, en el Palacio de las Tullerías.

El día 10 de Agosto una densa multitud armada se dirige a las Tullerías. Primero parlamentan con los



guardias suizos, estos responden que cumplen órdenes y luego hacen una descarga cerrada sobre la muchedumbre, la que contesta con disparos aislados. Los soldados también hacen fuego individualmente y luego se deja oír un feroz tiroteo. El pueblo logra imponerse y los guardias del palacio se baten en retirada por los jardines. El rey, la reina, la corte, abandonan las Tullerías; buscan refugio en la Escuela de Equitación, donde la Asamblea celebra sus sesiones, y esta le ofrece protección entre una lluvia de balas. Pasados los primeros instantes las detonaciones se hacen menos frecuentes, pero el sordo rumor de la muchedumbre que ha forzado su entrada al palacio, se aproxima, cada vez más, a la sala de sesiones y luego, al resplandor de la escasa luz que se filtra por las claraboyas, se divisan las figuras de aquellos hombres que van a gobernar en Francia.

Todos lo comprendían ya, la monarquía francesa había caído.

Danton es el nuevo Ministro de Justicia, pero en realidad encarna el Poder Ejecutivo. Aquellos que formaban la oposición, aquellos que, cuando hubo de clausurarse el Club de los Cordeliers bajo el ímpetu de la reacción monárquica, pasaron a discursar en los jacobinos, son los que dirigen ahora la Commune y la Commune es la dueña del poder.

Pero la verdad es que no hay orden ni autoridad de ninguna especie en París. La peor y más sangrienta de las anarquías impera en la capital de Francia. Los monarquistas son asesinados en las prisiones y en las

calles sin que nadie lo pueda evitar. El caos se hace aún peor cuando se difunde en París la noticia de que los ejércitos aliados han atravesado la frontera el 19 de Agosto. El 23 se rinde Longwy, el 30 es sitiado Verdún. La desesperación, el terror, la locura se apoderan hasta de los ánimos mejor templados. Del Hotel de Ville pende una enorme bandera negra con la palabra *Peligro* escrita en gruesos caracteres blancos.

Lo peor es que toda la sangre vertida en esos trágicos días ha empañado el nombre de Danton haciendo imposible, hasta el día de hoy, lavar la mancha. Sin embargo la actitud por él asumida es, hasta cierto punto, excusable si se la analiza detenidamente y sin apasionamiento. Claro está que pudo haber salvado muchas vidas, el solo prestigio de su nombre bastaba para ello sea cual fuere la anarquía en que se hallaba sumido París, pero no lo hizo porque no era posible, sin riesgo de al fin caer él también y con él Francia, defender a unos hombres que con razón todos odiaban, puesto que habían traicionado a la Patria.

Danton en aquellos días semeja una roca en un mar agitado, sólo el parece conservar la serenidad que todos han perdido. Sus propios colegas en el Ministerio quieren abandonar París, él los contiene:

«¿A dónde pensáis ir?»—pregunta.

«Debemos ir a Blois y llevar con nosotros al rey y al tesoro»—le responde Roland.

«Tened cuidado Roland y no habléis demasiado de marchar, el pueblo podría oírlos.»

En medio de todo el desorden

Danton organiza la defensa, reúne armas y equipa un ejército de voluntarios. Quiere encauzar la pasión del pueblo hacia fines constructivos y pronuncia un discurso magistral, cuyas últimas frases están esculpidas en el pedestal de su estatua.

Es elegido para formar parte de la Convención, en vista de lo cual renuncia al cargo de Ministro de Justicia. La Convención proclama la República el día 26 de Septiembre y la atmósfera parece aclararse un poco cuando llegan las primeras noticias alentadoras, como la de la retirada de los prusianos en Valmy. Danton ha negociado secretamente con los aliados y obtiene la evacuación del territorio francés.

Hacia fines de Octubre Danton sale de París con dirección a Bélgica donde debe cumplir una misión en el ejército. Vuelve en Enero de 1793. Al día siguiente está junto a su mujer agonizante, se llena de amargura y de desesperación, lo cual sin duda influye en la actitud que adopta en la Convención cuando se juzga al rey; vota por la muerte de Luis XVI. Durante la segunda quincena de Febrero Danton pierde a su esposa. Acababa de regresar de Bélgica por segunda vez cuando conoce la fatal noticia.

Es en esta época que surge en el cerebro de Danton una idea que estaba llamada a tener gran trascendencia: concibe la formación de un gobierno fuerte, dictatorial. El 8 de Marzo pronuncia el primero de una serie de célebres discursos. Después hace un llamamiento a París; algunos desastres acaecidos en esos días parecen venir en apoyo

de sus planes. Su proposición es presentada con hábiles argumentos y logra hacerla aprobar aún frente a los ataques de los girondinos. El Comité de Salvación Pública había nacido. Danton es uno de sus miembros, los otros son: Barrere, Delmas, Breárd, Debry, Marvaux, Cambon, Treilhard y Lacroix.

Al fin existe una institución en Francia, algo que coordine las actividades revolucionarias, algo que desarrolle una labor constructiva. Pero esto no es todo, las fuerzas de izquierda están trabajando por adueñarse del poder. Los girondinos son expulsados de la Convención y el propio Comité de Salvación Pública experimenta notables transformaciones a medida que pasa el tiempo. Esta trágica lucha tendrá un final aún más trágico: el Terror. «En el primer Comité de los nueve Danton lo es todo. El lo formó y él lo rigió. Sin embargo hacia el final de su breve existencia comienza a dejarse sentir la presión de los jacobinos, de Robespierre y de St. Just, triunfando la Montaña. La pérdida del poder por parte de Danton dan por resultado la disolución del antiguo Comité, y cuando el nuevo se forma—el 10 de Julio—se inicia otro período. Se aumenta el número de sus miembros a doce, dando entrada a los partidarios de Robespierre.» (Pág-255-256).

Pero aunque Danton ya no forma parte del Comité colabora desde fuera con el gobierno, es el Consejero de Francia. Sin embargo cada día aumenta su desaliento al ver cómo los extremistas ganan terreno y cómo el Comité que él ha formado

es una máquina tan demasiado poderosa que amenaza con aplastar a todos, inclusive a su propio creador.

Enfermo, triste, desilusionado regresa a Arcis, cerca del campo, al que tanto quiere como todo buen francés. Contrae matrimonio por segunda vez, pero él no ama a su nueva esposa; y ella tampoco lo ama a él. A fines de Noviembre vuelve a París. Ha recuperado la salud y la energía.

El Terror impera en Francia. Danton desde la Convención y su amigo Desmoulins desde las columnas de su flamante periódico, el *Vieux Cordelier*, procura acabar con el estado de cosas existentes. De antiguos extremistas se han convertido, por la fuerza de las circunstancias, en nuevos reaccionarios. Parecen tener éxito en un comienzo. Robespierre se acobarda, pero luego domina la situación. A mediados de Enero es encarcelado Fabre d'Eglantine, pese a la defensa interpuesta por Danton; el gobierno dió razones de Estado y asunto concluído. Es así como Robespierre comienza la ofensiva. Su primer golpe lo descarga sobre los hebertistas, el segundo sobre Danton y sus partidarios: d'Eglantine, Desmoulins, de Séchelles, Lacroix, Westermann.

Uno de los mejores capítulos en la obra de Hilaire Belloc es aquel en que nos describe el proceso y la muerte de Danton. Tiene, este capítulo más animación, más movimiento, más interés que los anteriores. Como dijimos en un comienzo, toda esta brillante epopeya, la epopeya dantoniana aparece rela-

tada, en el transcurso de la obra, sin la fuerza, sin el dinamismo que se requiere en una biografía. Este último capítulo hace que al cerrar el libro nos llevemos una opinión más favorable de él. La verdad es que la obra de Belloc tiene erudición y constituye un brillante aporte a la historia de la Revolución francesa, pero, volvamos a repetir, carece de valores estéticos; en una palabra, es una biografía hecha sin arte.

Una vez preso Danton y los suyos, estaban de antemano escritas sus sentencias de muerte. El proceso fué una mera farsa y una farsa de las más burdas y mal hechas. Se le acusa de haber ayudado al rey, de haber masacrado al pueblo en los disturbios de Agosto del pasado año, etc., etc. Nadie cree ni una palabra de la acusación, excepto, quizás, el inocente de St. Just. En la Convención sólo Legendre lo defiende: «Conceded a Danton—dice—que sea oído en la Convención», pero entra Robespierre, pregunta si están ahí para defender principios u hombres, Legendre no sabe que contestar, murmura unas disculpas y el proceso sigue su curso.

El 3 de Abril comienza Danton su defensa, una defensa magistral. No va dirigida al jurado, al tribunal, compuesto por unos cuantos infelices, sino que a la Historia. «El día, aun estando la estación en sus comienzos, era caluroso y las ventanas que daban al Sena estaban abiertas. La multitud se apretujaba a las puertas y se extendía hasta más allá del Puente Nuevo, al otro lado del río. Todo lo que se decía ante el tribunal corría de boca en boca y

los murmullos demostraban lo atentamente que se seguían las palabras del gran tribuno». (Pág. 312).

El 5 de Abril se reúne el tribunal a las ocho y media de la mañana. El jurado delibera y decide, por unanimidad, declarar culpable a Danton y los suyos. Sólo uno no se atreve a dar tal veredicto, pero otro se acerca y le explica: «Esto no es un proceso; es un sacrificio. Danton y Robespierre no pueden existir juntos ¿cuál de los dos creéis que es más necesario para la República? «Desde luego Robespierre es necesario, pero...» «Basta, con eso que habéis dicho ya habéis dado vuestro fallo».

Entre las cuatro y cinco de la tarde de aquel mismo día, dos carreteras trasladan a los acusados desde la Conserjería, al través de las calles de París, hasta la plaza de la Revolución. Es una hermosa tarde de Primavera. Ya el sol envía sus últimos rayos sobre aquella ciudad llena de tragedias, cuando por fin Danton sube al cadalso; sereno y firme, igual que en sus mejores días; como el aristócrata Héraul de Séchelles, contempla a la muchedumbre con olímpico desprecio. Sus últimas palabras van dirigidas al verdugo: «Enseña mi cabeza al pueblo, merece la pena».

Tal fué la existencia de este hombre, uno de los más grandes de Francia y junto con Mirabeau, el personaje más importante de la Revolución francesa. En él, se puede decir que está contenido todo lo que ese movimiento ha dejado como herencia al mundo moderno. Su historia ha sido repetida miles de ve-

ces, pero conviene recordarla de vez en cuando, tal es el objeto de estas líneas.

Al través de la obra de Hilaire Belloc se nota que este simpatiza casi incondicionalmente con Danton. Se vé que le profesa una admiración sincera, quizás un tanto vehemente, y desde luego el propio Belloc nos advierte en la Introducción que esta biografía fué escrita en sus años de juventud. Ello no obsta, sin embargo, para que sea un libro muy bien documentado, aunque su material, en la mayoría de los casos, no es de primera mano. Nada nos dice que no se haya sabido antes sobre la vida de Danton, pero se hecha de ver que conoce la materia muy a fondo y que su obra es el producto de largos y fatigosos estudios. Corrige varios errores y uno de ellos nada menos que a Michelet, quien hace aparecer a Danton como pidiendo clemencia para el rey cuando en realidad votó por su muerte. En suma podemos decir que es un libro que debió publicarse —René Ballivian Calderón.

## CUENTOS

LOS CUENTOS, por *Luis Durán*, 1921-1932.

A fines de 1929, año pobre en nuestra Literatura, que mostró el franco retroceso de algunos escritores, soit disant, consagrados, apareció *Tierra de Pellines* para contrapesar el solitario y merecido éxito de Mariano Latorre.

En su última dedicatoria Durán me llama optimista, y tiene razón. Un optimismo consciente me hizo suspender el juicio sobre sus cuentos hasta el encuentro con su próximo libro *Campesinos*.

Dadas las promesas que brotaban en sus primeras páginas, consideré necesario aguardar una madurez que, sensiblemente, es menos valdera que el propio retoño. El grano no muere en los predios de Durán. Porque *Tierra de Pellines*, con su olor a yerba fresca y ese gusto a máquina maravillosa para hacendados buenos que no pueden con los caracoleos psicológicos, entra mejor en la posición, un poco exterior y llena de malicia de trago de dieciocho de Septiembre, con que Durán se pone a hablar de los paisajes, de los hombres y de lo que es entretenimiento que endulza la sobremesa campechana y forma y conforma la urgencia de interesar el trato humano entre los campesinos, de alzarlo con alas de leyenda más arriba del terrón.

Maupassant, el mago de los cuentos, escribió a los 30 años. Durán, compañero de tardanza, no lo imita, pero, en cambio, nos hace vaciar en el recuerdo de la grata sensación del corte del maestro francés esa impresión tan chilena de sus historias.

*Tierra de Pellines* es un libro sin incidencias, suave, mínimo, deliciosamente pueril en ocasiones. Cierta medida y discreción latinas, un tanto anémicas, refrenan la picardía, la envidia brava y esa vibración nacional que no sabe jamás a

patetismo en sus cuentos, como en la verdad.

Si el contenerse frente al tintero cercena la evanescencia y la deliquesencia de todo autor, el esquivar el ojo de la crítica honrada sobre nuestros balbuceos hace mal. Por eso Durán es intermitente.

La buena cosecha de sus exploraciones regionales alimenta, repleta el habla gruesa de sus personajes.

*El Reni* y *La Chascuda*, cuentos para infundir miedo a los boyeros más valientes, huelen a campo nocturno, después de mirar en los labios remojados de mate de las comadres viejas una historia de duendes. El Maigo de *La Picada* ayuda a olvidar las depresiones y encrespaduras de su prosa fácil, pero novicia. *Doña María de los Perros*, me envolvió en esa simpatía emocionada que inspiran las *mamás* regodeonas y las manos que amasan el milagro dominical de las empanadas.

Y no se extrañe el lector si oye hablar en tumulto de los cuentos de Durán, pues entre *Tierra de Pellines* y *Campesinos* no existe sino un delgado intersticio que separa una base sabrosa y saludable, de una armazón que contiene los mismos ingredientes, pero, eso sí, más livianos y mejor combinados. La palabra donosura se creó para explicar el arte de uno de los cuentistas más amenos de Chile.

En *Campesinos*, *Vino Tinto* y *El Pato* me vuelven más cordial la amistad con los relatos insospechados de Luis Durán.—Carlos Vattier B.

LOS APARECIDOS, por *Luis Roberto Boza*.

Luis Roberto Boza es también un aparecido. Ausente de la literatura activa desde hace varios años, su vuelta nos llena de sorpresa. Suponíamos que no escribiría ya más. Luis Roberto Boza pertenece a una generación de escritores que, en su casi totalidad, han enmudecido, abandonando las labores literarias aunque no las aficiones. El cambio brusco de los valores literarios, sobrevenido en pleno crecimiento del modernismo en Chile, y el advenimiento de una generación más ambiciosa, más enérgica y más trabajadora, casi industrializada, los desplazó, o se retiraron voluntariamente, dando por terminada la carrera que empezaron precozmente y con bríos.

Empieza este volumen (1) con el cuento *Los aparecidos*, premiado, según reza una nota, en el primer concurso literario de *La Nación*, de Santiago. Es decir, que desde entonces acá, este autor no ha producido nada más ni nada mejor que lo que acompaña, en el presente volumen, a dicho cuento. Muy pocos es. Sin embargo, con ser poco, es interesante, interesante no tanto como labor literaria, sino como representación de un modo literario que ha desaparecido completamente de nuestras letras.

En efecto, en las páginas de *Los aparecidos* no se encuentra ninguna imagen absurda o violenta, de esas tan al gusto de hoy. Las que hay

(1) Empresa Letras. Colección de Autores Chilenos. Santiago, 1932.

son serias, sobrias, equilibradas lógicamente y no aparecen sino cuando hay necesidad de que aparezcan. Luis Roberto Boza piensa, y en eso tiene razón, que la imagen no es cosa que se deba prodigar demasiado. Desgraciada una obra que quiera valer por sus imágenes, es decir, por sus adornos. La imagen no es la literatura, sino un modo de matizarla, de alivianarla, de embellecerla. Desde este punto de vista, aunque las imágenes de Luis Roberto Boza no sean de las mejores, merece este autor nuestra adhesión.

Otro aspecto curioso de sus cuentos reside en el hecho de que en los dos cuentos en que la narración está hecha en primera persona, los personajes son artistas. En *Los ojos color de café* el personaje es un escritor:

En una mañana, ¡oh cielos! la halló en mi cuarto curioseando, con febril avidez mis manuscritos, leyendo trabajosamente—apenas si sabe deletrear—las cuartillas de una novela romántica que yo escribo en las horas nocturnas, hasta el amanecer.

En *La jaguareza* dice:

Me despedí con el propósito de no volver nunca. Pero... en la tarde llegaba de nuevo, con mis libros, dibujos y tanagras, dispuesto a instalarme en uno de sus soleados cuartos. Allí puse mi caballete; arreglé mi bohardilla con mis telas y mi Venus Afrodita floreciendo en el maremagnum de papeles, novelas trucas y versos simbolistas.

El personaje es también un artista, pintor o escritor, no sabemos bien, pues echa la culpa de sus desatinos a la literatura:

—¡Ah, el pus de tus literaturas!— me dije con rabia; y lento, agobiado por no sé qué culpas, vagué por las calles, me sumí en el fango de los prostíbulos.

Hoy no se encontrará en Chile, entre los escritores de la nueva generación, ninguno que aparezca, en un cuento propio, narrado en primera persona, como escritor o pintor, ni ninguno que escriba en estos términos:

¿Ojos de Astarté, divinizados por los fenicios? ¿O de Venus Istar, por los babilonios? ¿O los inexcrutables de la Esfinge de Thebas?

Eso esta pasado de moda. Se puede aparecer como marinero o como aviador, pero jamás como escritor o como pintor, hablando de Rubén Darío o Amado Nervo... Fuera de este tono semi-romántico y semi-modernista, que hace aparecer al libro como escrito hace veinte años, los cuentos de Luis Roberto Boza que aparecen en este volumen, interesan, tienen notas fuertes, acertadas. Llegan a dar la sensación que el autor persigue. Un tono de tristeza, muy propio de aquella época de amargura, de tedio, acompaña a los cuentos.—M. R.

CARTUCHO. (Relatos de la lucha en el norte de México), por *Nellie Campobello*.

Si Panait Istrati comenzó sus tareas literarias en plena madurez física, y se instaló de un salto en los escaparates de la notoriedad mundial, esta Nellie Campobello, salida apenas de la pubertad, asombrará

a los países de habla castellana con su «Cartucho» (1), en que Pancho Villa y sus generalotes viven y luchan como hombres, y toda una región de México aparece envuelta en la neblina de las balas revolucionarias.

Como si ignorase las fuertes virtudes evocadoras de su pluma, temerosa de sus pretensiones literarias, la autora de «Cartucho» nos va contando, con sencillez maravillosa, lo que vieran sus ojos de niña sorprendida.

No ha querido hacer literatura, y eso mismo ha hecho de sus relatos piezas admirables, llenas de gracia y de sinceridad. Acaso ignora que tiene un gran talento literario, y un fuerte poder de síntesis para fijar escenas y personajes.

Libro el suyo de simples narraciones, tiene cada una la estructura del cuento, y acaso haya en más de alguna la fuente de una novela futura.

Nellie Campobello es dueña de un estilo muy personal, lleno de colorido y de aciertos de lenguaje, y apenas si tiene su libro una que otra vacilación narrativa.

Queremos copiar la página que ella intitula «Elías»:

«Alto, color de canela, pelo castaño, ojos verdes, dos colmillos de oro». Se los habían tirado en un combate cuando se estaba riendo». Gritaba mucho cuando andaba a caballo, era que casi siempre se emborrachaba con «sotol». ¡Viva Elías Acosta!, gritaban las gentes cuando él pasaba por las calles de la Segunda del Rayo. Elías era el tipo del hombre bello, usaba

(1) Ediciones «Integrales». México, 1931.

mitazas de piel de tigre, una pistola nueva y la «cuera» indispensable entre los Generales y Coroneles; siempre se reía mucho. Cuando quería divertirse se ponía a hacer blanco en los sombreros de los hombres que pasaban por la calle. Nunca mató a nadie; era jugando, y no se disgustaban con él.

Elías Acosta era famoso por villista, por valiente y por bueno. Era del pueblo de Guerrero del estado de Chihuahua, sabía llorar al recuerdo de su mamá, se reía cuando peleaba y le decían «loba». Era bastante elegante, yo creo que muchas mujeres se enamoraban de él.

Un día, muy borracho, pasando por la casa a caballo, se apeó, se sentó en el borde de una ventana, pintó muchos monos para regalárnoslos, luego escribió el nombre de todos y dijo que iba a ser nuestro amigo, nos regaló una bala de la pistola a cada uno, de recuerdo. Tenía el color de la cara muy bonito, parecía un durazno muy maduro. Su asistente le ayudó a subir y se fué cantando, y ese día él había hecho un blanco.

Hemos copiado íntegro el relato más breve para que se aprecie el talento innegable de esta niña mexicana. Hay otros de mayor corrección formal y de mayor colorido, pero su extensión nos habría obligado a transcribir sólo un fragmento.

Con este libro de ciento cuarenta páginas, sin haberlo pretendido, y acaso sin desearlo, Nellie Campobello se gana un sitio entre los grandes escritores de América.—*C. P. S.*

## POESIA

LA HUMANIZACIÓN DEL PAISAJE, por  
*Raúl Lara.*

Se ha producido el cansancio en

la poesía. No tanto el cansancio en el que escribe como el cansancio en el que lee. Han desaparecido las formas clásicas, el lenguaje que la poesía usó hasta el modernismo resulta anticuado, la rima parece estúpida, la música de los versos es hoy algo personal más que algo literario, prefijado. En estas circunstancias, cuando la mayoría de la producción poética no provoca ya reacciones en el cansado espíritu del que entiende de poesía, escribir y publicar un libro de versos es exponerse a recibir un desaire. Abandonada la estructura exterior y anterior de la poesía, los poetas buscaron caminos nuevos, formas nuevas y nuevos tonos y modos de expresión verbal. Sobrevino una época de espantosa confusión, donde más se balbuceaba que hablaba, donde no se entendía nada, ni, lo que es peor, se percibía nada. Algunos poetas intentaron despertar las reacciones por medio del ingenio y vino la greguería en verso. Pero la greguería en verso resulta tan aburrida como la greguería en prosa. Terminado eso, no queda sino seguir buscando. Ciertos poetas han encontrado lo que buscaban. De aquella confusión de los primeros tiempos han extraído la certidumbre de que la poesía está, más que en el valor musical o corriente de las palabras, en el valor subjetivo de ellas, en lo que sugieren aisladamente por sí mismas, en sus oscuras y desusadas relaciones. La palabra es el único modo de expresión de la poesía, y siendo así, la única manera de renovarla está en renovar los valores propios de su modo de expresión. Por ahí parece que hay que buscar,



por lo menos en lo que se refiere a uno de los aspectos de la poesía.

Otros poetas han encontrado su camino, además del que representa la renovación del léxico, en la pintura del ambiente y color regional. Los brasileños, en este sentido, han demostrado notables progresos y algunos de sus poemas tienen el tono, el color y el grado casi perfectos. En nuestro país los poetas siguen, casi todos, sólo tres líneas; la greguería, las palabras en libertad y un término medio, de transición, podríamos decir, que es el adoptado por Raúl Lara.

El libro (1) de este poeta empieza diciendo:

Sólo de tocarlo  
con sus manos blancas,  
el alba  
abrió los ojos  
del paisaje ciego.

Esto no es malo, pero tampoco es bueno. Desde el punto de vista actual, es indefinible. Hay ingenio, pero el ingenio no es la poesía. Sigue:

Trémula visión de la Samaritana,  
una campesina  
vuelve de la noria  
trayendo en sus brazos  
un cántaro de agua.

Luego,  
con su túnica blanca  
y la humilde sandalia,  
yo oí decir al alba  
su divino sermón, en la montaña.

Hay musicalidad, pero nada más. La música antes que nada, pero también algo más que la música.

(1) Editorial Run-Run. Santiago, 1932.

Lo mismo que palabras extendiendo  
[sus alas,  
de sus labios rodaron  
lentamente los pájaros;

Hay en estos tres versos una aproximación deliciosa. ¿En qué consiste esa aproximación? No lo sabemos. Hay sugerencia, las palabras expresan más de lo que dicen. Pero:

o bien,  
era su voz un ruido de campanas,  
dulce como la fruta  
que cae de las torres...

Aquí cambia el estilo y ya no hay nada. ¿Qué podríamos decir a este poeta? Que busque. Es lo único que se puede hacer.—*M. Rojas.*

ROSA Y PALOMA. (Cantos), por *María Julia Gigena.*

Aunque extraviada no poco en caminos ajenos, esta poetisa argentina lanza su primer libro cuando ya dejó muy atrás la época del baluceo literario.

Finura de espíritu, forma correcta casi siempre, aunque sin dominio total de la expresión rítmica, esta «Rosa y Paloma» pone en evidencia un rico temperamento poético.

Cuando logre desprenderse totalmente de algunas influencias bien marcadas que su libro deja ver, ganará su verso en personalidad y en emoción.

Habilidades de forma que Góngora trajera a la lírica castellana, y que García Lorca resucitara con éxito no discutido, están en este libro (1) de María Julia Gigena,

(1) Cía. Impresora Argentina. Buenos Aires, 1932.

sin la gracia del original. En la página 17, dice: «están en el «muelle, muelle», y en la página 27: «Yo quiero la noche, noche».

Pequeñas fallas de la inexperiencia, seguramente las irá borrando de su obra futura, y tendremos así a otra gran poetisa suramericana.

Para regocijo de los lectores de «Atenea», transcribimos íntegro su poema «La niña que alegra la orilla del mar»:

¡Qué alegre cantar  
nos llega del mar!  
¡Qué linda la niña  
que lo hace rodar!

Arenas de oro  
debiera pisar  
la niña que alegra  
la orilla del mar.

En sus piernas blancas  
las olas aplauden,  
y canta la niña  
para el mar y el aire.

Las gaviotas bajan  
para recoger  
las gotas de canto  
que deja caer.

Callada se vuelve  
al caer la tarde;  
lleva agua en los ojos  
y espuma en el talle.

¡Qué niña ésta niña,  
la niña de nadie,  
que canta tan sólo  
para el mar y el aire!

ACHALAY. (Poemas del lugar Calchaquí), por *Rafael Jijena Sánchez*.

Este poeta argentino que con «Verso Simple» se hiciera aplaudir con entusiasmo muy justificado por la crítica chilena, colocándosele entre los mejores poetas que tiene América en la hora que vive, ha

publicado la tercera edición de sus poemas criollistas.

Siempre hemos creído que la literatura regional, mejor diríamos lugareña, tiene mérito bien relativo para el que la juzga en otra tierra y bajo otro cielo. Se aprecian la maestría del autor en lo que atañe a la forma y al dominio del decir popular, pero casi nunca logra transmitirse la emoción que estremece. Acaso Vicente Medina, con sus «Aires Murcianos», sea la excepción en esta generalidad que afirmamos.

Este libro (1) de Jijena Sánchez, que obtuviera el primer premio Municipal en Buenos Aires, muestra el talento poético de su autor y su evidente señorío de la forma. Pero nos quedamos con su «Verso Simple», que canta la vida del hombre en el mundo, sin encasillarla en un rincón pintoresco de la tierra argentina. Más humano y más fuerte, con más honda vibración, vivirá mucho más que este hermoso libro de cantos regionales.

El temor a que los errores de imprenta desfiguren la belleza de su poema «A la Virgencita del Valle», nos impide copiarlo aquí. El lenguaje popular en que está escrito dificulta la transcripción.

EL MINUTO AZUL. (Poemas Románticos), por *Horacio Zúñiga*.

No hace muchos meses, y en esta misma sección de «Atenea», co-

(1) Cía. Impresora Argentina. Buenos Aires, 1932.

mentamos el libro «Mirras» de Horacio Zúñiga, el conocido educador mejicano.

Ahora que nos llega este «Minuto Azul», (1) vemos que sus alumnos, en un simpático gesto de comprensión espiritual, recogerán toda la obra poética de su maestro en tres volúmenes, dos de los cuales ya han visto la luz.

No nos parece justo el calificativo de «románticos» que da el autor a sus versos, ya que en nada difieren de sus poemas «orfébricos», como él mismo llamara a sus estrofas de «Mirras». Trabajados afanosamente, siguen siendo parnasianos, lo que vale decir, un poco fuera de la época. Sin inquietudes espirituales, sin imágenes novedosas, tienen la forma elegante de cualquier parnasiano y la vaciedad de un Juan de Dios Peza.

Para que se le juzgue en lo que vale, y no se diga que en nuestro afán modernista rechazamos como de mala ley versos que tienen un alto significado artístico, copiamos aquí su soneto «Tu palidez»:

Tu palidez es triste «como» de  
[albor de luna,  
«como» de nieve enferma, «como»  
[de rosa-té;  
se arroban en sus sedas quietudes  
[de laguna  
y duerme en sus marfiles la luz de  
[lo que fué.

Su levedad de pétalo con mi dolor  
[se aduna  
porque los dos son mansos y tienen  
[no sé qué;  
tu palidez es dulce «como» can-  
[ción de cuna,

(1) Talleres tipográficos Gómez y Rodríguez. México, 1932.

«como» fervor de beso, «como» tem-  
[blor de fe.

Tu palidez es de una belleza do-  
[lorosa,  
«como» lo que suspira, «como» lo  
[que solloza,  
«como» lo que se pierde, «como» lo  
que se va.

Tu palidez alumbra «como» la de  
[los cirios,  
es «como» de holocaustos, es «como»  
[de martirios,  
«como» de beatitudes, «como» de  
más allá!...

La pobreza imaginativa del autor de «El minuto azul», característica de la escuela parnasiana, llega al límite increíble de ver usado quince veces el término comparativo «como» en catorce versos.

Podríamos continuar indefinidamente esta citas de comparaciones vulgares; pero creemos que para muestra elocuente, basta con el soneto copiado.

A pesar de su numerosa obra poética, Horacio Zúñiga no pasa de ser un poeta de cuarto orden en la lírica mexicana.—P. S.

## HISTORIA

PÁGINAS OLVIDADAS, por *Benjamín Vicuña Mackenna*.

La labor de Vicuña Mackenna en el *Mercurio* cabe, y no muy holgada, por lo menos en cincuenta volúmenes. El llevar a cabo la paciente tarea de aislar de la sepultada maraña de los viejos números la parte más interesante del enorme acervo de artículos de Don Benjamín, es un respetuoso tributo a su memoria,

un regalo para los estudiosos del grande hombre. Tal es el trabajo emprendido por los señores Ricardo Donoso y Raúl Silva Castro. Con buen tacto reunieron los diversos aspectos del padre de los periodistas, de los verdaderos periodistas chilenos, hasta formar un volúmen ejemplar, cuya atinada distribución proporciona luces de guía al lector que aspira a recorrer el extenso dominio de este genio multiforme. Su material es el siguiente: Impresiones de viajes, Artículos de Historia Literaria, Reminiscencias Políticas, Artículos Históricos y Artículos de Historia Local.

Podemos advertir con claridad que tal división obedece al propósito de dar una noción sucinta de las zonas en que campeaba el periodismo de Vicuña Mackenna.

Trae también este valioso libro un Prólogo de Carlos Silva Vildósola, que no interpreta tan sólo al periodista, sino que logra entreabrir una ventana de lucidez para mirar al hombre, al genio intrínseco de Vicuña Mackenna. Sus últimos párrafos, no exentos de emoción, son una demanda de amparo a la bondadosa inmortalidad del esclarecido patriota. El humilde pedido de este escritor debería simbolizar los clamores de todo el pueblo chileno frente a su recuerdo. Clamores que no irían a suplicarle un triunfo descansado, sino más bien una gota de su hombría para enderezar un rumbo asaz torcido, un destello de clarividencia para ahuyentar sus groseros mirajes de gente que, como Budas sin caridad, viven contemplándose el vientre.

*Páginas Olvidadas* trae patentes el humor criollo, la abundosa flexibilidad y la utilidad del númen de este enjundioso y documentado cronista social que fué don Benjamín Vicuña.

Nos basta citar la correspondencia referente al dramático asunto de la princesa Troubetzkoi con don Florencio Blanco Encalada para dar una idea del interés que despierta esta colección. Vicuña nos pinta a don Florencio Blanco como un héroe y una víctima propiciatoria de esa buena educación que nace del alma y es rara avis en nuestro medio social. Este gentilhomme, que como ningún suramericano impuso su personalidad en la corte de Napoleón III, cayó en poder de esos verdugos que fueron los hijos de su mujer, para dar a la tradición íntima de la clase alta un ejemplo de virtud aristocrática. Vemos en este relato el caso de un hombre hecho y derecho que sacrificó bienestar y pasión por la pasión de una finura convertida en razón de ser. Constituye por eso una de la más emocionantes historias del gran mundo chileno, si así osamos llamarlo.

La imaginación, fuente viva de donde emana la interpretación, anima estos artículos, llenos de gracia y vigor.

Ahora que releemos la obra de Vicuña Mackenna estamos más en pugna contra aquellos que lo tildan de fantástico. Pertenecen estos a la misma fauna de ciertos acarreadores de datos fallecidos, que brotan en Chile como la mala yerba, se hacen llamar historiadores y caen desplomados bajo el peso muerto que

levantaron de las osamentas del tiempo.

En Vicuña Mackenna lo pretérito se transfigura en presencia urgente, tiene la ventaja de lo pasado respecto a la perspectiva de comprensión, toma nueva vida sin perder su esencia evidente y, al engranarse con lo actual, es previsión y predicción de acontecimientos. En manos de Benjamín Vicuña la Historia se convierte en función vital; deja de ser mero recorderis para entrar como elemento activo al laboratorio humano. Hay páginas de su obra en que el dato histórico propiamente tal pasa a segundo término, aplastado bajo la experiencia que el mismo propuso. Y, generalmente, aunque este dato ande descaminado, la consideración de Vicuña es siempre útil y positiva.

Vicuña Mackenna fué, en Chile, el precursor de la actual tentativa de formar una Historia consciente. Adivinó que así como el tiempo se petrifica en las fechas, de nada sirve una Historia estrangulada entre fecha y fecha. Al conculcarle el fuego sagrado del espíritu la volvió permanente como la humanidad.

No es raro que, debido a la fecundidad y a la premura de su producción, destinada la mayoría de las veces a actuar como un ser pujante, su estilo no fuera el más bello. ¿Pero no se cuidó acaso de embellecer hasta el último rincón de nuestro Santiago? Obras son amores y no buenas razones.

La palabra—dice Anatole France—es como la honda de David: abate a los violentos y arrebatata a los fuertes.

Vicuña Mackenna vivía el poder de la palabra franca.—*Carlos Vattier B.*

## ENSAYO

EN COMPAÑÍA DE TOLSTOY, por don *Ricardo Baeza.*

Formado por una recopilación de ensayos de carácter literario, el último libro de don Ricardo Baeza (1) viene a reafirmar su prestigio de escritor de innegables méritos. A pesar de tratarse de estudios acerca de los temas más diversos, hay en todos ellos una preocupación común de índole literaria, que se manifiesta al esclarecer algunos aspectos de la vida de escritores célebres o en comentarios de libros. No se crea, empero, que Baeza oficia de crítico en esa labor mercenaria de opinar obligadamente sobre todo libro a la manera criolla tan conocida en nuestra tierra, donde la suficiencia de los críticos se exterioriza en juicios categóricos e inapelables, como reflejo del espíritu agresivo y menguado que los anima. Creemos, a pesar de lo que dicen algunos *dómines* de la crítica oficial, que toda crítica debe estar animada de simpatía, es decir, debe tener el crítico el espíritu abierto a la comprensión cordial de la obra ajena; menos puede pensarse que Baeza desmenuza el libro a través de los cánones de la preceptiva, haciendo con él una verdadera viseción para presentarlo escueto y sin vida, desprovisto de todo valer.

(1) «En Compañía de Tolstoy», por Ricardo Baeza. C. I. A. P.

Baeza toma como pretexto una obra para enhebrar alrededor de ella juicios personales sugeridos por el libro. Su labor crítica no adquiere, pues, los límites mezquinos de mero comentador de obras ajenas, pues él hace también obra creadora y escribe páginas tan dignas como las de los libros que le han servido de base para sus estudios. Para Baeza la crítica consiste, como lo pedía Anatole France, «en contar las aventuras de su alma en medio de las obras maestras.»

Así Baeza, valiéndose de un libro de Alejandro Borisovich Goldenveizar, nos presenta al desnudo la vida íntima de Tolstoy, pudiendo nosotros asistir a la tragedia doméstica del autor de «La Guerra y la Paz», presenciar sus desavenencias conyugales, el orgullo de su mujer y la incompreensión de sus hijos varones, todo lo cual impidió que Tolstoy pudiera realizar en plenitud su apostolado.

Es conociendo la vida íntima de Tolstoy como se puede penetrar en su psicología y saber cuál era su verdadero espíritu religioso y hasta dónde las pequeñeces del hogar le entregaban la acción mesiánica a que se sentía llamado. «La tragedia de Tolstoy—escribe Baeza—es la de no haber podido predicar con el ejemplo, el no haber sido el hombre de sus ideas. Tal es el buitre de este Prometeo.»

La huída del hogar realizada por Tolstoy en los últimos días de existencia en un gesto supremo de liberación, aparece a través de las documentadas páginas, de este ensayo, esclarecida en sus menores detalles

y sin esa leyenda sombría, acaso grotesca, que se ha tejido acerca de esta actitud del apóstol de Yasnaiia Poliana.

Preocupado Baeza de presentarnos el aspecto moral de Tolstoy, apenas si se refiere a su labor literaria. Cita unas palabras de Tolstoy recogidas por Borisovich que se refieren a la función del crítico, y que por considerar de interés y robustecer, hasta cierto punto, lo que decimos más arriba sobre el particular no resistimos la tentación de reproducirlas:

«El valor de la crítica consiste en señalar todo lo bueno que hay en una obra de arte, dirigiéndose así la opinión del público, cuyos gustos son generalmente toscos y la mayoría del cual no tiene el menor sentido de la belleza. Así como es difícil ser realmente un buen crítico de igual manera es facilísimo para el hombre lerdo y limitado convertirse en crítico, y tan necesarios como son los buenos críticos son de perjudiciales los malos...»

No es tarea fácil espigar lo más interesante y representativo de este libro, pues todo él, dentro de los problemas de carácter literario que Baeza estudia, forma un conjunto cuyo interés no disminuye en ninguna página. Sin embargo, no podemos dejar de referirnos a un artículo escrito a raíz de la muerte de Pierre Loti, verdadero tratado sobre «el espíritu del viaje»; a la interpretación de la conocida obra dramática de Pirandello «Seis personajes en busca del autor»; al estudio sobre «Los orígenes de don Juan», es decir, debemos citar todo

el índice... Sin embargo, merecen una alusión especial aquellos capítulos que se refieren a la vida social del escritor y a la influencia que en Francia han tenido los salones literarios. Observaciones todas ellas que muy exactamente cuadrarían a nuestro ambiente literario, donde nuestros escritores llevan una vida aislada o de pequeños grupos, en que la maledicencia no es algo exótico ni extraño a sus preocupaciones. Baeza se explica la ausencia de salones literarios en España no tanto al decantado individualismo de la raza, como «a la falta de todo espíritu coloquial. «El español—dice Baeza—no parece haber llegado aún a la etapa superior del diálogo. Diríase que no pasó de la fase primaria del monólogo». Aplicada esta observación a nuestro medio, es innegable su valor de actualidad. Es frecuente ver a un «intelectual» chileno de esos que firman manifiestos contra los dictadores y que están prestos a aceptar cualquiera sinecura que ellos los ofrezcan, parado en la esquina de una calle céntrica vociferando contra todo lo existente y diciendo que él tiene la clave de la salvación nacional, y sin aceptar que se le interrumpa, en medio de un auditorio por lo general indiferente, «el intelectual» monologa, escuchándose.—*Milton Rossel.*

LO QUE ELLOS HAN VISTO EN RUSIA.

Un libro del mayor interés social.

Una obra realmente interesante es la que acaba de publicar Empresa Letras en su colección Ediciones

Extra, destinada a dar a conocer al público grandes creaciones del pensamiento humano y obras de divulgación científica o social.

Nos referimos a *Lo que ellos han visto en Rusia*, acertada selección de don Carlos De Vidts, de trozos de alta calidad, escritos por viajeros economistas e intelectuales que vivieron en Rusia.

Así tenemos capítulos de un interés superior que se deben a figuras de relieve mundial, como Bernard Shaw, el genial humorista inglés, quien nos habla, con su clásica gracia, de Rusia y adquiere un tono más serio para referir la muerte de los Zares; Henri Barbusse el novelista de *El Infierno* y luchador por los oprimidos, quien relata largas entrevistas con Máximo Gorki; César Vallejos, el joven y ardoroso comunista peruano, de estilo movido y pintoresco; Heller, ingeniero alemán que estuvo en Siberia; Paul Haensel, célebre economista al servicio de Rusia durante más de 25 años, y disgustado con los Soviets; Liam O'Flaherty, el gran novelista irlandés, etc. La selección está hecha sin pasión, matizando los diferentes aspectos de Rusia y dando a conocer tanto las alabanzas como las opiniones en contra de la U. R. S. S.

EL HOMBRE QUE ESTÁ SOLO Y ESPERA, por Raúl Scalabrini Ortíz.—2.<sup>a</sup> edición.

Este libro ha tenido buena fortuna. Fué considerado por el P. E. N. Club de Buenos Aires como el mejor libro del mes (suponemos en

el que fué publicado, pues no se precisa) obteniendo también un premio municipal de literatura. Algún tiempo después alcanzaba su segunda edición. Buena fortuna, por lo demás, muy significativa, sino olvidamos que Raúl Scalabrini Ortiz está situado en la vanguardia de los actuales escritores argentinos y si también tenemos presente la calidad nada desdeñable de *El hombre que está solo y espera*, pues es frecuente que los autores llamados de vanguardia—a lo menos en Chile—sean escasamente leídos, menos premiados, ya que casi siempre los premios literarios recaen sobre obras o autores mediocres y la difusión de un libro, la mayoría de las veces, no tiene relación ninguna con su valor intrínseco. Raúl Scalabrini Ortiz, por suerte, no se halla en este caso.

En una de las primeras páginas de *El hombre que está solo y espera* (1), vienen, a manera de epigrafe, las siguientes palabras:

«¡Creer! He allí toda la magia de la vida.

Atreverse a erigir en creencias los sentimientos arraigados en cada uno, por mucho que contrarían las rutinas de creencias extintas, he allí todo el arte de la vida.»

Creer. Sin duda alguna existe la necesidad de creer, mas aun, el hombre debe creer. ¿En qué? No importa. El sentido ni el objeto de la creencia interesa, lo esencial es creer, ya sea en Dios, en el comunismo, en la ciencia, en el arte, etc. En el hombre que cree siempre hay

pasión, fervor, vehemencia y de él, sólo de él sale el individuo capaz de lo heroico, pues sin creencia no puede existir el heroísmo. Un individuo incrédulo es, además, espiritualmente incompleto porque carece de pujanza interior, de la cualidad endógena de seguridad en sí mismo, sin la cual no es posible la capacitación del individuo para mantener o exteriorizar una creencia. Existe, entonces, más dignidad, más varonía en el hombre capaz de sostener su credo, de sacrificarse por él que en el esceptico indolente que observa sonriendo aún los problemas más fundamentales de la vida.

¿Y el nihilista? Ah, el nihilista, es un hombre tremendo y desesperado que comunica tan violento fuego a todo lo que toca, que se entrega con tal totalidad a mantener su incredulidad, que llega a conferirle a ésta la fuerza de una verdadera creencia.

Raúl Scalabrini Ortiz, como buen argentino, cree en la «argentinidad», en lo «porteño», en «el espíritu de la tierra». Nos parece sin embargo que la Argentina como nacionalidad es todavía germen, intención, aspiración—como los demás países suramericanos—para que pueda existir entre sus habitantes el «espíritu de la tierra»; sin duda más acentuado, más definido este espíritu que en las otras repúblicas, pero aun no lo bastante formidable para diferenciarlo nítidamente, para demarcar el carácter argentino, país que aun no desarrolla sus peculiaridades fundamentales, pues no existe una cultura argentina, como la rusa o la francesa, por ejemplo. Y sin una

(1) Editor, Gleizer. Buenos Aires. 2.ª edición.



cultura independiente—a pesar de la interdependencia de las culturas—no puede haber una nacionalidad ni «un espíritu de la tierra».

Además, como las repúblicas americanas carecen de independencia económica y el factor económico es uno de los que condicionan más esencialmente el carácter de una cultura, los países indoamericanos (usamos esta palabra en un simple sentido geográfico) no podrán construirla mientras no obtengan su autonomía económica. Por ahora sólo somos regiones, no nacionalidades, con muchos aspectos diferentes es verdad, pero que no alcanzan todavía a precisar el carácter indeciso de estos pueblos; aspectos que determinan diversidades de clima, flora, etc., (1) las distintas razas que han influenciado al mestizo (predominando algunas en ciertos países y otras, en otros, como se sabe). Entonces, por hoy es prematuro creer en la «argentinidad» porque esta sólo existe en estado de gestación, de formación; es prematuro creer en ella, Raúl Scalabrini Ortiz.

Pero basta de divagaciones o consideraciones. Lo cierto es que *El hombre que está solo y espera* es un libro de interés y en él advertimos aspectos muy sugerentes sobre algunas características de los argentinos que, son, seguramente, la causa del éxito de la obra: característi-

cas que, como ya dijimos, no alcanzan a definirlos como nacionalidad, a pesar que todo el libro es un canto vigoroso de exaltación a ésta. Mas, el tema, el objeto escogido, en el presente caso, no interesa que sea exacto, comprobable; sí, la forma en que ha sido desarrollado, pues *El hombre que está solo y espera* no es un libro sociológico, histórico, etc., sino sólo literario. En este sentido pretende ser no obstante una obra de sabor autóctono; una obra, de manera exclusiva, argentina. Creemos ya haber dado razones para no estimarla así.

Tal vez no esté demás recordar que Scalabrini Ortiz dice de su libro que compendia lo que ha soñado y proferido durante muchos años en las redacciones, cafés y calles de Buenos Aires.

Lo que ha soñado, ciertamente. De otra manera no se explicaría que Scalabrini Ortiz viera características en el «porteño» que pueden ser o son características individuales ingénitas, no determinadas por un estado social particular sino que pueden florecer en cualquier hombre de la tierra. En el capítulo, entre otros muchos, titulado *Un olvido del egoísmo* se comprueba lo que afirmamos. Ahí habla este escritor de la amistad, comparando la amistad del «porteño» con la del europeo. Dice:

En la amistad europea hay un pacto tácito de colaboración, un complot de conveniencias sin escapatória ni empalmes sentimentales. En la amistad porteña hay un desprendimiento afectivo tan compacto que es casi amoroso. La amistad

(1) Wilfredo Pareto en su *Tratado de Sociología General* manifiesta que los factores que determinan una sociedad, una nacionalidad, son entre otros: el clima, suelo, la fauna, la flora, las condiciones mineralógicas, geológicas, etc. Como elemento interno, la raza y como otros elementos externos, las acciones de otras sociedades sobre determinada sociedad, etc.

européa es un intercambio. La amistad porteña es un don: el único de esta tierra.

La amistad porteña o la china siempre será un don, desgraciadamente escaso en Buenos Aires como en cualquier otra parte del mundo, nunca la característica de un conglomerado numeroso de hombres.

Termina el referido capítulo con las siguientes palabras:

La amistad (la «porteña») no persigue remuneración alguna. Se da libremente. Un buen amigo no podría ser feliz sabiendo que sus amigos no lo son. Dos amigos forman una tertulia, un mundo completo y ficticio en que el mundo ya no es valédero. La amistad porteña es un fortín ante el cual los embates de la vida se mellan. La amistad porteña es un olvido del egoísmo humano.

La amistad «porteña» y la de cualquier parte es y ha sido un olvido del egoísmo humano. Insistir en ello sería majadería. Bástenos recordar a Aristóteles que manifestaba que dos amigos eran un alma y dos cuerpos y a Zenón de Cicio que un amigo era un otro yo.

Podríamos continuar con ejemplos parecidos donde el entusiasmo de Scalabrini Ortiz lo hace ver peculiaridades inexistentes. Lo que ha soñado, su sueño que ya quisiera verlo realizado que lo empuja apresurándolo, haciéndolo impaciente, haciéndolo ver que existe un contorno, una forma, un todo orgánico, donde no hay más que intención, aspiración, germen. Esto no impide elogiar, sin embargo, la sabrosa calidad mental, el sobriolirismo, el pen-

samiento a menudo penetrante y original, el rico lenguaje, manejado con soltura y precisión que hace en *El hombre que está solo y espera* un buen libro americano.—*Arturo Troncoso.*

## EDUCACION

GRAMÁTICA LATINA, por el Dr. *Rodolfo Oroz*, profesor de Latín en la Universidad de Chile.

En los tiempos aciagos en que nos ha tocado vivir, se hace un gran hablar de reformas educacionales, de nuevos y peregrinos sistemas de educación. Y la juventud inexperta y, en más de un caso, desprovista de estudios sólidos y bien dirigidos, en su frenesí *de rerum novarum*, reniega de todo lo pasado, de todo lo antiguo, como si lo presente, el progreso, la cultura y la civilización fueran un producto espontáneo y esporádico y no un *devenir* natural y constante, fruto del esfuerzo, del estudio y del trabajo de todas las generaciones que, al través de los siglos, van sucediéndose con ritmo no interrumpido. Y con mucho filosofar a propósito y a despropósito, se han convertido en difíciles, problemas de suyo sencillos; se ha lastimosamente pervertido el fin primordial de la educación; se ha materializado la enseñanza so pretexto de hacerla más práctica, eminentemente práctica, renegando de la parte puramente intelectual, como si lo que los latinos llaman *praxis* no fuera consecuencia legítima y necesaria del desarrollo intelectual. Y en nuestro propio país, en este país en donde

la seriedad, la medida y el buen sentido eran proverbiales, no son pocos los que reniegan de la enseñanza humanista para seguir en pos de corrientes exóticas y peligrosas. ¡Pobres desgraciados que *blasphemant quod ignorant!* Porque la lucha en contra de la enseñanza humanista en nuestro país se asemeja a la de Don Quijote con los molinos de viento; porque en nuestro país no existe una enseñanza humanista que merezca los honores de tal, como tampoco existe la *alma mater* de ella que sería la Facultad de Filosofía y Letras con finalidades puramente científicas, espirituales y desinteresadas.

Sin embargo nadie que piense y conozca la historia del pensamiento humano puede negar la importancia educativa que tiene y ha tenido la escuela clásica o humanista. Porque su finalidad principal es la de formar y robustecer el espíritu desarrollándolo y educándolo en todas sus partes, en todas sus manifestaciones. *Escuelas de Humanidad* las llamaban los antiguos y no sin razón; pues ellas miran precisamente a la formación integral del hombre en sí mismo y como miembro de la sociedad.

La escuela humanista no desprecia ciertamente las ciencias como medio de educar la inteligencia. Las Matemáticas, en cantidad discreta y presentadas claramente en sus principios lógicos, le proporcionan los medios para comunicar al entendimiento el hábito del razonamiento riguroso y lógico; de las Ciencias Naturales toma lo estrictamente necesario para educar en el alumno el

espíritu de observación del mundo exterior, habituándolo al manejo del método experimental, al análisis y a la síntesis. De los idiomas modernos sólo utiliza lo necesario para poderse comunicar directamente con los hombres de su tiempo y vivir la vida en armonía con las necesidades del momento. Pero, por encima de todo, en la escuela humanista priva el aspecto histórico y literario. Porque en una lengua, en una literatura, en una historia, palpita todo lo que ha sentido, ha pensado y ha sufrido un pueblo. Educar por medio de ellas el espíritu significa darle soltura, elasticidad; desenvolverlo en todos sus aspectos, formar la mente y el corazón, desarrollar el sentimiento y el conocimiento junto con la conciencia de lo bello, de lo bueno y de lo verdadero. Nuestro espíritu se enriquece poniéndose al contacto directo de todo un pueblo; nuestra inteligencia se afina y perfecciona, pues el trabajo de traducir, contribuye, no en menor escala que las ciencias, a dar facilidad y vigor al hábito de pensar y de razonar. No es, pues, de extrañar que los hombres que más se han distinguido en las artes y en las ciencias hayan sido humanistas muy eminentes.

De todas las lenguas, las que mejor contribuyen a esta noble finalidad, son a no dudarlo, el latín y el griego; no sólo por las relaciones estrechas que tienen con los idiomas modernos, especialmente con los neo-latinos, sino por su propio valer intrínseco, por ser ellos la expresión de una grande civilización con la cual la nuestra se halla en ín-

tima consonancia. Porque entrando en el mundo antiguo el joven entra en un mundo semejante al suyo; pero muy superior, mucho más esplendoroso y poético. Es aquel el período en que las facultades del espíritu se hallan en continuo fermento y la fantasía en continua actividad y la memoria sumamente tenaz; hay en él un bello desorden de fuerzas vírgenes que se desenvuelven con una espontaneidad y un vigor portentosos. Y el único medio de entrar en el conocimiento directo del mundo griego y latino es el conocimiento perfecto de las lenguas de esos pueblos maravillosos que han dejado huellas imperecederas en la historia de la humanidad. Además la arquitectura de aquellas lenguas, su estructura, su organismo es más armonioso en todas sus partes, más estético que en ninguna de las lenguas modernas. Porque ellas se han ido formando cuando el hombre era más joven, las impresiones más vivas y sinceras, cuando toda la vida de los primeros pueblos se ocupaba precisamente en la formación de su lenguaje. No es, pues, de maravillarse que hombres de ciencias como Carpenter, Owen y Faraday coloquen el estudio de las lenguas clásicas como fundamento imprescindible de toda cultura que merezca los honores de tal.

Por esta razón los que luchamos por el honor de los estudios clásicos, vemos con singular complacencia la aparición de obras que como las del doctor Oroz, constituyen como una especie de oasis delicioso en los eriales en que se encuentran confinados nuestros estudios.

La Gramática Latina (1) que acaba de dar a la publicidad nos confirma una vez más en el elevado concepto que tenemos formado de este joven cultor de las lenguas clásicas y que, con tanto honor, tiene levantado el prestigio de los estudios humanistas en el reducido ambiente de nuestra Universidad.

Las palabras de M. A. Caro y R. J. Cuervo: Quien quiera estudiar bien el castellano (nosotros agregaríamos el italiano, francés, portugués y aun el inglés), necesita empezar por el principio que es el latín (Gramática de la lengua latina). le sirven de lema y, a fe que supo hacer completo honor a él. El mérito principal de esta Gramática es el de haber roto los moldes antiguos en disonancia ya con los modernos estudios filológicos y de haber aplicado el sistema histórico-comparado en la exposición científica de la estructura de la lengua latina. De esta manera el estudioso podrá formarse una idea cabal del mecanismo de la lengua latina, de su transformación al través de los siglos y de sus poderosos reflejos en la morfología y sintaxis castellanas.

Las atinadas referencias y comparaciones del latín con el francés y el inglés, además de constituir por sí solas una hermosa novedad, han de servir de poderoso auxiliar a los cultores de estos idiomas.

La materia desde el principio hasta el fin es tratada con orden estrictamente lógico y científico a la vez. Las leyes que rigen la estructura del latín son expuestas con claridad y

(1) «Editorial Nascimento». Santiago, 1932.

orden y corroboradas con ejemplos, en su mayoría clásicos, bien escogidos y sumamente educativos. Porque el distinguido profesor, al escribir su Gramática, no se propuso sólo proporcionar al alumno un conjunto de reglas, sino un guía seguro en que encuentre claramente explicados los más importantes fenómenos gramaticales que pueda hallar en la lectura atenta y provechosa de los clásicos.

En modo especial nos parece interesante la parte de la Sintaxis que se refiere a la proposición, que forma, a no dudarlo, la parte más intrincada y difícil en el aprendizaje del latín.

La obra se completa con varios apéndices a cual más interesante. Uno de ellos se refiere a la formación de las palabras y otros a las figuras de construcción y tropos, a la prosodia y métrica, al calendario romano, a las medidas, monedas y pesos etc. Un estudio detenido y bien documentado sobre la pronunciación clásica del latín rematan el excelente trabajo del doctor Oroz y hacen de él, según nuestra modesta, pero sincera opinión, la mejor Gramática escrita directamente en idioma castellano; porque su autor supo refundir el ella, con bello orden y admirable adaptación a nuestra idiosincrasia, cuanto de mejor se ha escrito en otros idiomas especialmente en alemán.

Al felicitar al autor por su hermosa obra que además se presenta en elegante vestidura tipográfica, hacemos votos muy fervientes a fin de que el estudio de las lenguas clásicas ocupen en nuestras Universidades el lugar de honor que ocupan en las

Universidades Alemanas, Inglesas, Francesas e Italianas.—*Dr. Mario Galbiati D.*, de la Universidad de Concepción.

### SEXOLOGIA

LA VIDA SEXUAL DE LOS SALVAJES,  
por *B. Malinowski* (1).

Como indica el traductor en una nota preliminar, este libro que hoy se presenta al público de habla española, «constituye el primer testimonio minucioso, fidedigno y científico que haya aparecido hasta la fecha en ningún idioma sobre la vida sexual de los salvajes. El tema debe calificarse de interesante y el libro de interesantísimo, luego de leído y ser considerado como una obra de valor extraordinario en los modernos estudios de antropología sexual.

Malinowski, profesor de Antropología en la Universidad de Londres, autor de una extensa obra etnográfica, lleva como lastre intelectual para su estudio unos completos presentes culturales. Pero la obra es de una objetividad tanto más halagüeña para el lector, cuanto más limitada a la exposición experimental de los hechos y la absoluta prescindencia de antecedentes escolásticos. Esta severa objetividad constituye el elemento de mayor interés, puesto que, dada la influencia de Freud en los modernos estudios sexuales, podía pensarse en

(1) *Bronislaw Malinowski*.—«*La Vida Sexual de los Salvajes del Noroeste de la Melanesia*. Prefacio a la edición inglesa de *Havelock Ellis*. Prólogo del *Dr. Gregorio Marañón*. Traducción del inglés y nota preliminar, por *Ricardo Baeza*.—Javier Morata, Editor. Madrid, 1932.

un *parti-pris* que fué al mismo tiempo un prejuicio. Malinowski no es ni freudiano ni antifreudiano. Utiliza expositivamente, mejor dicho, metódicamente, los sistemas de Freud en las observaciones que hace. Pero no en un sentido de absoluta aceptación sino como medio. Muchas veces, al través de alguna observación anotada, el elemento freudiano se afianza. Otras queda maltrecho y desplazado. Havelock Ellis reconoce el dominio que de las teorías del profesor vienés posee Malinowski, y afirma que estimando éste el valor fecundado de tales teorías las usa cuando les parecen propias del momento.

Así, este libro no es un libro más. Por el contrario, podría decirse que es básico, inicial y punto de partida, al mismo tiempo que avanzada. Más influencia que las obras conocidas sobre Psicología sexual en este libro, ha de tener la obra de Malinowski sobre cualquier obra de ese tema. La base experimental, que no ha renunciado a la más leve insinuación de rubor, como corresponde a un libro científico, se completa con un espléndido sentido literario, incluso poético de esa vida nativa y salvaje de los indígenas de las islas Trobriand.

Los habitantes de este pequeño archipiélago, en su vida sexual, no ven solamente un motivo de placer o una mera necesidad fisiológica, sino también un elemento amoroso, de conquista y rivalidad y un conjunto de hechos que a veces alcanzan la categoría sagrada, elevada a los límites de una base vital. Esta vida primitiva, en la que las rela-

ciones sexuales existen de una manera indeformada por los artificios de la civilización, es para el etnógrafo y el antropólogo una base de suma importancia. A pesar de las diferencias entre estos salvajes y el hombre civilizado en sus relaciones sexuales, los nativos de Trobriand no dejan de estar influídos por ciertas tradiciones que no dejan ver del todo claramente lo que llama Marañón el «esquema elemental de los instintos». Pero siempre es una sexualidad más franca y aborigen que la de los hombres que viven en la civilización. Estudio, por tanto, que tiene una autoridad notable en el análisis de ese complicado aspecto de la Humanidad.

El libro comienza por un estudio de la vida de familia y el estado social de la mujer (que pone a luz de actualidad la antigua cuestión debatida entre Summer-Maine y Bachofen sobre el matriarcado). Sigue con el Matrimonio, las relaciones matrimoniales, el embarazo y el parto. Los trobriandeses dan al matrimonio una importancia superior y lo colocan muy por encima de las relaciones de otra índole, existiendo entre ellos las solemnidades ceremoniales y una serie de circunstancias para la validez del mismo que demuestran un concepto del contrato matrimonial elevado y superior. Posteriormente se examinan las formas habituales de libertad sexual, entre las que se concede una especial atención a los juegos eróticos, unos de simples palabras y canciones y otros que implican contacto físico, pues el habitante de

estas islas, está preparado desde muy temprano para el lazo sexual.

Capítulos de notable interés son los dedicados a las Fiestas Orgiásticas (*Ulatile*: la juventud en busca de aventuras amorosas. *Katuhansi*: escapatoria ceremonial de las muchachas. *Yansas*: asaltos orgiásticos ejecutados por mujeres). Tales fiestas, algunas en decadencia actual, no excluyen, fuera de ellas, ciertas normas de moral y costumbres, cuyo comentario forma la parte final del libro, demostrativas de una capacidad razonadora y de control en medio del primitivismo salvaje.

Este breve esquema sumarial puede dar una idea aproximada de la completa y concienzuda elaboración de la obra de Malinowski.

La traducción de Ricardo Baeza añade un número a su labor, por la cultura hispana. Los prólogos de Marañón y Havelock-Ellis, llenos ambos de sutiles observaciones y comentarios, a la altura de sus conocimientos en la materia, completan el exacto valor científico e investigador de este libro.—*J. M. S.*

HOMOSEXUALISMO, por *Emilio Donato*.

Al publicar André Gide su «Corydon» surgieron en toda la literatura europea los comentarios a esta obra, que por su desparpajo y *sansfaçon* motivó el escándalo y la atención de los lectores y críticos. Sabido es que *Corydon*—es decir, Gide—pasa su tiempo esgrimiendo argumentos para justificar el homosexualismo, no sólo como hecho, sino como derecho. Para él existe un homosexua-

lismo normal, lejano de todo lo que sea enfermedad o vicio; natural como cualquier instinto.

No ha sido Gide el primero en defender esto. Las mismas citas y remisiones de su libro demuestran que los argumentos han sido utilizados anteriormente por otros. Pero la característica de *Corydon* está en dos elementos: Primero, como ya he dicho, la desfachatez y descarado. Tal vez ausencia de hipocresía, si André Gide tiene la facultad o desgracia de ser *Corydoniano*. Segundo: La sugestión literaria, puesto que el autor de «Las Cuevas del Vaticano» es un literato. Un literato en el amplio sentido de la palabra, que es doble también a saber: por escribir maravillosamente y por dejar todo el valor y empuje sofístico de sus argumentos a la literatura. Todo lo bien que la Literatura (tan lejana de la poesía como de la ciencia) cae dentro de «Los monederos falsos» cae de mal dentro de una obra de pretensión científica como «Corydon». Libros así, son los que causan la sonrisa del hombre de ciencia (que por otra parte se sonríe de envidia). Tanto del científico que precede y que observa la mala interpretación de sus teorías como el del que sigue y comenta con el microscopio la letra novelesca.

Al comentar el libro de Emilio Donato (1) quisiéramos prescindir del valor literario del escrito gideano. Pero no es posible del todo, puesto que la mano del autor de

(1) *Emilio Donato*.—Homosexualismo.—Frente a Gide.—(Colección «Nueva Generación».—Javier Morata, Editor, Madrid.

«Frente a Gide» no es de las que tienen solamente sutilidad para el escalpelo sino fuerza para el golpe.

(Quiero recordar aquí la reciente aparición en Francia de un libro del excelso poeta Francis Jammes, rotulado «L'antigide ou Elie de Naore» cuyo título no deja lugar a dudas. No he leído sino crítica de esta obra de Jammes, pero me permito citarla anticipadamente, para diferenciar una polémica literaria de otra polémica literario-científica, híbrida aunque importante).

Donato combate uno a uno, científicamente, los argumentos de Gide y los destroza, científicamente. Quedará lo literario, a pesar de todo. Pero con estas obras citadas y alguna otra más, la defensa homosexualista que hace Gide queda enteramente desprovista de fondo y base. Se podrá tener un nuevo concepto social de las anormalidades, pero como tales anormalidades. A pesar de la interpretación que Gide quiere dar al intinto y a la naturaleza.—*J. M. S.*

#### EPISTOLARIO

Con motivo del interesante estudio de D. Domingo Amunátegui Solar, *Historia Social de Chile*, publicado hace poco y del que se ha preocupado con gran elogio la crítica, el señor Carlos Silva Vildósola, ha enviado al autor la siguiente carta:

*Santiago, 28 de Julio de 1932.*

Sr. D. Domingo Amunátegui Solar.  
Agustinas 1588.

Estimago amigo:

Mil gracias por el envío de su *Historia Social de Chile*. Había ya comprado este libro el día en que apareció en las librerías. Me sedujo el tema y pensaba, y no me he equi-

vocado, que el único escritor capaz de tratarlo de una manera definitiva era el historiador que en treinta años de investigaciones inteligentes había acumulado un material tan valioso como el de sus estudios sobre las encomiendas y los mayorazgos y títulos de Castilla.

Su nueva obra es de un enorme interés. Ha hecho Ud. una síntesis que resulta muy amena, fácil de leer, nueva y de práctica utilidad en estos momentos. El libro sale a luz justamente cuando resulta un documento valioso para orientar la opinión en problemas del día que jamás se resolverán si no se conoce la historia social de Chile. El error de los teorizantes improvisados, con poca ciencia y sin ninguna experiencia, que todos los días están amenazándonos con nuevos trastornos, no es que tengan ideas avanzadas o ideologías atrevidas, sino que quieren aplicarlas sin conocer el organismo al cual las consagran, ignorantes de la historia del pueblo al cual tratan como un cochinitillo de Indias en un laboratorio. Sólo la historia permite conocer a un pueblo y medir sus necesidades y su capacidad de progreso. Y la historia misma no tiene sentido sino cuando la alumbra la experiencia.

Ojalá que este libro suyo se difunda y sea meditado. Puede hacer mucho bien. Sé que en *El Mercurio* dará cuenta de él Raúl Silva Castro. Dejaré que opinen los críticos y después trataré de escribir yo para deducir muchas consecuencias de actualidad que fluyen de su obra.

Lo felicito calurosamente. Ajeno al género de estudios a que Ud. ha dedicado una vida, muy ignorante en esas y muchas otras materias, sólo he podido adquirir en más de cuarenta años de periodismo una especie de instinto para reconocer lo que es bueno, lo que es serio, lo que representa una contribución sólida al progreso intelectual de mi tierra.

Lo saluda afectuosamente su amigo y S. S.—*C. Silva Vildósola.*



## GLOSARIO

**T**ODAS estas etapas de crisis y de convulsiones revolucionarias—Chile no ha escapado a la regla y lleva ya ocho años tratando de encontrarse a sí mismo—encierran también en la médula un desorden de la mente. En todas partes se oye la palabra desorientación. Calza en todo, a todo se la aplica. Se vive como en medio de una espesa atmósfera de incertidumbre, con los instintos en acecho y también los instintos aparecen desorientados. Pero ¿y la cultura?.. Habría que darles a los hombres un mínimum de cultura para ponerles en situación de comprender su destino. Abandonados a su suerte, es natural que determinada clase de libros sólo sirva para exasperar su tremenda condición social de vacío y desesperanza. Ciertos libros obran como estupefacientes en su miseria moral o en su abandono espiritual; ni siquiera dignifican los pensamientos porque la interpretación de ellos, es a menudo arbitraria o pueril. En cambio, otros libros sirven como estimulantes, ayudan a penetrar con un seguro envión, en el verdadero sentido de la naturaleza humana.

En Chile hemos abandonado este rubro de la vida educacional. Quizá con raras excepciones, nunca lo hayamos considerado en su exacta realidad. Cada lector ha sido el rey de sí mismo. Unos han gozado con mayor largueza que otros. Y es que no ha existido la obra de difusión, científica y noblemente comprendida. La escuela, salvo casos aislados, no sirvió nunca de guía. Y la biblioteca que debió ser un organismo vivo, de avanzada en el corazón y en la inteligencia de las sociedades, permaneció siempre aislada, y hermética, sintiendo llover sobre sus anaqueles, la herrumbre insensible de la inercia. Como a un pozo profundo, rodaban libros y más libros, amontonándose en la ineficacia de su obligado destino. A lo largo de sus paredes se abrían nuevas estanterías y allí, para emplear una expresión ya usada, se alineaban, como en los nichos de un cementerio, los libros que la voluntad creadora había destinado a una función más vital. Agonizaban de silencio e inacción.

Ciertamente, no todos los hombres tienen las mismas tendencias y los mismos deseos. No a todos les es dado gozar de un tiempo igual para sus lecturas. Por eso en otros países la biblioteca persigue a los hombres; los detiene en su camino para señalarles un rumbo. Es decir la biblioteca cumple con la misión tutelar que es la esencia misma de su razón de ser. No se amorra en espera del lector curioso, o del erudito que necesita satisfacer una consulta. Sale de sí misma, rompe la monotonía del medio adormecido y llama a los hombres para entregarles, para su deleite o para rectificar su camino, la expresión del pensamiento o las formas sencillas de la emoción y de la verdad. En determinadas circunstancias, los trabajadores—llámeseles como se quiera—necesitan de guías en sus lecturas. Necesitan, para usar de otra palabra, «rumberos» que los orienten en la selva inextricable, que forman los libros y las ideas. Como en las otras selvas de la naturaleza, hay en estas de la cultura, sorpresas y traiciones, que agotan a la víctimas.

Las irritaciones complejas y violentas del organismo social, provienen en ocasiones, de esta angustiosa soledad en que se deja a los desvalidos de la cultura. Porque esta debe ser, al fin de cuentas esencialmente humana, a fin de que pueda darle al hombre la medida de sus fuerzas y de sus límites, la medida de su exacta posición en la vida. Para los hombres que han seguido una instrucción más o menos ordenada en un Liceo, pongamos por caso,—aunque esto no sea lo más definitivo—suelen parecerles inexplicables estas irritaciones agresivas; pero es que esos hombres no pueden colocarse en el mismo nivel de comprensión del que carece del beneficio de una cultura relativamente ordenada. Para éstos, el opio es mortal; para los otros, puede reducirse al mero estremecimiento de la sensibilidad, sin dejar otra huella que la sensación física del encanto del estilo, o la suave resonancia de algunas ideas. Es enteramente diverso leer al azar, con hambre, con desolación, sintiendo el vacío y el abandono, a leer con el estómago en paz...

Por lo menos, se sabe, científicamente, que los hartazgos desordenados del que ha padecido o padece hambre, en todas las formas, provocan agudos trastornos... Los seres indefensos, irritados por las injusticias, por las agitaciones anárquicas artificiales, buscan en los libros que el industrialismo amontona en las librerías y kioskos, lo mismo que el hombre de erotismo agudo en las obras pornográficas, únicamente lo que sirve para exaltar su rabia o su rencor sexual.

«La lectura, sabiamente difundida, ha escrito Dubreill, es el único instrumento de perfección social que poseemos.» Creo

que en nuestro país no le hemos atribuído toda la importancia a esta verdad. Se dice que todos nuestros trastornos provienen de la mala distribución económica de nuestros recursos. En una palabra de la falta de dinero. Es situar la cuestión en un punto excesivamente material, puesto que los países más ricos, o los países en que existe una legislación económica que favorece con justicia a las clases desvalidas, la cultura es la parte más vital de la preocupación de los gobiernos. Allí se multiplican las bibliotecas. Se difunde la cultura desde la escuela y se coloca al niño en situación de defenderse, no sólo de los libros malsanos, sino también de su postura como ser humano, en frente de la realidad.



**E**L problema magno de la hora actual en Europa, según los escritores jóvenes es el desorden moral o la crisis del espíritu. El mundo en general no escapa a la inquietante interrogación que se ha levantado con motivo del desequilibrio económico y el avasallador impulso del maquinismo. La vanguardia del pensamiento europeo considera que si la crisis actual se deriva de la ruína de la civilización burguesa, procede con urgencia a sustituirla por una civilización mejor. Entre tanto el ambiente del mundo occidental está cargado de presagios y de inminencias revolucionarias. El hombre se ha transformado en el esclavo de la máquina y según el escritor Paul Jorland, cuyas son las observaciones que comentamos:

agonizamos—escribe—en el desorden porque hemos dejado acumularse los materiales sin preocuparnos de ordenarlos gradualmente y hemos confundido la abundancia con la riqueza.

Refiriéndose en seguida al espectro de la revolución que vaga invisible y concreto a un tiempo, por los rincones de la vieja Europa, agrega:

Esta revolución, presentida por todos los que piensan, deseada por todos los que sufren, tiene un rostro confuso y borroso. Y este es el aspecto trágico de la situación.

En efecto, nadie de los que dirigen los pueblos, política o espiritualmente, mantiene una doctrina coherente y adecuada. Es el caos en todo su horror; todo aparece turbio, oscuro, complejo, inasible. Las proposiciones parciales que se han lanzado—y pienso en las encíclicas del Papa tanto como en las del marxismo—revelan incomprensión, incoherencia. Cuando creemos estar en presencia de una filosofía coherente, encontramos que está basada no

sobre una certidumbre sino sobre un postulado. Y cuando se intenta o se aspira a encontrar en el marxismo un programa de acción, luego nos damos cuenta que se trata de una lucha de clases, como en tiempos de Spartaco.

Hay que advertir que el que eso escribe, no pertenece a la derecha reaccionaria sino que forma entre los espíritus más avanzados de Francia, los que tienen un sentido más hondo y libre de las luchas sociales y políticas europeas y que se agrupan en la célebre revista *Plans*. Añade Jorland:

Ninguna doctrina amplia y práctica se ofrece a nuestros espíritus inquietos; la mística, que es indispensable a la unanización de las mentalidades individuales, flaquea o se debilita; el entusiasmo decrece. Se vive al día, a la deriva. En fin hay carencia de jefes, digamoslo de una vez. No hay hombres lo bastante fuertes y poderosos espiritualmente, ni bastante sabios, para imponer su pensamiento a la humanidad desamparada. Si carecemos de doctrina ello se debe a que no hay jefes capaces de darnos una. Que no se nos hable de esos aventureros, que a manera de jefes, han logrado más o menos éxito en algunos países de Europa. Cada uno de ellos defiende su sola pitanza, despreocupados en absoluto del porvenir. La ambición de cada uno no está sin duda desprovista de grandeza, en conformidad con los viejos hábitos de razonar; pero es que el mayor de sus defectos consiste en que carecen de una doctrina completa y como sólo prosperan, combatiendo o ejercitando represalias, no pueden invocar ni la justicia, ni la razón, ni ningún ideal universalmente generoso.—M.

---

#### UNA ERRATA.

En el sumario del número anterior de *A t e n e a*, correspondiente a Agosto, aparece como escrito por nuestro colaborador, señor Mario Antonioletti, el artículo sobre economía: *¿Que es el Halle-sismo?* En realidad el error se debió a que dicha monografía fué traducida del italiano por el señor Antonioletti y su autor es el distinguido economista italiano, Profesor Salvador Alladena.

---

Se ruega a los escritores nacionales  
e iberoamericanos enviar sus obras  
a esta Revista, en cuyas páginas da-  
remos cuenta en notas bibliográfi-  
cas y críticas

**Dirección para estos envíos:**

**EDIFICIO LA MUTUAL DE LA ARMADA**

**Y EJERCITO. 4.º Piso - Oficina 22.**

**SANTIAGO DE CHILE**

---

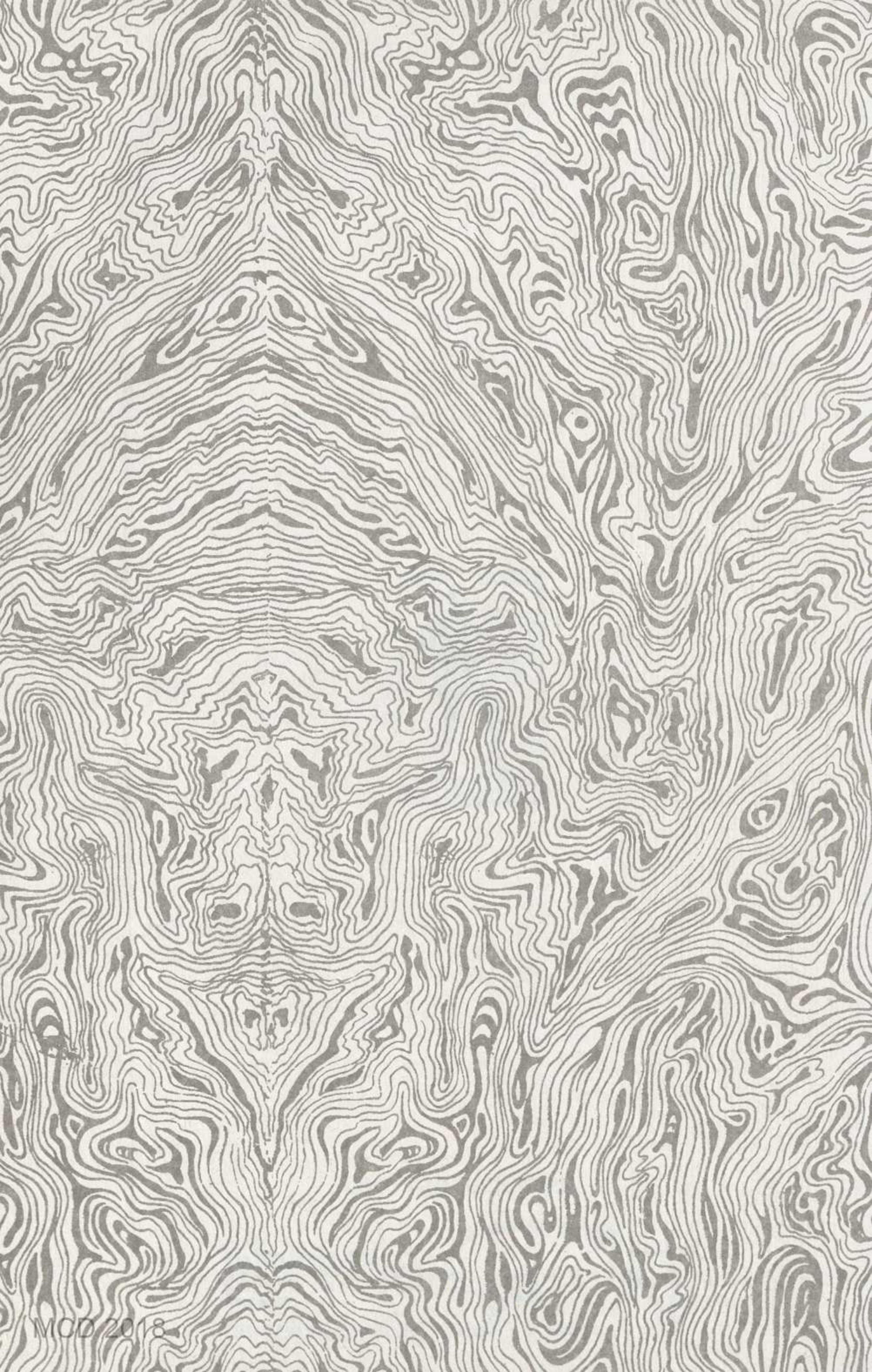


DISTRIBUIDORES

Libreria **SALVAT**  
Barcelona-Santiago

MCD 2018











MCD 2018